

EL LEGADO DE LAS HERMANAS SHACKLEFORD

LIBRO 1

BEVERLEY WATTS

JENNIFER

EL LEGADO DE LAS HERMANAS SHACKLEFORD

LIBRO UNO



BEVERLEY WATTS

Traducido por

ROSA MARIAE CALVO LUQUE

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Nota de la autora
¡Contacta conmigo!
Mercedes
Otras obras de Beverley Watts en Amazon
Sobre la autora

CAPÍTULO 1



—A decir verdad, no veo cuál es el problema. —Jennifer Sinclair se llevó las manos a las caderas y dedicó a su padre una mirada cargada de frustración—. Oponerse al progreso solo porque a uno no le gustan los cambios es, sencillamente, absurdo.

Tal era el enfado de Jennifer que ni siquiera fue consciente de que se había atrevido a hablarle así a su padre sobre un asunto tan delicado delante de una compañía distinguida. Por no mencionar que la persona cuya opinión ella acababa de censurar era también miembro de la Cámara de los Lores.

Por desgracia, la escandalizada reacción de quienes observaban la escena no era muy halagüeña. Nicholas Sinclair soltó un suspiro, con la certeza de que, en cuanto sus invitados se marcharan, empezarían a circular por la sociedad relatos cada vez más exagerados sobre la terquedad de su hija.

Como sabía lo que se esperaba de él, sus ojos adquirieron una frialdad invernal. Al ver aquella mirada dura como el pedernal, Jennifer se encogió y al fin comprendió su metedura de pata. La orden de su padre que llegó a continuación: «Vete a tu cuarto, Jennifer», sonó con un tono que ella jamás le había oído. Jennifer tragó saliva, hizo una pequeña reverencia, inclinó la cabeza y salió de la habitación a toda prisa.

Mientras subía corriendo las escaleras, alcanzó a ver a la esposa de Anthony a través de una puerta abierta y no pudo evitar sofocar una risita. La expresión horrorizada de Georgiana era una mezcla de preocupación por su amiga y un alivio inmenso por no haber sido ella quien había hecho el ridículo en público.

Al entrar en su alcoba, Jennifer se sentó en el banco bajo la ventana y esperó a que su padre reclamara su presencia, como estaba segura de que haría en cualquier momento. No estaba demasiado preocupada, aunque la mirada de acero que su padre le había dirigido hacía un instante no auguraba nada bueno. Aun así, él nunca la había puesto sobre sus rodillas para darle una azotaina, y no creía que fuera a empezar ahora, cuando ella ya tenía veintiún años. Así, Jennifer subió los pies al asiento y se abrazó las rodillas.

Ella sabía muy bien que, durante los últimos dieciocho meses, habría puesto a prueba la paciencia de un santo. Estaba en su segunda Temporada londinense y, pese al exceso de caballeros que competían por obtener su atención, aún no había encontrado a uno solo que le despertara siquiera una chispa de interés. Suspiró y apoyó la cabeza en las rodillas. Sus padres le habían prometido que no la obligarían a casarse. Pero eso no significaba que fueran a quedarse de brazos cruzados mientras ella rechazaba pretendiente tras pretendiente con alegre despreocupación.

No era que no quisiera casarse. El problema era que deseaba un matrimonio como el de sus padres. Y la mayoría de los caballeros con título que le habían presentado no eran más que cachorros arrogantes. Estaban tan pagados de sí mismos que no tenían ni idea de qué hacer con una mujer que tuviera sus propias opiniones. Jennifer sabía que las propuestas iban menguando, a pesar de ser hija del poderoso duque de Blackmore. Incluso había oído murmullos del tipo «¿qué puede esperarse de la descendencia de la hija de un vicario?».

Y ahora, con su franqueza, lo único que había conseguido era empeorar las cosas. Para su padre, para su madre y, desde luego,

para ella misma. Con un gemido, Jennifer bajó los pies al suelo y fue a prepararse para dormir. Era evidente que su padre no la reclamaría hasta el día siguiente.

Y de nuevo recordó la expresión pétrea de su padre.

Quizá sí tenía motivos para preocuparse, después de todo...

—No puedo permitir que su comportamiento quede sin ninguna clase de castigo —declaró Nicholas, cansado, después de que se marchara el último de sus invitados—. Como mínimo, tendrá que regresar a Blackmore por lo que queda de Temporada.

—Lo sé. —Grace soltó también un suspiro agotado—. En muchos sentidos, la culpa es nuestra. Ha crecido en una casa poco común. Pero Jennifer jamás se someterá a un hombre y, a decir verdad, yo tampoco desearía que tuviera que hacerlo.

—Entonces se quedará soltera —replicó Nicholas.

—Tengo siete hermanas que comparten esos mismos rasgos con nuestra hija, y todas han logrado encontrar hombres que valoran su independencia —respondió Grace con acidez.

—Bueno, por supuesto, ella ha heredado esos rasgos díscolos de sus tías —contraatacó Nicholas con sequedad—, ya que su madre siempre ha sido la más obediente de las esposas.

Grace soltó una risita.

—Al principio de nuestro matrimonio tu mal genio me intimidaba, pero no tardé en darme cuenta de que se te puede persuadir con bastante facilidad si una sabe cómo.

—Para que lo sepas, mi temperamento es legendario entre mis pares.

Nicholas dejó escapar un gemido bajo cuando Grace se acomodó en su regazo.

—Ellos no te conocen como yo —murmuró ella, inclinándose para besarlo.

—Mi consejo se valora por encima del de la mayoría.

—Sin duda. —Grace hundió la nariz en el cuello de él.

—Mi sentido político goza del reconocimiento de cuantos me conocen. —La voz de Nicholas se había vuelto un poco ronca.

—Muy firme, sí —convino ella, y le sopló con suavidad en la oreja.

Un fuerte golpe en la puerta hizo que los dos se separaran de un salto como adolescentes culpables. Grace se apresuró a ponerse en pie justo cuando la puerta empezaba a abrirse. Un segundo después, Peter, su hijo mayor, asomó la cabeza por el hueco.

—¿Interrumpo algo? —preguntó con una sonrisa.

A sus veintitrés años, Peter se parecía cada vez más a su padre y, al verlo entrar, Grace contuvo el aliento. Era como contemplar a su marido más de veinte años atrás. Sin el ceño fruncido, eso sí.

—¿Cuándo has llegado, cariño? —preguntó ella mientras Peter tomaba la mano de su madre y se la llevaba a los labios.

—Hace una media hora y, por lo que se murmura abajo, parece que mi llegada no podía ser más oportuna.

—No hace falta que escuches los chismes del servicio para enterarte de la última catástrofe —comentó Nicholas—. Podrías preguntárnoslo sin más. No guardamos secretos.

—¿Y qué gracia tendría eso? —replicó Peter, dedicando a su padre una profunda reverencia.

Nicholas sacudió la cabeza y soltó una risita. Luego dio un paso adelante y envolvió a su hijo mayor en un fuerte abrazo.

—Con cuidado, padre, ni siquiera sabría decirle cuánto he tardado en conseguir que el nudo de mi pañuelo de cuello quedara justo como

debe —se quejó Peter—. De veras, me ahorraría horas si me permitiera tener mi propio ayuda de cámara.

Nicholas se limitó a alzar una ceja.

—¿Cuánto ha tardado esta vez? —le preguntó a Grace.

—Creo que puede ser un récord —respondió ella con una risa cristalina—. Me parece que ni siquiera ha sido un minuto.

—Para ustedes es muy fácil —refunfuñó Peter, dejándose caer en un sillón—. Son viejos y cascarrabias, y a nadie le importa si su pañuelo está recto o si el cuello de su camisa lleva almidón suficiente. Yo tengo una reputación que mantener.

—Entonces, es una suerte que vaya a enviarte a Escocia —respondió su padre, sin el menor rastro de compasión.

Peter soltó un suspiro teatral.

—No soy más que un peón en sus interminables maquinaciones.

Nicholas resopló.

—Haces que parezca casi maquiavélico. Caerlaverock será tuyo algún día, y es importante dejar claro que no serás un propietario ausente.

—¿No lo seré? —Peter suspiró—. Se tarda casi una semana en viajar hasta allí, y estoy seguro de que Gifford lo tiene todo bajo control.

—Gifford se está haciendo viejo —replicó Nicholas—. Ha escrito para decir que tiene en mente a un sustituto. No podemos permitir que nos tomen por unos ingleses inútiles. Lo de Culloden[1] ocurrió hace apenas un siglo, y los escoceses tienen buena memoria.

Peter asintió. A decir verdad, le apetecía inspeccionar las fincas que tenía su familia cerca de Loch Lomond. Había pasado demasiado tiempo desde su última visita. Y en aquella ocasión lo haría sin el duque vigilándolo por encima del hombro.

Pese a sus bromas, Peter era muy consciente de las responsabilidades que acompañaban al heredero del ducado, y le agradaba saber que su padre confiaba en él lo bastante como para tratar con sus ariscos arrendatarios al otro lado de la frontera.

—¿Cómo están Tempy y Adam? ¿Ha vuelto Jamie de Eton? —preguntó Grace, sentándose con un suspiro.

—Al parecer, ya está listo para ir a Oxford. Tía Tempy dice que no tiene ni idea de dónde ha sacado el intelecto. —Peter sonrió—. Tío Adam la persiguió hasta la rosaleda por su impertinencia, mientras Lily declaraba que jamás había visto indicio alguno de que su hermano tuviera entre las orejas algo más que aire. —Sacudió la cabeza y se echó a reír—. En otras palabras, Ravenstone sigue sumido en su caos habitual.

Antes de que cualquiera de sus padres pudiera responder, un toque en la puerta anunció la llegada del ama de llaves con una bandeja de chocolate caliente.

—Señora Jenks, es nuestra salvación —suspiró Grace con una sonrisa agradecida.

—No tiene sentido que Su Excelencia se angustie sin un poco de azúcar en el cuerpo —dijo el ama de llaves, que no fingió desconocer la última calamidad caída sobre la casa.

Grace hizo una mueca.

—Parece que ir de una catástrofe a otra es el sino de los Sinclair... —Se interrumpió y sonrió con pesar—. En realidad, quizá sea más bien un asunto de los Shackleford. Mi pobre marido no hace más que quedar atrapado en medio. —Grace dio un sorbo agradecido a su chocolate y sonrió al ama de llaves—. Es tarde, señora Jenks, ya va siendo hora de que se acueste. Muchísimas gracias por su detalle.

—¿Puedo traerles algo más a Sus Excelencias?

Nicholas negó con la cabeza antes de añadir con expresión resignada:

—Descanse un poco, señora Jenks. Sospecho que el comportamiento de mi hija estará muy pronto en boca de todos los salones de este lado del Támesis, y contamos con usted para mantenernos informados.

—¿Qué ha hecho exactamente Jennifer para causar tantas murmuraciones? —preguntó Peter cuando el ama de llaves cerró la puerta tras de sí.

—Tu padre estaba calmando los ánimos por la aprobación en el Parlamento de la ley que autoriza el nuevo ferrocarril —respondió Grace, calentándose las manos alrededor de la taza de chocolate.

—El apoyo de Jenny a esta clase de innovaciones quizá sea admirable —dijo Nicholas—, pero aún no domina el arte de la diplomacia. ¿Quieres un brandy?

Ante el asentimiento de Peter, Nicholas se puso en pie y fue hacia el aparador.

—Y eso sin tener en cuenta que, según la sociedad, las damas en general no deberían albergar opiniones tan radicales.

—Ni opiniones de ninguna clase, en realidad —añadió Peter con sequedad.

—Exacto. —Nicholas le entregó a su hijo la copa de brandy—. No deseo cortarle las alas a Jennifer. Y, aunque quisiera, no creo que lo lograra. —Se encogió de hombros y soltó una risita cansada—. Me encanta que tenga sus propias opiniones y sus propios ideales. Me recuerda a su madre. —Volvió a sentarse y dirigió una mirada irónica a su esposa, que le respondió con un pequeño guiño—. Dicho eso, no tengo más remedio que hacer algo para calmar a esos estirados. Temen el cambio y harán todo cuanto esté en su mano para mantener las cosas como están. —Nicholas negó con la cabeza—. La innovación no podrá detenerse y, a decir verdad, pienso lo mismo

que Jennifer. Pero, si queremos que ese cambio se produzca sin la resistencia de quienes ostentan el poder, habrá que conducirlo con tacto, por muy frustrante que resulte para quienes desean cambiar el mundo de la noche a la mañana.

—Así que Jenny debe recibir una reprimenda para apaciguar a los botarates.

Nicholas hizo una mueca.

—Si quieres expresarlo así... Yo seguiré usando mi influencia para alentar el cambio, pero que me tachen de radical no me ayudará a convencer a esos supuestos botarates. En cuanto a Jenny, pensaba más bien en el viejo dicho «ojos que no ven, corazón que no siente».

—¿Por qué no la envía a Escocia conmigo? —Peter se inclinó hacia delante, con los ojos encendidos—. Hace una eternidad que no pasamos una temporada juntos.

Grace y Nicholas se miraron.

—No podría ir sin carabina —insistió la duquesa.

—Malcolm acompañará a Peter... —empezó a decir Nicholas.

—Y la presencia de Jennifer le daría a Felicity una excusa excelente para ir con él —concluyó Grace con una amplia sonrisa—. ¿Crees que Jenny pondrá muchas objeciones?

—Creo que estará encantada —respondió Peter—. ¿Cuánto hace que no viaja tan al norte?

—Creo que fue antes de que naciera Nicholas —respondió Grace—. Seguro que sabrá que la estamos desterrando.

—Tampoco es que vayan a encerrarla a pan y agua —se burló Peter.

—Jennifer puede ser impulsiva, pero es lo bastante lista para saber por qué la enviamos a Escocia. Y creo que Peter tiene razón: la idea de una aventura lejos de los chismosos le encantará.

—Nunca pensé que me oiría decir esto, pero me preocupa que se pierda casi toda su segunda Temporada... —Grace dejó la frase en el aire.

—Esa será la principal razón por la que Jennifer aceptará ir —replicó Peter con una breve risa.

Su madre suspiró y asintió.

—Tienes razón. No tiene paciencia para la bandada de petimetres de esta Temporada, pero deseo tanto que haga un buen matrimonio... Y, por buen matrimonio, quiero decir alguien que la ame por ser quien es y a quien no le importe lo franca que pueda mostrarse.

—Es muy poco probable que encuentre a un hombre así en una Temporada londinense —dijo Nicholas, y apoyó una mano reconfortante en el hombro de Grace—. Siempre lo has sabido, querida. Quizá le estemos haciendo un favor al ampliar sus horizontes. Para la próxima Temporada, los chismosos ya habrán encontrado a otra desgraciada víctima. Si para entonces Jenny aún no está prometida, quizá podamos plantearnos concederle más libertad para elegir a su prometido. Dentro de unos límites, por supuesto.

Grace puso su mano sobre la de su marido. Era muy consciente del enorme compromiso que Nicholas estaba aceptando. Una cosa era ver a sus cuñadas hacer el ridículo una y otra vez mientras elegían a sus propios pretendientes, y otra muy distinta concederle esa misma libertad a su hija.

---

1 Batalla librada en Escocia en 1746, en la que las fuerzas jacobitas fueron derrotadas por el ejército británico, poniendo fin al levantamiento jacobita de 1745. (*N. de la T.*)

CAPÍTULO 2



—Voy a acompañar a Peter a nuestras fincas de Escocia.

Tanto Mercedes como Victoria se quedaron mirando a Jennifer en silencio durante un segundo.

—¿Y la tía Grace ha dado su consentimiento? —susurró Mercy al fin.

Jennifer asintió.

—Si soy totalmente sincera, no tengo ninguna objeción. Esta Temporada ha sido hasta ahora insoportablemente aburrida, sin un solo caballero por el que valga la pena dejar caer el pañuelo al suelo. Y sé que las dos estáis de acuerdo.

—¿No te gustaría casarte? —preguntó Victoria.

Jennifer soltó un resoplido poco elegante.

—¿Quién querría casarse conmigo? Sobre todo, ahora que he caído en desgracia.

—Sigues siendo la hija del duque de Blackmore —replicó Mercy.

—Pero no quiero casarme simplemente por ser hija de quien soy.

—Bueno, estoy convencida de que para la próxima Temporada se habrán olvidado por completo de tu metedura de pata —añadió

Victoria, inclinándose hacia delante para darle a su amiga un cálido abrazo.

—Si no lo han olvidado, quizá eso sirva para separar el grano de la paja.

—No, simplemente significará que aquellos que te cortejen, a pesar de tu pésima reputación, serán unos tacaños o ambiciosos. —En contraste con el enfoque bondadoso de Victoria, el de Mercy era pragmático y sin florituras.

—¡Mercy! —protestó Victoria—, no creo que ese sea el caso en absoluto.

—Espero que tengas razón —respondió Mercy—, pero no creo que endulzar la situación vaya a ayudar a Jenny a largo plazo.

—Por el amor de Dios, solo discrepé con mi padre —declaró Jennifer —. Lo hago todo el tiempo.

—Pero no delante de... —Mercy hizo una pausa, contando mentalmente—, tres condes, dos marqueses y un vizconde.

—En realidad, casi todos ellos son tíos míos por matrimonio y, por defecto, están muy acostumbrados a las mujeres que dicen lo que piensan —se burló Jennifer.

—Pero, por desgracia, el que estabas insultando indirectamente no lo está. —Mercy esbozó una sonrisa sin remordimientos—. Ojalá hubiera estado allí para verlo.

Jennifer suspiró.

—Eres una destructora de esperanzas, Mercedes Stanhope. No tengo ni idea de por qué te considero una amiga.

—Creo que te mereces algo mejor que la actual remesa de engreídos que se pavonean por los salones de Londres —replicó Mercy—. Y tu madre y tu padre creen lo mismo, o no te enviarían lejos.

—Y quizá conozcas a un hombre maravilloso que se enamore perdidamente de ti sin que sepa nada del título de tu padre —añadió Victoria.

Jennifer negó con la cabeza y soltó una risita.

—De verdad, no sé qué haría sin vosotras.

Las interrumpió un golpe en la puerta del dormitorio. Segundos después, Georgiana, la hermana gemela de Victoria, asomó la cabeza por la puerta. Jennifer le hizo señas para que entrara.

—¿Te has enterado, entonces?

George asintió y se sentó al otro lado de la cama.

—Anthony dijo que podías venirte con nosotros, pero tu padre no quiso ni oír hablar del tema. —Esbozó una sonrisa repentina—. Le dije a Tony que supongo que preferirías vivir aventuras en Escocia antes que quedar atrapada en medio de la nada con una preñada.

—Estás encinta, George —la corrigió Jennifer con una risita. Georgiana Shackleford, que había crecido en los barrios bajos de Exeter, por fin estaba aprendiendo a hablar como correspondía a su posición social, pero aún le quedaba un largo camino por recorrer.

—Eso es lo que he dicho —respondió George con un encogimiento de hombros para quitarle importancia.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —le preguntó Victoria, a la vez que posaba la mano en la de su hermana gemela.

—Tan bien como el perro de un carnicero —declaró George con un guiño—. Así que no necesito una niñera.

—No me importaría mimarte —protestó Victoria.

—No vas a venir a Bovey solo para estar corriendo detrás de mí —replicó George.

—Londres va a ser insoportablemente aburrido sin vosotras allí —suspiró Mercy—. Me alegraré de pasar el verano en Cottesmore Hall.

—¿Cómo están la tía Chastity y las gemelas?

—Oh, Olivia y Catherine crecen como la mala hierba. Ya tienen casi diez años y la pobre Kit no tiene ni un momento de respiro con ellas. La última vez que la vi, parecía especialmente agotada.

—Pobre Chastity, las gemelas dan mucho trabajo —se compadeció Victoria.

Mercy se rio.

—Más bien compadece a mi pobre padre. No creo que sepa lo que le espera.

—Cottesmore no está tan lejos de Bovey —dijo George—. ¿Por qué no venís todos a visitarnos? A Anthony le encantaría.

Mercy soltó una risita.

—Oh, estoy segura de que estaría en la luna —comentó con ironía.

—Podemos pasar el rato en el jardín —declaró George, emocionada —. Ahora que lo han limpiado, hay un encantador... eh, artilugio..., que es perfecto para leer.

—Una pérgola —dijo Victoria—. ¿Cómo vas con la lectura?

—Terminé *Frankenstein* la semana pasada —confesó Georgiana—. Sé que se considera un libro inadecuado para las damas, pero Prudence me lo prestó.

—*Frankenstein*... ¿no trata sobre una especie de monstruo espantoso? —preguntó Jennifer levantando las cejas—. Suena muy propio de la tía Prudence.

—La historia me ha dado muchísimo miedo —admitió George alegremente—. Estoy segura de que Pru me dejará prestártelo. —Le

lanzó a Jennifer una mirada pícara antes de añadir—: Escocia queda muy lejos para viajar sin algo con lo que distraerte un poco...

—La cuestión es, Percy, muchacho, que ya no soy tan joven como antes. Subir los escalones hasta el púlpito me está empezando a llevar más tiempo que leer el maldito sermón.

Percy emitió un oportuno bufido de simpatía. En realidad, el reverendo Shackleford no había leído ningún sermón desde que, por accidente, pisó sus lentes la Navidad anterior.

Los dos hombres estaban sentados en el estudio del reverendo disfrutando de una copa de brandy en memoria del viejo Willie. El reverendo había declarado que era lo más justo y adecuado, ya que acababan de celebrar su funeral. Por desgracia, nadie recordaba el apellido del difunto ni cuántos años tenía; ese conocimiento se había perdido hacía tiempo en los anales del tiempo. Al igual que la fecha de su último baño. Por el lado positivo, se había decidido celebrar el servicio con el ataúd cerrado...

Pero, como declaró el reverendo con solemnidad, el viejo Willy llevaba viviendo en Blackmore desde antes de que a Nelson le saliera el primer diente, y lo menos que podían hacer era brindar por él en su camino hacia el más allá. Al menos, el reverendo Shackleford esperaba que esa fuera la dirección hacia la que se dirigía aquel viejo desaliñado.

—Creo que me vendría bien un cambio de aires, Percy —reflexionó Augustus Shackleford—. ¿Qué crees que diría Agnes de una pequeña misión en África Occidental?

Percy, que en ese momento estaba dando un sorbo a su brandy, lo escupió en el acto por encima de la cabeza de Flossy. La perrita había estado dormitando en el regazo del coadjutor, pero cuando una gota de brandy le cayó en la nariz, se la lamió con entusiasmo y movió la cola.

—Oh, no puede alejar a Agnes de la civilización, señor. Ella no aguantaría ni tres meses. Ya sabe cómo es. Probablemente mataría a alguien con una de sus pociones y acabaría siendo el plato principal del banquete fúnebre.

El reverendo resopló, aún sumido en sus pensamientos.

—¿Y quién cuidaría de Flossy? —añadió Percy, desesperado. Aunque él y Agnes no siempre se habían llevado bien, no le gustaba nada la idea de que la matrona acabara en una olla.

—Tienes razón, Percy, muchacho —suspiró el reverendo al fin—. Mi naturaleza abnegada a veces puede más que yo.

Para gran disgusto de Flossy, el coadjutor ya no sostenía su copa de brandy sobre la cabeza de la perrita, así que esta se conformó con lamer las gotas que le caían sobre el chaleco.

—Tengo entendido que la señorita Jennifer va a regresar a Blackmore antes de que termine la Temporada —comentó Percy, pensando que lo mejor era cambiar de tema.

El reverendo chasqueó la lengua.

—Por lo que se dice, ha quedado en ridículo. —Sacudió la cabeza—. Me temo que ha salido a su madre y a sus tías. Esa muchacha es una Shackleford en todo menos en el maldito apellido.

—Oh, no creo que sea tan grave —rio Percy—. ¿Sabe qué piensan hacer el duque y la duquesa respecto a su mala conducta?

—Enviarla a Escocia con Peter, según la nota que he recibido de Grace.

—¡Bueno, ahí lo tiene, señor! —exclamó el coadjutor dando una palmada en el brazo de su sillón—. ¿Por qué no la acompaña al norte? Al fin y al cabo, es su nieta, y no me cabe duda de que se beneficiaría de su... eh... sabiduría.

El reverendo frunció el ceño y dio un sorbo a su brandy.

—Es un viaje endiabladamente largo —declaró pensativo al cabo de un rato.

«No tanto como viajar a África Occidental», estuvo a punto de decir Percy, pero, temiendo que su superior lo considerara frívolo, dijo en su lugar:

—Piénselo: ella tendrá toda su atención durante todo el viaje. Sería una oportunidad magnífica para que la guiara con delicadeza de vuelta al camino de la rectitud.

El reverendo gruñó.

—Nunca conseguí hacerlo con las demás. Y, de todos modos, ¿cómo demonios te las arreglarías sin mí?

Percy estaba muy seguro de que se las arreglaría perfectamente con la ayuda de su esposa, Lizzy. Sin embargo, no quería herir los sentimientos del reverendo y, sabiendo que el clérigo aún no estaba del todo preparado para colgar la sotana para siempre, Percy estaba más que encantado de pasar el verano ocupándose de los asuntos de la parroquia sin las interferencias, a menudo inoportunas, de Augustus Shackleford.

—Haré todo lo posible, por supuesto, señor —respondió Percy con un suspiro exagerado—, aunque no puedo evitar pensar que esta es una ocasión que quizá no vuelva a presentarse. La señorita Jennifer se encuentra en una edad muy impresionable... —Hizo una pausa y carraspeó, cohibido, reprimiendo el pensamiento de que ya habían quedado muy atrás los años en que se podía encauzar a Jennifer Sinclair, si es que alguna vez habían existido—. Y estoy convencido de que ella se beneficiaría de su orientación. —En realidad, nunca había estado menos convencido de algo en toda su vida. No podía nombrar ni a una sola de las hijas del reverendo que se hubiera beneficiado realmente de la orientación de su padre. La culpa lo inundó.

Ajeno a la batalla espiritual de su coadjutor, Augustus Shackleford asintió, pensativo.

—No puedo llevarte la contraria en eso, Percy —murmuró—. Pero dudo que Agnes aceptara viajar a Escocia.

Percy estaba seguro de que Agnes se encadenaría a su diván antes que tener que subirse a un carruaje con destino a los paganos al otro lado de la frontera, pero, naturalmente, no expresó tal opinión en voz alta.

—Quizá se sentiría perfectamente satisfecha de quedarse en Blackmore, donde Lizzy y yo podríamos hacerle compañía y ofrecerle nuestro apoyo —sugirió con cautela.

El reverendo entrecerró los ojos y juntó las yemas de los dedos, fingiendo reflexionar sobre las palabras de Percy. Como hombre de iglesia, Augustus Shackleford nunca rechazaría de forma deliberada llevar a cabo la obra del Todopoderoso, por muy ardua que fuera.

Dicho esto, si pudiera hacerlo con su esposa en el otro extremo del país...

—¡De ninguna manera! ¡Te lo prohíbo! —Grace se puso de inmediato a la defensiva ante las palabras autoritarias de Nicholas. Por desgracia, él aún no había terminado—. No sé cómo puedes pensar que endosarle tu padre a Malcolm y Felicity, mientras están a quinientas millas de distancia ocupándose de nuestros hijos, puede ser una idea mínimamente buena.

En realidad, la propia Grace compartía del todo esa opinión. Sin embargo, la actitud imperiosa de su marido sacó lo peor de ella, y se oyó a sí misma replicar en un tono igual de autoritario.

—Pues bien, si te parece una idea tan mala, Su Excelencia, quizá debería acompañarlos yo misma.

Nicholas respiró hondo y contó hasta diez.

—No es que piense que no se pueda confiar en Augustus —comenzó a decir con cautela.

—¡Ah, ¿no?! —le espetó Grace.

La verdad era que hacía mucho tiempo que Nicholas no veía a su mujer tan alterada, y sabía que había manejado mal la situación. Por desgracia, sus palabras lo habían tomado desprevenido. No podía saber que la ira de su esposa se debía, en gran parte, a que estaba totalmente de acuerdo con su valoración de la situación.

Llevaban en Blackmore apenas dos días cuando su padre fue a visitarla. Eso debería haber sido una advertencia suficiente, pero, por desgracia, se había quedado tan desconcertada ante la petición del reverendo de que acompañara a Jennifer y a Peter a Escocia, que no encontró ninguna excusa en aquel momento. En realidad, la mayor parte de su enfado iba dirigido hacia sí misma.

—¿Por qué quiere ir? —La pregunta de Nicholas detuvo de golpe su incipiente discusión.

Grace suspiró y se sentó en el alféizar de la ventana del salón.

—A decir verdad, creo que está aburrido —respondió con una mueca —. Percy se encarga de la mayor parte de la gestión diaria de la parroquia, y creo que mi padre se siente un poco desocupado. Mencionó que no había tenido ocasión de pasar mucho tiempo con sus nietos mientras eran niños.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Nicholas con sinceridad, lo que le valió otra mirada fulminante de la duquesa.

—Creo que quizá deberíamos hablar con Malcolm y Felicity de su petición —respondió ella, haciendo un esfuerzo por tragarse su enojo.

Nicholas asintió.

—Peter también tendrá que decir algo al respecto. Si vamos a confiar en él para que tome decisiones relativas a Caerlaverock, no

podemos cargarle con el reverendo, si no está dispuesto a hacerlo.

—Estoy segura de que le encantará pasar tiempo con su abuelo —replicó Grace indignada. Entonces miró la expresión incrédula de su marido y se echó a reír.

CAPÍTULO 3



Brendon Galbraith miró a su padre con exasperación.

—Ya sé que no está muy contento con la situación —gruñó—, pero, si queremos tener voz y voto en lo concerniente a estas tierras, lo mejor será colaborar con su dueño, no ir en su contra.

Dougal Galbraith se bebió de un trago su whisky.

—No voy a colaborar con ningún maldito *sassenach*[1] —murmuró.

—Nadie se lo está pidiendo, padre. Pero, le guste o no, los Sinclair son los señores de estas tierras. Y lo han sido desde mucho antes de Culloden, por mucho que quiera hacer ver lo contrario. Y fue su tatarabuelo quien, maldita sea, se las vendió.

—Sí, bueno, no tiene por qué gustarme —refunfuñó Dougal, sirviéndose más whisky—. ¿Te estás tomando un trago antes de ir a humillarte ante Gifford?

—No voy a humillarme, como bien sabe —declaró Brendon con frustración, arrebatándole la botella a su padre—. Si pasara menos tiempo con la cabeza metida en alcohol, quizá vería cómo están realmente las cosas. Gifford ha hablado con el *laird*[2] y su hijo va a reunirse conmigo. Y si no puede mantener la boca cerrada, le agradecería que se quedara aquí.

Brendon negó con la cabeza y salió a zancadas de la pequeña sala de estar de su padre hacia el vestíbulo, donde soplaba el viento.

—¡Tampoco voy a hacerle reverencias a ningún *sassenach*! —gritó su padre a sus espaldas—. Así que no me lo pidas.

Brendon apretó los dientes, pero no respondió. La verdad era que, de haberse quedado un minuto más, quizá se habría visto tentado de retorcerle el cuello a aquel viejo chiflado. En lugar de eso, le silbó a Fergus, su perro lobero irlandés, y salió a zancadas de la destartalada fortaleza. Quería a su padre, pero había momentos en los que deseaba darle una buena paliza.

El tiempo era cálido y seco. Por un lado, suponía un agradable cambio respecto al clima húmedo y frío que solía darse a principios de junio, pero, por otro, significaba que habría muchos mosquitos. Al levantar la vista hacia el cielo, Brendon calculó que le quedaban unas dos horas hasta que el sol empezara a ponerse y esos pequeños cabrones salieran en busca de sangre. Tiempo suficiente para subir a Caerlaverock y hablar con Gifford antes de que tuviera que volver.

Fergus se acercó a su lado y le dio un empujoncito en la mano. A pesar de su aspecto temible, el sabueso era igual que un cachorro. Tierno como la mantequilla y el doble de tonto. Brendon cogió un palo y lo lanzó con todas sus fuerzas. Con un fuerte ladrido, Fergus salió corriendo tras él. A lo lejos, Brendon podía ver las orillas de Loch Lomond y, en la cima de un gran acantilado junto a él, Caerlaverock, la residencia del duque de Blackmore en Escocia.

Hacía una eternidad que el duque no había recorrido las quinientas millas que había desde Blackmore. Brendon no podía culparlo: era un viaje infernal. Recordó la última vez que Nicholas Sinclair les había honrado con una visita hacía casi cuatro años. Entonces había traído consigo a su esposa y a su hijo mayor y heredero. Peter Sinclair ya era casi un hombre, aunque poseía esa temeridad que se apodera de la mayoría de los chicos al borde de la madurez.

Brendon se preguntaba qué cambios habrían traído consigo los años transcurridos.

Dudaba que él mismo hubiera tenido jamás tanta temeridad. La muerte de su madre le había robado la infancia mucho antes de que estuviera preparado para ello y, sin hermanos, lo único que había sembrado en su vida era avena en el campo, mientras su padre se perdía en el fondo de una botella de whisky.

Suspiró y volvió al presente. Le gustara o no, Dougal era responsabilidad suya, y la posibilidad de convertirse en administrador de Caerlaverock no era poca cosa. Le proporcionaría a él y a su padre una seguridad que hasta entonces ni siquiera habían podido soñar. Y si para ello tenía que encerrar al viejo loco mientras durase la visita de Peter, pues que así fuera.

Sin embargo, en realidad, la seguridad económica no era la razón principal por la que estaba desesperado por conseguir una audiencia con el vizconde. El terrible incidente del que había sido testigo en la mina de los MacFarlane tres meses antes le había quitado el sueño, y necesitaba de forma urgente la ayuda de Sinclair. Brendon estaba escribiendo una carta a Blackmore para pedirle ayuda cuando se enteró de la inminente visita del duque, y decidió que una reunión cara a cara sería mucho más beneficiosa.

Quizá debió haber enviado la misiva de todos modos, pero hasta hacía solo unos días creía que el propio Nicholas Sinclair haría el viaje. Sin embargo, tras hablar con Gifford, sus esperanzas se desvanecieron. El duque iba a enviar a su hijo y heredero en su lugar.

Dado que ya era demasiado tarde para hacerle llegar a Su Excelencia esa carta, el joven vizconde tendría que bastar.

—Bueno, no puedo decir que me entusiasme la idea de tener que vigilar al reverendo durante el próximo mes, pero si es tu deseo que

viaje con nosotros, muchacho... —Malcolm se encogió de hombros con aire filosófico.

—Créeme, lo último que quiero es cargarte con mi suegro —replicó Nicholas—. Si crees que es demasiado para ti y para Felicity, solo tienes que decirlo y buscaré una excusa.

—Sí, sé que lo harías. Pero podría acabar siendo una bendición disfrazada. Augustus ya no es tan joven. Es un secreto a voces que Percy se encarga ahora de casi todo. Sacar al reverendo de Blackmore te permitirá saber si el joven puede ocupar el lugar de su superior cuando llegue el momento.

Nicholas frunció el ceño y luego soltó una breve carcajada.

—Típico de ti centrarte en lo práctico, amigo mío. Debo confesar que últimamente he estado pensando en la jubilación de Augustus. Ambos sabemos que no se lo tomará bien. Y tienes razón, esta podría ser una excelente oportunidad para animarle a retirarse. ¿Crees que Felicity será capaz de aguantar un mes con ese viejo granuja?

Malcolm hizo una mueca de dolor.

—No dudo que ella tendrá algo que decir al respecto, pero esperemos que se le pase el disgusto antes de que nos veamos todos encerrados juntos en el carruaje.

—No te preocupes, te enviaré dos carruajes —dijo Nicholas con una risita—. Así podréis turnaros...

—¿Se lo has dicho a Peter y a Jennifer?

Nicholas negó con la cabeza.

—Todavía no. Pensé en dejarlo para la noche antes de que os marchéis.

Malcolm se rio a carcajadas y se dio una palmada en el muslo.

—Eso sí que estoy deseando verlo —dijo entre risas.

—Entonces quizá sería mejor que tú y Felicity os unierais a nosotros para cenar —respondió Nicholas con sequedad.

—No me lo perdería por nada del mundo, muchacho, ni por todo el oro del mundo...

Mientras se ponía los guantes, Jennifer echó un último vistazo a su dormitorio. Su equipaje ya lo habían llevado al carruaje. Conteniendo una repentina emoción, abrió la puerta y bajó por la gran escalera. Este viaje iba a ser la primera aventura de verdad de su vida, sobre todo, porque no tendría ninguna doncella que la ayudara durante la semana que duraría el viaje.

Y luego estaba la presencia de su abuelo. Jennifer sonrió para sí y recordó la cena de la noche anterior. A Peter no le hizo ninguna gracia descubrir que el reverendo los acompañaría. De hecho, en un raro arranque de enfado, Peter se levantó de golpe de la mesa y regresó media hora después con aire avergonzado. El hermano de Jennifer solía ser tranquilo, a veces un poco impetuoso, pero no era de los que se enfurruñaban. En el fondo, poseía el carácter serio de su padre, aunque por lo general se esforzaba mucho por ocultarlo, sobre todo, ante sus amigos de la alta sociedad.

Al llegar al pie de la escalera, Jennifer contuvo una sonrisa. Sin duda, el tiempo que Peter había pasado lejos de la mesa le había dado tiempo para pensar. Además, por supuesto, aún no se había tomado el postre...

Los carruajes esperaban cerca de la entrada principal, frente a la escalinata. Jennifer ya se había despedido de su madre y de su padre, pero eso no impidió los emotivos abrazos ni que le dieran las últimas instrucciones. Malcolm, Felicity y Peter ya estaban en el primer carruaje. Jennifer había decidido acompañar al reverendo en el segundo coche durante la primera parte del viaje. La verdad era que le apetecía mucho. Su abuelo podía ser muy entretenido cuando se lo proponía.

Iban a recoger al reverendo en la vicaría y, al subir al carruaje, Jennifer se aseguró de sentarse mirando hacia delante. A pesar del tiempo benigno, le habían provisto de un ladrillo caliente por si se le enfriaban los pies y de una manta por si decidía echarse una cabezada. Cuando se cerró la puerta del carruaje, Jennifer lanzó una última mirada al rostro ansioso de su madre y se asomó por la ventanilla abierta.

—Solo estaré fuera un mes, mamá —dijo riendo—. No hace falta que pongas esa cara como si no fueras a verme nunca más.

—Por favor, no tientes a la suerte —replicó Grace, a la vez que tomaba la mano de su hija.

—De verdad, estamos bien protegidos —protestó Jennifer, asomándose para darle a su madre un último beso.

De hecho, la razón principal por la que viajaban sin criados era la conclusión del duque de que contar con protección suficiente era más importante que tener a alguien experto en el uso de los rizadores de pelo. Sobre todo, porque en Caerlaverock habría una plantilla completa de sirvientes.

Además de los cuatro cocheros, había seis lacayos. En realidad, todos ellos eran marineros retirados a los que el duque había entrenado personalmente para proporcionar una protección adicional a su familia. Al llegar a Caerlaverock, se alojarían en el pueblo cercano de Banalan, bajo la atenta mirada de Chapman, su líder.

Aparte de los falsos lacayos, tanto Malcolm como Peter eran espadachines y tiradores más que competentes, y la propia Jennifer tenía la destreza suficiente para acertar a un blanco en movimiento. Se había ordenado a los cocheros que se mantuvieran en las carreteras principales más transitadas y que, bajo ninguna circunstancia, viajaran de noche.

A decir verdad, como le comentó Peter a Malcolm entre dientes, el mayor peligro para su salud era compartir carruaje con el reverendo

durante quinientas millas.

—¡Dadle un abrazo a Nicholas de mi parte cuando vuelva de Eton! —gritó Jennifer mientras el carruaje se alejaba. Observó por la pequeña ventanilla trasera cómo sus padres se iban haciendo cada vez más pequeños hasta que el coche tomó una curva y al fin desaparecieron de su vista. Al girarse hacia delante, Jennifer se sorprendió a sí misma conteniendo las lágrimas. Y ni siquiera habían salido aún de Blackmore.

Sacó un pañuelo de su ridículo[3] y se secó los ojos con firmeza, decidida a no comportarse como una niña tonta. En unos minutos, su abuelo se subiría al carruaje, y Jennifer estaba completamente segura de que él no perdería tiempo en sacarla enseguida de su mal humor.

Sentado sobre su baúl, mientras observaba cómo los carruajes de Blackmore bajaban por el camino, el reverendo tenía la incómoda sensación de que su vida estaba a punto de cambiar para siempre. A pesar de su actitud desafiante, Augustus Shackleford no era ningún botarate. Era muy consciente de que el duque de Blackmore vigilaría de cerca a Percy durante su ausencia.

También sabía que se acercaba con rapidez el momento en que tendría que colgar la sotana para siempre. No sabía qué era peor: la idea de pasar todo el día, todos los días, con Agnes como única compañía, o verse relegado al banco familiar en cada misa sin oportunidad de echarse una breve siesta a mitad del sermón.

Podía oír el débil sonido de los cánticos que provenía de la iglesia. Estaban a mitad de la semana de Pentecostés y uno o dos fieles acudían al templo a diario. Por ese motivo, Percy no pudo ir a despedirse. En cierto modo, el reverendo se sentía aliviado. Al fin y al cabo, solo se iba a ausentar un mes, y el coadjutor ya le había prometido que lo mantendría informado con una carta semanal.

Agnes, por supuesto, aún no se había levantado de la cama, así que solo le quedaba Flossy.

Augustus bajó la mirada hacia la perrita, que movía la cola con ánimo, recordándole que no estarían solos él y Agnes... Al acercarse los carruajes, el reverendo se agachó para cogerla en brazos, sacudiéndose de encima su sensiblera ensoñación. Todo iba bien. Ya había intercambiado unas breves palabras con el Todopoderoso y, a pesar de su inquietud, sabía que estaba tomando el camino correcto.

Después de dejar su baúl en manos de dos de los fornidos lacayos, se subió por la portezuela abierta del segundo carruaje y se sentó frente al otro único ocupante.

—Buenos días, abuelo —murmuró Jennifer, inclinando ligeramente la cabeza en señal de cortesía.

Cuando el carruaje se puso en marcha, el reverendo la miró con un suspiro de dolor.

—¡Maldita sea, muchacha! Ya va a ser un viaje condenadamente largo de por sí, sin que tú te pases todo el trayecto con un atizador metido por el trasero. —Dicho esto, el reverendo soltó a Flossy, que no paraba de retorcerse, y la perrita se lanzó encantada a los brazos de Jennifer.

Con Flossy trepándole por todas partes, Jennifer abandonó sus intentos de mostrarse cortés y, tras conseguir por fin acomodar a la perrita en su regazo, esbozó una sonrisa pícara.

—¿Se acuerda de cuando se le escapó lo del percance de la vieja reina Carlota en el estanque de los patos en la boda de la tía Hope? —preguntó Jennifer—. Usted dijo que me contaría la verdad de lo que pasó cuando tuviera la edad suficiente. —Arqueó una ceja—. Bueno, queridísimo abuelito, creo que por fin ha llegado ese momento. Sin embargo, tómese todo el tiempo que quiera; al fin y al cabo, tenemos quinientas millas por delante. Puedo esperar.

1 Término gaélico para referirse a un inglés o a un forastero. (*N. de la T.*)

2 Título escocés equivalente a «señor» o propietario de unas tierras. (*N. de la T.*)

3 Pequeño bolso de mano femenino, de moda entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. (*N. de la T.*)

CAPÍTULO 4



Cuando los dos carruajes llegaron por fin a las orillas de Loch Lomond, más de una semana después, los ánimos empezaban sin duda a caldearse. El viaje había transcurrido sin incidentes, aunque lento, ya que habían sacrificado la velocidad para mantener los mismos caballos durante todo el trayecto. Jennifer no tenía ni idea de lo difícil que podía ser el simple acto de recogerse el pelo. La verdad era que empezaba a parecerse al espantapájaros del huerto de frambuesas de la señora Higgins. Y todas sus súplicas y ruegos para que su abuelo le contara lo ocurrido con la reina Carlota en el estanque de los patos habían sido en vano. Nunca habría imaginado que el reverendo fuera capaz de mostrarse tan reservado.

Sin embargo, lo más preocupante era el hecho de que, durante todo el viaje, él pareciera decidido a darle sermones sobre diversos pasajes de la Biblia —principalmente, sobre el castigo por el libertinaje, la avaricia, la ira y... ¿qué era lo otro? Ah, la pereza, eso era.

A decir verdad, el libertinaje era un tema que nunca había surgido realmente en sus conversaciones anteriores. Jennifer lo pensó un segundo y llegó a la conclusión de que tampoco lo habían hecho la avaricia, la ira ni la pereza. Era cierto que su abuelo apreciaba sin duda alguna las cosas buenas de la vida, siempre había disfrutado de una buena pelea y ella podía dar fe de que nunca había tenido

ningún problema en particular con la inactividad, salvo cuando se le metía entre ceja y ceja entrometerse en los asuntos ajenos.

Pero, con semejante fervor al comienzo del viaje, Jennifer no pudo evitar preguntarse si a su abuelo no se le estaría yendo un poco la cabeza. Por suerte, cuanto más al norte avanzaban, más parecía decaer su entusiasmo por tratar de llevarla por el buen camino. De hecho, Jennifer observó que parecía librar una batalla interna, en particular con la ira, poniendo a prueba incluso la legendaria compostura de Felicity cuando declaró, malhumorado, que la matrona era una entrometida de cuidado y se marchó dando zancadas para servirse una tercera jarra de cerveza.

Por supuesto, su reacción también podría haber sido un indicio de que estaba perdiendo su lucha interna contra el libertinaje...

A partir de entonces, la conversación entre los cinco se había ido reduciendo poco a poco a monosílabos.

Cuando Loch Lomond apareció ante sus ojos, Jennifer creyó que jamás se había alegrado tanto de volver a ver una masa de agua. Emocionada, se asomó por la ventanilla en un intento de vislumbrar Caerlaverock. Compartía el carruaje con Felicity, ya que la matrona había sugerido que podrían ayudarse mutuamente a arreglarse antes de llegar, pues no sería apropiado presentarse en su destino hechas un guiñapo.

Como resultado, Jennifer llevaba ya el pelo decentemente arreglado y el vestido seguía húmedo por el paño que Felicity había utilizado para quitarle el polvo. Al tomar una curva, la joven soltó un gritito y se volvió hacia su compañera de viaje.

—¿Eso es Caerlaverock...? —susurró, señalando una gran casa situada en un saliente rocoso con vistas al lago.

Felicity se inclinó hacia delante y asintió con alivio. Aunque solo había estado en Caerlaverock en una ocasión, el recuerdo de aquella visita se había quedado grabado en su memoria. Ver la inmensa

alegría de Malcolm al regresar al lugar donde nació le confirmó sus sentimientos por el escocés.

Felicity notó cómo se le aligeraba de repente el corazón. Sabía que el mayor deseo de su marido era retirarse aquí algún día, aunque él nunca abandonaría al duque mientras creyera que Nicholas lo necesitaba. Pero quizá llegaría la ocasión de establecerse en estas tierras, donde podrían vivir abiertamente como marido y mujer.

Los carruajes giraron hacia la carretera que bordeaba Loch Lomond, y Jennifer contempló con asombro el majestuoso paisaje que lo rodeaba. En verdad, nunca habría podido imaginar un lugar tan hermoso. Era última hora de la tarde, pero, al estar tan al norte, el sol aún se encontraba alto en el cielo, proyectando sombras en forma de nubes en movimiento sobre las colinas cubiertas de púrpura que se elevaban de forma abrupta al otro lado del lago. Maravillada, fijó la vista en la enorme montaña, oscura y misteriosa, que se alzaba sobre el agua en la distancia.

—Ben Lomond —aclaró Felicity, señalando el pico sombrío—. La palabra «Ben» proviene del gaélico *bheinn*. Significa «montaña» o «colina».

Jennifer le lanzó a Felicity una mirada burlona.

—Hablas como Malcolm —dijo sonriendo antes de volverse hacia la ventanilla y observar con avidez cómo se acercaban a la península en la que se encontraba Caerlaverock. Por fin, los carruajes se desviaron de la carretera y, unos minutos más tarde, llegaron frente a unas grandes verjas de hierro forjado.

Tras un par de minutos de espera, un hombre corpulento y de voz ronca salió de una pequeña casita situada a un lado de la entrada. Sin decir palabra, se quitó el gorro con rapidez y se dispuso a desbloquear la verja para abrirla. El estrecho camino que había más allá ascendía con suavidad hacia la cima del acantilado, poniendo a prueba la destreza de los cocheros, que se aseguraban de mantener a los caballos a un ritmo que evitara que sus cascos resbalaran

sobre los adoquines, pero que tampoco los agotara demasiado al final de un viaje tan largo.

Por fin, el camino se niveló y giró a la derecha para seguir una alta muralla —sin duda, el límite de los jardines—, aunque la casa aún no era visible. Al cabo de un rato, el sendero volvió a girar a la izquierda y, de repente, el lago apareció entre un bosquecillo de árboles a lo lejos. Sin dejar de seguir la línea del muro, los carruajes redujeron la velocidad al llegar a una gran verja. Segundos después, atravesaron traqueteando un alto arco y salieron a un amplio patio.

Cuando los carruajes se detuvieron por fin frente a las puertas de madera, Jennifer contuvo un grito de sorpresa. No tenía ni idea de que Caerlaverock fuera tan imponente. Antes de salir de Blackmore, su padre le había dado una improvisada lección de historia, por lo que ya sabía que la casa era de estilo jacobino. Al bajar agradecida del carruaje, con Flossy en brazos, divisó a un hombre mayor con una mata de pelo blanco que se inclinaba ante su hermano.

—Bienvenido a Caerlaverock, señor —dijo con una amplia sonrisa, claramente encantado de recibir visitas—. Permítame decir que parece un poco más alto desde la última vez que le vi.

Peter se rio y estrechó la mano del anciano. Jennifer pensó que, sin duda, se trataba de Gifford, el administrador. Sonriendo, ella dio un paso al frente.

—Milady, es un placer darle la bienvenida. Por un momento, creí que estaba viendo a Su Excelencia.

—Yo también me alegro mucho de verle, Gifford —respondió ella con una pequeña reverencia antes de dejar a Flossy en el suelo. La perrita se levantó enseguida sobre sus patas traseras y movió la cola —. Le encanta tener público —rio Jennifer—. Se llama Flossy.

—Me alegro de conocerte, Flossy —dijo Gifford con una sonrisa, agachándose para acariciarla un momento—. No sé qué dirá el viejo Fergus de ti. Al enderezarse de nuevo, su sonrisa se ensanchó—.

Malcolm Mackenzie, por Dios, no pareces haber envejecido ni un solo día desde la última vez que estuviste aquí.

—Es obvio que mi mujer me cuida muy bien —dijo Malcolm radiante, antes de dar un paso adelante y tenderle la mano. Tanto Jennifer como Felicity lo miraron sorprendidas.

—No sabía que te hubieras casado, viejo amigo; eso sí que es una buena noticia. —El anciano administrador tomó la mano que Malcolm le ofrecía y la apretó con fuerza. Era evidente que estaban muy familiarizados el uno con el otro.

A continuación, Malcolm cogió la mano de Felicity y la atrajo hacia sí.

—Esta es Felicity Mackenzie. Mi esposa. Me ha convertido en el hombre más feliz del mundo.

—Es un honor conocerla, señora Mackenzie. Una mujer tan estupenda era más que necesaria para mantener a raya a este viejo holgazán.

Era la primera vez que a Felicity la presentaban como la esposa de Malcolm, y la matrona luchó por contener las lágrimas, pero antes de que pudiera responder, un fuerte ronquido resonó a sus espaldas.

—¡El abuelo! —exclamó Jennifer corriendo de vuelta hacia el carruaje, seguida de Flossy.

Gifford parpadeó y miró a Peter, quien esbozó una sonrisa contrita.

—Me temo que tenemos otra incorporación inesperada a nuestro grupo.

—¡Oremos! —bramó de repente una voz desde el interior del carruaje. Hubo una pausa y, segundos después, la misma voz continuó—: Por todos los cielos, Jennifer, casi me provocas una apoplejía. ¿Ya hemos llegado?

El interior de Caerlaverock era un testimonio de la Escocia de una época pasada. Paneles de madera, un techo alto, elaboradamente decorado, y coloridos tapices adornaban el vestíbulo de entrada, aunque la gran sala cuadrada estaba dominada por una enorme escalera ornamentada que hacía palidecer a la de Blackmore. Jennifer miró a su alrededor con asombro mientras los acompañaban a una acogedora sala de estar donde ardía un alegre fuego para ahuyentar el frío del atardecer.

—Ya sé que deben de estar agotados, y sus habitaciones estarán ventiladas y listas en menos de una hora. Hasta entonces, ¿puedo ofrecerles un trago para acompañar el té?

Naturalmente, Peter, Malcolm y el reverendo aceptaron con entusiasmo. Jennifer y Felicity, sin embargo, se decidieron por una generosa porción de *shortbread* casero, la deliciosa galleta de mantequilla tradicional escocesa que les esperaba en el aparador.

—¿Y quién es el tipo al que le gustaría proponer como nuevo administrador? —preguntó Peter, dando un sorbo cauteloso a su whisky. Desde el primer trago, que hizo que se le saltaran las lágrimas, intuyó que aquel líquido ardiente lo dejaría fuera de combate si cometía la tontería de excederse, sobre todo, con el estómago vacío.

—Se llama Brendon Galbraith. Su clan fue el primer propietario de estas tierras.

—¿El hijo de Dougal? —preguntó Malcolm frunciendo el ceño.

—Sí. Para ser justos, el viejo Dougal quizá fue un poco impulsivo de joven, pero no parece que vaya a causarle problemas a su hijo.

—El Dougal que yo recuerdo causaba problemas solo por el simple gusto de hacerlo —replicó Malcolm—. ¿Qué te hace pensar que esta vez se va a morder la lengua?

—Espero que lo haga por el bien de su hijo. Brendon es un buen chico. Ha sido el administrador de los MacFarlane hasta hace tres

meses. No sé qué pasó exactamente, y Brendon no quiere hablar de ello, pero sí sé que Alistair MacFarlane no está en sus cabales.

—Espero que me cuente la verdad sobre lo ocurrido —interrumpió Peter con preocupación—. Si se niega a hablar de ello, no puedo arriesgarme a poner la finca de mi padre en sus manos.

—Sí, lo sé —suspiró Gifford—. Pero creo que el chico se lo contará todo. Los Galbraith necesitan el dinero. Esa finca suya les va a salir cara cuando llegue el invierno. Pero le he dicho al muchacho que el duque valora la honestidad por encima de todas las cosas.

—Amén a eso —declaró el reverendo, blandiendo su vaso de whisky vacío.

Jennifer contuvo una sonrisa. Evidentemente, su abuelo había dejado de lado por el momento su lucha interna contra el libertinaje.

Poco después, los acompañaron a sus respectivas habitaciones. La de Jennifer resultó ser una estancia amplia y luminosa, con el mismo techo ricamente decorado que el de la planta baja. El suelo de madera pulida estaba cubierto de gruesas alfombras y, en medio de la habitación, se alzaba una enorme cama con dosel. Ya le habían desempaquetado sus pertenencias y el fuego crepitaba en la chimenea, exquisitamente tallada. Pero lo mejor de todo era que, frente a ella, había una gran bañera de hojalata llena de agua humeante.

Sin más preámbulos, Jennifer se quitó la ropa de viaje manchada y metió un dedo del pie en el agua. Todavía estaba deliciosamente caliente. Con un gemido, se hundió en ella y se sentó en cuclillas. Era una auténtica delicia. A mitad del baño, una alegre doncella llamó a la puerta y entró con un fardo de toallas en los brazos.

—Encantada de conocerla, señora, soy Jenet —dijo radiante, haciendo una rápida reverencia—. ¿Quiere que le lave el pelo ahora?

Jennifer soltó un suspiro de placer y asintió con la cabeza. Sin prestar atención a la animada charla de la doncella, se entregó al

simple disfrute de dejarse mimar. Cuarenta y cinco minutos más tarde, estaba envuelta en una toalla gigantesca frente a la chimenea, mientras Jenet le cepillaba el cabello para que se secase.

—Creo que voy a dar un paseo antes de cenar —reflexionó Jennifer mientras la criada le pedía que girara la nuca hacia el fuego.

—¡Ay, no querrá salir ahora con los mosquitos, milady! —exclamó Jenet, horrorizada—. Esas pequeñas bestias la dejarán llena de picaduras.

—Mi madre me habló de los mosquitos —respondió Jennifer—. Me había olvidado por completo de ellos. Dice que es peor al amanecer y al atardecer.

—Sí, Su Excelencia tiene razón. Espere hasta mañana, cuando esas criaturitas estén durmiendo, y así no acabará esfolada.

Jennifer sonrió a la criada; aunque no tenía ni idea de lo que significaba «esfolada», entendió lo suficiente como para darse cuenta de que no era algo que le fuera a gustar.

—Volveré para ayudarla a vestirse para la cena —continuó Jenet, mientras le pasaba por los brazos una bata—. ¿Descansará hasta entonces, milady?

Envolviéndose en la cálida prenda, Jennifer asintió en señal de agradecimiento.

—Confieso que estoy muerta de cansancio, y la cama tiene un aspecto maravillosamente tentador.

Cuando Jenet se marchó, Jennifer se puso en pie con la intención de meterse en la cama, pero los tonos anaranjados y rosados que salpicaban el cielo como la paleta de un pintor la atrajeron hacia la ventana. Debajo de ella se encontraba el gran patio en el que se habían detenido los carruajes a su llegada. No había rastro de ninguno de ellos, y Jennifer supuso que los caballos estarían recibiendo unos cuidados bien merecidos.

Más allá del patio, el terreno descendía con suavidad hacia una arboleda y, al otro lado, el lago se extendía en todo su esplendor. El acantilado sobre el que se alzaba la casa no era muy alto, pero sí lo bastante como para ver un buen trecho en ambas direcciones.

Apoyando la cabeza contra el cristal con parteluz, Jennifer contempló el paisaje, preguntándose cómo había podido su padre estar tanto tiempo lejos de allí. La belleza salvaje de la tierra la atraía de una forma que ni siquiera podía explicar. Ya le aterrorizaba la idea de tener que volver al caos de Londres.

El reverendo Shackleford estaba sentado junto al fuego, sumido en sus pensamientos. Aquello era tan poco propio de él que se sorprendió a sí mismo reflexionando en su estado de ánimo. A decir verdad, no conseguía identificar con exactitud qué era lo que le inquietaba. La cena había sido más que aceptable y la compañía, excelente. Flossy, tumbada lo más cerca posible de la chimenea, parecía haberse adaptado muy rápido.

Puede que solo estuviera cansado. Hacía mucho tiempo que no viajaba tan lejos, y tenía el trasero dolorido. Sin duda, con una buena noche de sueño se encontraría como nuevo. Pero, a pesar de su certeza de que unas horas en los brazos de Morfeo curarían todos sus males, el reverendo aún no estaba listo para retirarse a dormir.

Recordó el viaje y sus torpes intentos por guiar a su nieta de vuelta al camino de la rectitud. A decir verdad, quizá él mismo se había desviado más que ella del maldito camino. El reverendo soltó un suspiro y sacudió la cabeza. No estaba seguro de estar hecho para la labor misionera y, desde su llegada a Caerlaverock, se había sentido como un pez fuera del agua. Escocia estaba tan lejos de Blackmore que bien podría haber sido la condenada África. Sobre todo, porque no entendía ni una palabra de lo que decían. De repente, se sintió abrumado por una nostalgia tan aguda que incluso echaba de menos los ronquidos de Agnes.

Se preguntó qué estaría haciendo Percy. ¿Funcionaría Blackmore como un reloj, a pesar de la ausencia de su vicario, o precisamente gracias a ella?

Augustus Shackleford nunca se había sentido tan inseguro, tan innecesario. ¿Lo había abandonado el Todopoderoso? ¿Le había permitido tomar un camino equivocado? Por supuesto, también podía ser que hubiera comido demasiado queso en la cena.

Fuera cual fuera la razón, aquello no podía seguir así. Regodearse en la autocompasión era cosa de pusilánimes. Había una razón por la que Dios lo había enviado allí. Solo tenía que aferrarse a ella. Todo se revelaría a su debido tiempo, como siempre. Nunca había sido de los que abandonaban el barco y, con toda seguridad, había unos cuantos paganos con faldas que agradecerían su guía espiritual.

El reverendo se sentía un poco mejor, pero aún no tenía sueño, así que pensó que podía escribirle una carta a Percy. Eso mantendría alerta al coadjutor, por si acaso empezaba a hacerse ilusiones por encima de su rango. No estaría de más recordarle que el vicario de Blackmore aún no había abandonado este mundo para irse a tomar el té con el Todopoderoso.

CAPÍTULO 5



La mañana siguiente amaneció nublada y húmeda. Gifford le aseguró a Jennifer que esto era mucho más habitual que el tiempo soleado y ventoso que habían disfrutado últimamente. El desayuno fue abundante, con platos tan extravagantes como los *tattie scones*, que, al parecer, estaban hechos de patata, y el pudin blanco, que a sus ojos inexpertos tenía el mismo color que la cara de Peter por las mañanas después de haber bebido de más en su club.

Mientras examinaba la enorme variedad de alimentos, Jennifer se dio cuenta de que estaba hambrienta. El cansancio de la noche anterior había hecho que apenas picara algo en la cena y se retirara enseguida.

Así, Jennifer llenó su plato hasta los topes y lo llevó a la mesa donde Peter y Malcolm charlaban con el administrador.

—Sé que está deseando reunirse con Brendon, así que le he pedido que se pase esta tarde, si le parece bien, milord. He pensado que quizá le gustaría echar un vistazo a la casa esta mañana.

Peter asintió sonriendo.

—Me parece un plan excelente, Gifford —dijo, satisfecho. Era evidente que estaba disfrutando de la oportunidad de desempeñar su papel de heredero sin que el duque le vigilara cada paso.

Antes de que Jennifer tuviera ocasión de pedirle a Gifford que le contara un poco más sobre la casa, llegó el reverendo con Flossy brincando a su alrededor.

—¿Cómo ha dormido, abuelito? —le preguntó ella, a la vez que se agachaba para darle a Flossy a escondidas un trocito de pudin.

—Como un bebé —respondió él alegremente. A Jennifer le había preocupado un poco el silencio inusual de su abuelo tras su llegada el día anterior, sobre todo, teniendo en cuenta su extraño comportamiento durante el viaje, pero estaba claro que lo único que necesitaba era un buen descanso, igual que todos los demás.

—¿Bajará Felicity a desayunar? —le preguntó Jennifer a Malcolm—. Me preguntaba si le apetecería dar un paseo por los jardines... —Echó un vistazo por la ventana a las nubes amenazantes y añadió—: antes de que empiece a llover.

—Oh, no va a llover, solo será una llovizna —explicó Gifford.

—Una mezcla entre llovizna y niebla —dijo Peter riendo al ver el gesto desconcertado de Jennifer—. ¿Y a usted, abuelo? ¿Le apetece inspeccionar la casa o dar un paseo con las señoras?

Aunque el reverendo ya había decidido pasar la mañana curioseando por la casa, desde luego no contaba con hacerlo en compañía. ¿Qué diablos tenía eso de divertido? Mientras se zampaba el jamón con huevos, pensó con rapidez.

—Bueno, tengo ganas de pasar la mañana conversando con el Todopoderoso —respondió al fin. No estaba fingiendo: era perfectamente capaz de hablar y husmear al mismo tiempo. Ahora que lo pensaba, era una oportunidad perfecta para charlar un rato con cualquier pagano con el que se topara—. Aun así —continuó con aire pícaro—, supongo que a Flossy le vendría bien dar una vuelta por los jardines después de haber estado tanto tiempo encerrada en el carruaje.

—No estoy seguro de que Felicity los acompañe —intervino Malcolm —. Creo que tiene pensado quedarse en la cama hoy para recuperarse del viaje.

—¿Está enferma? —preguntó Jennifer con ansiedad.

—Creo que es más bien que desea disfrutar de su propia compañía con un buen libro. Como ha dicho el reverendo, hemos estado muy apretados durante más de una semana. —Esbozó una sonrisa—. No te preocupes. Por la mañana, estará más que lista para hablar hasta quedarse afónica.

Jennifer asintió aliviada y se puso en pie.

—Recogeré mis cosas y esperaré a Flossy en la salita en la que estuvimos ayer, abuelito. Por favor, no se moleste en darse prisa. Al igual que Felicity, tengo un buen libro. —Se abstuvo de mencionar que su novela trataba sobre un médico que creaba un hombre artificial a partir de restos de cadáveres. No era precisamente una lectura apta para un hombre de Dios... ni para la nieta de uno, pensó Jennifer con remordimiento. La verdad era que su tía Prudence tenía un gusto peculiar en cuanto a ficción. No obstante, Jennifer tenía que admitir que la historia era a la vez fascinante y aterradora.

Después de escuchar a su padre describir al duque como la semilla de Satanás por quinta vez en un buen rato, Brendon se hartó al fin.

—No puedo quedarme aquí sentado escuchándole parlotear ni un segundo más —gruñó, a la vez que apartaba el plato del desayuno y se ponía en pie—. Al diablo. —Dicho esto, Brendon salió de la habitación con paso firme y se dirigió al exterior. Quizá algún día conseguiría despedirse de forma civilizada de su único progenitor vivo. El viejo chiflado pasaba demasiado tiempo recordando los tiempos pasados. A juzgar por sus palabras, William Wallace había muerto hacía no más de veinte años.

Brendon sacudió la cabeza. Aún tenía que contarle a Dougal lo que había pasado con MacFarlane, y le preocupaba lo que haría su padre si se enterara de que el jefe del clan estaba explotando a niños de tan solo cinco o seis años... Brendon sintió que una náusea le ascendía por la garganta.

Lo que había descubierto tenía que salir a la luz. Pero, sin aliados, Brendon no tenía ninguna posibilidad de acabar con MacFarlane. El duque de Blackmore era el único con suficiente influencia para poner fin a la práctica de ese bastardo de utilizar a niños pequeños para trabajar en una mina de oro que todo el mundo creía que llevaba abandonada al menos dos años.

Brendon tenía la firme intención de informar a Peter Sinclair de todo lo que había descubierto, pero, por lo que Brendon sabía, el vizconde aún era un joven inexperto. Gifford había insinuado que Malcolm Mackenzie acompañaría a Su Señoría. Brendon solo podía rezar para que eso fuera cierto. Mackenzie había sido la mano derecha del duque durante muchos años, y se podía confiar en que no permitiría que el joven vizconde tomara cartas en el asunto para acabar saltando de la sartén al fuego.

Brendon también era dolorosamente consciente de que, si el duque hubiera sabido en qué estaba metido el vecino de Caerlaverock, Su Excelencia jamás habría enviado a su hijo y heredero a semejante lío.

Confesarlo todo podría poner en peligro su oportunidad de convertirse en el próximo administrador de Caerlaverock, pero, en realidad, eso no importaba. Era mucho más importante salvar a los niños que aún vivían de correr la misma suerte que aquellos pobres chiquillos que él había descubierto por casualidad hacía tres meses.

Con dificultad, apartó a un lado esos inquietantes pensamientos y se concentró en su siguiente paso. Le habían ordenado que fuera a Caerlaverock a las dos de la tarde. Ya llevaba puesto su mejor traje de *tweed* de domingo y no tenía intención alguna de volver junto al

cascarrabias de su padre hasta mucho después de que su entrevista hubiera terminado.

Brendon se guardó el gorro en el bolsillo y tomó el sendero hacia la orilla del lago, con Fergus trotando alegremente a su lado. El paseo duraría casi una hora, pero le ayudaría a despejar la mente y, con suerte, a calmar su ira. Acudir a la reunión en Caerlaverock con el ánimo alterado no le serviría de nada a nadie.

Justo delante de él, en medio del lago, la diminuta isla de Inchgalbraith se alzaba entre la niebla. En otros tiempos había sido una fortaleza del clan Galbraith y, para su padre, aún lo era. Brendon no tenía ninguna duda de que aquel chiflado sería muy feliz viviendo como un vagabundo en las ruinas del castillo que sus antepasados habían construido allí.

Aunque Dougal se negaba a reconocerlo, la verdad era que el clan Galbraith había dejado de existir hacía más de doscientos años. El castigo por estar en el bando equivocado de otra rebelión más. La mayor parte de las tierras de valor se habían vendido al entonces duque de Blackmore, quien no tardó en construir una casa a orillas de Loch Lomond. Según su padre, la ubicación de la casa había sido una decisión deliberada para humillar a lo que quedaba del clan Galbraith.

Aunque Brendon dudaba de que el motivo tuviera algo que ver con el deseo de provocar a los tristes restos de un clan caído en desgracia, lo cierto era que desde la torre en ruinas —lo único que quedaba de la casa de su tatarabuelo— tenían unas vistas maravillosas de la magnífica mansión.

Jennifer se alegraba de haberse puesto su capa y su sombrero más abrigados. No imaginaba que pudiera necesitarlos, y solo los había incluido en su equipaje por la insistencia de su madre. Al parecer, los caprichos del clima escocés habían quedado grabados en la memoria de la duquesa.

Al salir del patio por una pequeña puerta en el muro a la izquierda de la entrada principal, Jennifer se adentró en un sendero que parecía serpentear entre los árboles hacia la orilla del lago. Soltó a Flossy de su correa y sonrió al ver cómo la perrita corría de un lado a otro, con el hocico pegado al suelo, atraída por la multitud de sugerentes olores.

Mientras avanzaba con cuidado por el camino pedregoso, Jennifer sintió un repentino alivio en el pecho, como si le hubieran quitado un peso de encima. Allí fuera, no había nadie que la juzgara. Nadie que le ordenara ser alguien que no era. Sabía que sus padres estaban más que orgullosos de la mujer en la que se había convertido. Siempre le habían permitido tener sus propias opiniones. Pero, aunque sus padres no tenían tiempo para los ridículos dictados de la sociedad y se resistían a ellos siempre que podían, incluso una figura tan poderosa como el duque de Blackmore se veía obligado a, al menos, hacerles un gesto de cortesía.

Y la sociedad dictaba que las mujeres debían hacer lo que se les mandaba y que debían hacerlo en silencio, sin quejarse.

A decir verdad, Jennifer no sabía dónde podría encontrar a un hombre dispuesto a concederle la libertad de la que había disfrutado desde niña. Hasta ahora, no se había dado cuenta de que esa preocupación le pesaba tanto. Como a todas las jóvenes de buena familia, se esperaba de ella que se casara, y que lo hiciera bien. Aunque no podía imaginar a su padre obligándola a casarse con alguien a quien ella despreciara, Jennifer sabía que incluso su legendaria paciencia tenía un límite.

¿Qué dirían sus padres si les anunciara su deseo de permanecer soltera?

Y ahí estaba el quid de la cuestión. Desde su debut en sociedad, Jennifer se había ido desilusionando cada vez más con todo ese mercado matrimonial. No les había confesado sus sentimientos a sus dos amigas más íntimas, aparte de aquella conversación en su dormitorio, pero suponía que, al menos, Mercy compartía su

desilusión. Era difícil saber qué pensaba Tory. La hermana gemela de George seguía guardándose muy bien para sí misma sus pensamientos más íntimos.

Jennifer sabía que había hombres por ahí con el mismo punto de vista progresista que su padre; de hecho, además del duque, había diez de ellos en su familia. Tanto Peter como su tío Anthony estaban lo más lejos posible de ser pomposos y, a pesar de las historias escabrosas que le habían contado sobre sus tías, todas ellas habían encontrado maridos capaces de mirar más allá de su supuesto comportamiento escandaloso y habían visto su verdadero valor. De hecho, en todos los casos, los hombres en cuestión no solo habían reconocido, sino que habían fomentado de forma activa el espíritu libre de sus esposas.

Así que Jennifer sabía que era posible. Pero ¿dónde encontraría un hombre así? Desde luego, no había hallado ni rastro de tolerancia en ninguno de los estirados con los que había tenido contacto desde su presentación en sociedad.

Estaba tan absorta en sus ensoñaciones que no prestaba atención a lo cerca que estaba el lago cuando por fin salió del bosquecillo. Solo un grito repentino la hizo detenerse y volverse sorprendida.

—¡Alto, a menos que te apetezca darte un baño!

Frunciendo el ceño, Jennifer volvió a mirar al suelo y casi gritó de sorpresa. Sus pies estaban a unas pulgadas de la orilla. Su ensimismamiento y la capa verde de algas casi la habían llevado a acabar en el agua. Con el corazón en un puño, dio un paso atrás y luego se giró para ver a un hombre corriendo hacia ella, seguido del perro más grande que Jennifer había visto en su vida.

Conmocionada, retrocedió por instinto, sintió que el suelo bajo sus pies cedía y, al instante, cayó de espaldas al lago helado.

Dougal Galbraith no necesitaba que su hijo le dijera que se estaba comportando como un viejo chiflado, pero, como siempre, había

hablado más de la cuenta. Mientras veía a Brendon salir hecho una furia por segunda vez en los últimos días, un pensamiento repentino lo asaltó. ¿Y si sus estúpidos comentarios sobre la familia Sinclair llegaban a oídos del duque y acababan costándole a Brendon el puesto? El puesto que ambos necesitaban desesperadamente si querían sobrevivir a otro invierno.

Con un suspiro, Dougal se sirvió otro whisky. En realidad, no culparía al muchacho si no regresaba. Las cosas se estaban yendo al garete. Si no se apresuraban a plantar, sería demasiado tarde. Y allí estaba él, emborrachándose como siempre.

Era suficiente para que incluso un hombre sobrio se echase a llorar. Dio un trago largo y se sirvió de nuevo.

—Malditos *sassenachs* —murmuró para sí—. ¿Cómo se atreven a rechazar a un Galbraith? Bueno, si Sinclair tenía el maldito descaro de mandar a su hijo a freír espárragos, él mismo tendría algo que decir al respecto. De hecho, haría una cosa mejor. Iría a charlar con el muchacho en persona. Ahora mismo.

Tras apurar lo que le quedaba de whisky, Dougal se puso en pie con paso inestable y se echó el abrigo por encima. Les mostraría a esos condenados e inútiles *sassenachs* la ira de un auténtico hijo de Caledonia.

Ese cobarde ni siquiera se plantearía no darle a Brendon el cargo de administrador una vez que Dougal Galbraith hubiera acabado con él.

CAPÍTULO 6



—Por Dios, mujer, ¿eres una completa idiota? ¿Qué te crees que estás haciendo?

Jennifer salió a la superficie dando bocanadas cuando una mano la agarró sin miramientos por el brazo y la sacó a rastras del agua turbia. Por un segundo, se quedó suspendida en el aire; luego, antes de que pudiera protestar, el hombre se la echó al hombro y se vio envuelta en unos brazos fuertes, uno de los cuales la sostenía en la postura más escandalosa.

Apenas podía asimilar el hecho de que él avanzara a zancadas por la orilla del lago, llevándola quién sabía adónde. Poco a poco, la consciencia se le fue apagando hasta quedar reducida al frío, que se filtraba con rapidez hasta lo más profundo de sus huesos. En aquel momento, aquel desconocido podría llevarla al mismísimo infierno y ella no emitiría una sola queja, siempre que allí hiciera calor.

Jennifer no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado cuando oyó que él soltaba una maldición entre dientes. Acto seguido, ella sintió la vibración de las botas del hombre al golpear contra algo duro. De pronto estaban bajo techo. Escuchó el suave chapoteo del agua y después notó que su rescatador trepaba por algo para volver a saltar al otro lado. Unos segundos más tarde, la dejó en el suelo con sorprendente delicadeza y varias mantas cayeron sobre sus

hombros. Con los ojos cerrados, Jennifer se arrebujó agradecida en su fétida calidez.

—Tendrá que quitarse todo eso si no quiere coger una pulmonía.

La profunda voz masculina era tajante, y la cruda realidad comenzó a filtrarse en el nebuloso estado de ensueño que la inundaba. Sin embargo, Jennifer hundió la cabeza entre las mantas con obstinación hasta que, de pronto, un pequeño ladrido se abrió paso entre ellas.

¡Flossy!

Jennifer abrió los ojos de golpe y apartó las mantas de un manotazo. Se puso en pie, pero tropezó cuando la masa empapada de su falda se le enredó en los tobillos. Miró a su alrededor con desesperación y comprendió de repente que estaba en una barca. Volvió a dejarse caer, conmocionada.

—¿Qué ha hecho con mi perrita? —preguntó en un susurro.

—No se preocupe, está aquí.

Ella vio cómo el hombre se inclinaba hacia un lado y sacaba al pequeño animal de entre las patas delanteras de un lobero irlandés. ¿Acaso aquella bestia estaba a punto de convertirla en su cena? Con un jadeo, Jennifer arrebató a Flossy de las manos del desconocido, la estrechó contra su pecho y fulminó con la mirada a su supuesto salvador.

—¿Adónde me lleva? —exigió saber, frustrada al escuchar el temblor de su propia voz.

El desconocido arqueó las cejas ante su tono.

—A casa, o eso espero, cuando se haya quitado toda esa *claes*[1] mojada.

—Si por *claes* quiere decir ropa, desde luego no pienso quitarme nada delante de usted. —Jennifer se sintió orgullosa de que esta vez

su voz fuese más firme—. Y es muy poco caballeroso que me lo pida siquiera, señor.

—Está empapada —señaló el hombre con cansancio—. Y si insiste en dejársela puesta, lo más probable es que dentro de una semana haya muerto de unas fiebres. —Se encogió de hombros—. Pero bueno, será su funeral.

Jennifer abrió la boca para soltar una respuesta mordaz, pero no se le ocurrió absolutamente nada que decir, así que volvió a cerrarla. Para su vergüenza, los dientes le castañetearon de forma ruidosa. Y, para empeorar las cosas, Flossy, que evidentemente no disfrutaba de estar apretada contra la ropa mojada, se retorció hasta liberarse de sus brazos y regresó junto al enorme perro del hombre.

Jennifer tragó saliva, se apretó aún más las mantas alrededor del cuerpo y observó a su acompañante por primera vez.

Poco a poco, se le encendieron las mejillas. Era, con diferencia, el hombre más impresionante que había visto en su vida. Sus ojos, de un sorprendente azul cerúleo, destacaban en un rostro de belleza casi severa. Tenía la nariz ligeramente torcida, como si se la hubiera roto tiempo atrás, y la piel estaba bronceada por pasar demasiado tiempo al aire libre. Unos labios carnosos y una ondulada cabellera negra como la medianoche, más larga de lo que dictaba la moda entre los dandis londinenses, completaban el conjunto.

Para su consternación, Jennifer se descubrió preguntándose qué se sentiría al ser besada por aquellos sensuales labios.

—Entonces, ¿va a quitarse la ropa, o piensa seguir mirándome como si estuviera esperando que se me cayese la cabeza?

Jennifer apretó los labios ante su tono brusco.

—Le agradezco su ayuda, pero creo que soy perfectamente capaz de regresar a la casa yo sola.

—Sé que no llegará ni a diez yardas con el peso de esa falda dando vueltas alrededor de los tobillos —respondió él sin rodeos—. Por eso la he traído aquí, ya que pesaba usted demasiado para llevarla hasta la casa.

¿Cómo se atrevía a insinuar que era demasiado pesada? ¡Si tenía la cintura más estrecha de todas sus conocidas!

Para colmo, Jennifer sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos. Parpadeó con furia para contenerlas, negándose a darle la impresión de ser una necia.

—¿Le importaría girarse? —consiguió decir al fin, con la voz ronca por las lágrimas que se negaba a derramar.

Una inesperada compasión brilló fugazmente en los ojos del hombre antes de obedecer y darse la vuelta. Aquella súbita muestra de ternura estuvo a punto de acabar con la resistencia de Jennifer, quien sorbió por la nariz mientras se quitaba las mantas.

Al forcejear con los botones de su *pelisse*, las manos comenzaron a temblarle de frío. En realidad, tenía la sensación de que todo el cuerpo se le había cubierto de hielo. Con torpeza, arrojó la prenda al suelo y empezó a deshacerse de la blusa. Menos mal que había decidido no ponerse un vestido. Tener que pedirle a aquel hombre que le desabrochara los botones de la espalda habría sido demasiado humillante.

Cuando por fin se hubo quitado la falda y la enagua, estaba demasiado helada para pensar siquiera, y habría podido llorar de gratitud cuando el extraño le tendió una manta seca mientras ella permanecía sentada y temblando solo con la camisa interior. No tenía ni idea de cómo había sabido él que ya había terminado de desnudarse.

Llegaron otras dos mantas y, por fin, Jennifer dijo en voz baja:

—Ya puede darse la vuelta.

Brendon se volvió y contempló el montón de ropa que cubría el fondo de la barca.

—Por todos los santos, con todo lo que llevaba puesto, no me extraña que me pareciera que estaba cargando en brazos una *coo*[2] —comentó, negando con la cabeza—. No podremos secarla ni en un mes. Tendré que llevarla hasta arriba.

Jennifer se puso roja de humillación, suponiendo que por *coo* se refería a una vaca.

—No quisiera que se esforzara demasiado —declaró ella con rigidez —. Después de todo, un hombre de su avanzada edad debería tener especial cuidado a la hora de realizar cualquier tipo de esfuerzo físico.

Se dio por satisfecha al ver que el extraño entornaba los ojos, pero él se limitó a responder:

—Supongo que sin esa tonelada de ropa encima pesará como una pluma.

Algo más calmada, Jennifer se arrebujó entre las mantas.

—Avíseme cuando esté bien calentita y volveremos a subir hasta la casa —añadió el hombre.

—¿Puedo preguntarle cómo se llama? —preguntó Jennifer al cabo de unos minutos.

—No sé... ¿puede?

El desconocido le sonrió y a ella se le dio la vuelta el estómago. Su sonrisa era verdaderamente devastadora.

Justo cuando Jennifer estaba pensando cómo responder a semejante desfachatez, él hizo un gesto con la mano y se encogió de hombros.

—No se preocupe, estoy bromeando. Brendon Galbraith, a su servicio, milady. —Él se puso en pie y le hizo una aparatosa reverencia.

—¿Es usted quien opta al puesto de administrador de Caerlaverock? —preguntó Jennifer, sorprendida.

—Sí —respondió Brendon mientras volvía a sentarse—. Bueno, o esa era mi intención. No sé si aparecer con la hija del duque prácticamente desnuda me ayudará a conseguir el puesto.

—¿Cómo sabe que soy la hija del duque? —preguntó Jennifer, pasando por alto la parte de que estaba prácticamente desnuda.

—Es una *sassenach*. —Brendon se encogió de hombros—. No sé quién más podría ser.

Jennifer frunció el ceño. Ahora que él lo mencionaba, no solo estaba en juego la reputación de Brendon, sino también la suya propia. Aunque, después de todo, había sido culpa de él por haberla asustado.

Se mordió el labio y pensó deprisa.

—Gifford dijo que lo esperaba a las dos de esta tarde. ¿Tiene idea de qué hora es ahora?

—No se ve el sol, pero calculo que aún no es mediodía.

—Entonces todavía tiene al menos dos horas antes de que lo esperen en la casa —confirmó Jennifer.

Él asintió con cautela.

—Entonces, le sugiero que coja a Flossy y suba a la casa —dijo Jennifer—. Una vez allí, puede preguntar si alguien sabe a quién pertenece. Asegúrese de hablar con mi hermano o con mi abuelo...

—¿Su abuelo también está aquí?

Jennifer lo miró con impaciencia.

—Flossy es de mi abuelo —explicó—. Por favor, no me interrumpa. Pensó un instante antes de continuar—. Dígales que la encontró vagando sola. Evidentemente, saben que Flossy salió conmigo esta mañana. En cuanto se den cuenta de que he desaparecido, enviarán un grupo de búsqueda. —Jennifer hizo una pausa y tamborileó pensativa con los dedos sobre la borda—. Diré que me resbalé y caí al lago, que conseguí salir y, al comprender que no podía recorrer la distancia hasta Caerlaverock empapada como estaba, descubrí este cobertizo de botes, vi que estaba abierto, entré, me quité la ropa mojada y esperé a que vinieran a rescatarme. Todo perfectamente razonable.

»Nadie sabrá que hemos estado a solas, y a usted lo aclamarán como un héroe por haber llamado la atención sobre mi situación. —Jennifer soltó una risita satisfecha—. Probablemente le ofrecerán el puesto de administrador en el acto.

—No creo que pueda dejarla aquí sola —protestó Brendon con el ceño fruncido.

—Estaré perfectamente —respondió ella con firmeza—. Usted no tardará mucho en llegar a la casa, y estoy segura de que enviarán un grupo de búsqueda en cuanto se den cuenta de mi ausencia.

—Pero estará aquí sola —repitió él despacio, como si hablara con una niña.

—Estaré a salvo —insistió Jennifer con el mismo tono pausado—. Nadie sabe que estoy aquí, excepto usted.

Brendon la observó en silencio durante un instante, con el rostro impasible.

—¿Siempre es tan testarrona?

Jennifer le sostuvo la mirada, con una sonrisa apenas disimulada.

—Nunca había oído esa expresión, pero me han descrito como «escandalosamente dura de mollera» y supongo que significa lo

mismo.

El reverendo Shackleford se metió en la boca el último trozo de *shortbread* y lo masticó con delectación. Fuera cual fuese el resto de rarezas de la cocina de las Highlands, el *shortbread* era auténtico maná caído del cielo.

Terminó su taza de té y se puso en pie.

Ya era hora de explorar un poco.

Había concedido a su nieto una buena ventaja, así que, siempre que tuviera cuidado, aquella casa era lo bastante grande como para impedir que se cruzaran. No es que estuviera tramando ninguna fechoría. Simplemente prefería hacer sus pesquisas en compañía de Percy, pero como el pobre coadjutor no estaba allí, tendría que arreglárselas solo.

Pensó que quizá empezaría por la parte alta de la casa. Si era como en Blackmore, las dependencias de los sirvientes estarían bajo el tejado. Sospechaba que la mayoría de los criados estarían ocupados con sus tareas, pero quizá se presentara alguna ocasión propicia para charlar un rato sobre las Sagradas Escrituras. Al menos, sería una buena excusa para justificar que estaba donde no debía.

Y eso le recordó algo. No podía hablar de la Biblia si no llevaba consigo el dichoso libro.

Con una risita y una rápida disculpa dirigida a las alturas por el epíteto, el reverendo regresó a su dormitorio y cogió su ejemplar de la Biblia, gastado por el uso. Edición del rey Jacobo, naturalmente.

Supuso que los sirvientes piadosos estarían familiarizados con el texto.

Así que echaría un buen vistazo a la casa y, si se encontraba con algún desdichado que se hubiera apartado del buen camino, se limitaría a ofrecerle un amable recordatorio. Aunque tampoco podía

culparlos por haberse descarriado: verse obligados a convivir con los malditos mosquitos de las Highlands convertiría a cualquiera en ateo. De todas las criaturas de Dios, aquellos pequeños bichos, como los llamaba Gifford, tenían que ser los más desagradables.

No entendía por qué algunos lugareños llevaban falda. Probablemente padecían una naturaleza profundamente perturbada o tenían unos atributos de cuero.

En cualquier caso, de lo primero sí que podía ocuparse.

Armado con su Biblia, el reverendo Shackleford salió en busca de las escaleras de servicio...

A medida que Dougal se acercaba a Caerlaverock, sus pasos se hicieron más lentos. El aire fresco le había despejado la cabeza embotada por el whisky y lo que una hora antes le había parecido una idea excelente, ahora no le parecía más que una soberana majadería.

Se sentó sobre una roca que encontró por el camino y sacó su petaca. Después se rascó la barbilla y contempló Caerlaverock mientras daba un sorbo del ardiente licor.

Poco a poco, la indignación lo inundó de nuevo mientras sus pensamientos giraban en torno a antiguos agravios.

Por derecho, aquella casa debería haber pertenecido a los Galbraith. Dio un trago. Se mirase como se mirase, los malditos Sinclair no eran más que unos ladrones y unos piratas. Otro trago. Ya era hora de que aquellos repugnantes gusanos *sassenach* regresaran a Inglaterra. Bebió otra vez. Y, además, Dougal Galbraith estaba dispuesto a decírselo en persona.

Apuró el contenido de la petaca, volvió a poner el tapón y se levantó tambaleándose.

Dougal sabía que había una pequeña verja en el muro que rodeaba Caerlaverock que Gifford mantenía abierta. Suponía que el viejo administrador lo hacía así para ahorrarse trabajo cuando regresaba por la tarde, pues vivía en Banalan y aquel acceso le permitía recorrer casi la mitad de distancia. Gifford había visto entrar y salir por allí al viejo chiflado unas cuantas veces.

Resuelto, el anciano escocés avanzó dando traspiés hacia la puerta, situada en una ligera hondonada del terreno que la ocultaba de miradas indiscretas. Mientras caminaba, intentó ordenar sus ideas, pero, al final, lo único que consiguió fue murmurar para sí:

—Los muy bastardos no van a convertir a mi hijo en un idiota.

Diez minutos después, atravesó la verja oculta y siguió el sendero que conducía a la casa.

.

---

1 Término gaélico equivalente al inglés *clothes*, «ropa». (*N. de la T.*)

2 Término gaélico equivalente al inglés *cow*, «vaca». (*N. de la T.*)

CAPÍTULO 7



Mientras el reverendo escuchaba otra retahíla de palabras incomprensibles salir de la boca del criado, empezó incluso a sentir un ligero pánico. De hecho, no pudo evitar preguntarse en qué momento se daría cuenta la familia de que había desaparecido. Quizá no descubrieran su ausencia hasta la cena. O incluso más tarde. Podrían llegar a encontrar sus restos en aquella misma silla, consumidos y arrugados como esas malditas momias de Egipto.

En verdad, Augustus Shackleford jamás había conocido a un individuo tan aburrido, tedioso y prolijo. Aquel zoquete necesitaba veinte palabras para decir lo que podía expresarse con tres. O eso suponía, porque no entendía nada de la imparable verborrea de aquel individuo. ¿Cómo demonios había conseguido elegir precisamente al criado más santurrón de toda la casa? El reverendo empezaba a pensar que ese hombre bien podía estar recitando la Biblia entera *ad verbatim*[1]. Eso, o estaba hablando del tiempo.

El reverendo Shackleford asintió con benevolencia por enésima vez ante el piadoso criado, y echó una mirada casual por la ventana. Frunció ligeramente el ceño. Un individuo de aspecto poco recomendable parecía estar subiendo por un estrecho sendero en el mismo extremo de los jardines formales. El hombre avanzaba dando tumbos de un lado a otro, hasta tal punto que el reverendo se

preguntó si no estaría algo más que achispado, un lamentable estado para alguien que aún no había llegado a la hora del almuerzo.

Sin duda, aquel individuo necesitaba de forma urgente la bendición de Dios. Y él mismo lo necesitaba para poder salir de su actual y terrible aprieto.

El reverendo se volvió hacia el parlanchín, que no parecía haberse percatado de que su oyente había dejado de prestarle atención, tomó aire, se inclinó hacia delante y estampó la mano derecha sobre la cabeza del hombre. El sobresaltado criado se quedó balbuceando hasta detenerse. Sin apartar un ojo de la ventana, Augustus murmuró una rápida bendición y después se puso en pie con dificultad y se persignó con rapidez. Luego, gritando «¡Amén!», se metió la Biblia bajo un brazo, se levantó con la otra mano los bordes de la sotana y salió disparado.

Para cuando Dougal llegó a la casa, casi había olvidado por completo qué diablos estaba haciendo allí. Perplejo, contempló la discreta verja que tenía delante y después rebuscó en el bolsillo hasta encontrar su petaca. Le quitó el tapón con aire distraído y se la llevó a la boca. Solo cuando comprobó que hacía tiempo que la había vaciado, su mente comenzó a aclararse un poco.

«He venido a decirles a esos malditos bastardos *sassenachs*... eh... ¿qué?». Dougal frunció el ceño y trató de concentrarse. «Algo sobre mi hijo. Sí, eso era. Algo sobre Brendon...».

Seguro de que acabaría recordándolo, el viejo escocés probó a abrir la puerta de la casa. Para su sorpresa, estaba abierta. Con apenas una ligera vacilación, cruzó el umbral y se encontró en un largo y oscuro corredor.

Dejó la puerta un poco abierta para que entrara algo de luz y, por supuesto, por si acaso necesitaba una rápida vía de escape. Después comenzó a avanzar a tientas por el estrecho pasillo. Por suerte, al

cabo de unos segundos la oscuridad empezó a disiparse y pudo ver su propia mano. Respiró aliviado y continuó avanzando de puntillas hasta que por fin distinguió unas luces al fondo.

Aunque sus ideas sobre lo que haría al llegar allí eran, en el mejor de los casos, vagas, sí incluían negarse a marcharse hasta haber conseguido una audiencia con el dueño de la casa.

A medida que se acercaba a lo que parecía ser un gran salón, Dougal comenzó a ensayar mentalmente lo que iba a decir. Un poco más sobrio ahora, comprendió que acusar al hijo del duque de ser un maldito bastardo ladrón no solo conseguiría que lo echaran, sino que probablemente acabaría en la cárcel.

«Espera un momento, Dougal», murmuró para sí, avanzando más despacio. «No sabes con quién te vas a encontrar».

Se detuvo en la entrada del gran salón cuadrado, se rascó la cabeza e intentó poner en orden sus confusos pensamientos.

—¿Puedo ayudarle, hijo mío?

Una voz repentina y estruendosa a su espalda hizo que a Dougal casi se le saliera el alma del cuerpo. Se dio la vuelta y se quedó mirando, presa de un terror absoluto, cómo una aparición vestida de negro se alzaba entre la oscuridad. «Dios mío, es un *bogle*[2]». Convencido de repente de que estaba a punto de ser arrastrado hasta el mismísimo infierno, Dougal lanzó un grito de guerra ahogado y aulló:

—¡No te llevarás a un Galbraith sin luchar, demonio!

Luego, con otro alarido aún más fuerte, se abalanzó sobre el espectro, que al primer contacto resultó ser sorprendentemente sólido.

—¡Rayos y centellas! ¡¿Qué...?!

Dougal tuvo tiempo de darse cuenta de que la voz de la aparición tampoco se parecía mucho a la de un *bogle*, antes de que el demonio avanzara tambaleándose hacia el gran salón mientras el escocés permanecía aferrado a su cuello como una lapa, gritando:

—¡No te tengo miedo, bestia! ¡Te voy a dar una paliza que no olvidarás!

Los dos ejecutaron una especie de vals bastante creíble por toda la estancia y, justo cuando Dougal intentaba pasar una pierna alrededor del cuello del demonio, en un esfuerzo por subirse a sus hombros, sonó el timbre de la puerta.

Durante unos segundos cruciales, Dougal se detuvo y un grito ahogado de auxilio surgió por debajo de su codo. Bajó la mirada, sorprendido, pensando que resultaba extraño que un habitante del infierno tuviera un acento inglés tan convincente, justo antes de que el *bogle* chocara torpemente contra un gran pedestal de mármol y comenzara a tambalearse hacia atrás.

Mientras ambos se precipitaban lentamente hacia el suelo, el mayordomo, MacNee, abrió la puerta, ignorando por completo la situación.

Brendon Galbraith estaba en el umbral, con una perrita temblorosa entre los brazos.

Dougal, que había quedado enredado sobre el cuerpo del reverendo, alzó la vista con el ceño fruncido, se frotó los ojos y preguntó:

—¿Qué demonios has hecho con Fergus?

Tiritando, Jennifer se recogió las rodillas sobre el banco en el que estaba sentada y las cubrió con las mantas. Según sus cálculos, el aspirante al puesto de administrador llevaba fuera al menos veinte minutos. Seguramente no tendría que esperar mucho más.

Sin otra cosa en que ocupar sus pensamientos, se descubrió reviviendo la última media hora desde que Brendon Galbraith la había sacado del lago. Aunque apenas había estado consciente entonces, recordaba la sensación de sus fuertes brazos alrededor de ella y el sólido calor de su pecho. Volvió a estremecerse, esta vez por un motivo diferente.

Realmente, era un hombre muy atractivo.

¿Estaría casado? ¿Comprometido? Le costaba creer que no hubiera una fila de mujeres dispuestas a acampar delante de su puerta.

Recordó lo que Gifford había dicho aquella mañana sobre que Galbraith había dejado su empleo con otro clan. Jennifer frunció el ceño mientras trataba de hacer memoria.

MacFarlane. Ese era el nombre del clan.

¿Habían despedido a Galbraith?

Estaba claro que era un hombre digno de confianza. Bueno, al menos no había intentado aprovecharse de ella. Aunque suponía que eso no significaba que no pudiera ser un ladrón. Pero, de algún modo, ella lo dudaba.

Había algo honorable en aquel escocés. Cada uno de sus actos desde que la sacó del agua helada era coherente con alguien que poseía una naturaleza compasiva. Y aquello no encajaba con la imagen que Jennifer tenía de un ladrón o algo peor.

Además, Gifford había declarado que el jefe del clan estaba como una cabra.

Jennifer apoyó la cabeza sobre las rodillas y suspiró. A pesar de la abundancia de mantas, el frío empezaba a calarle de nuevo. ¿Cuánto tiempo habría pasado ya?

De pronto, un pequeño sonido llamó su atención.

Tragó saliva, presa de un miedo repentino.

¿Había ratas a bordo?

Había oído historias sobre roedores del tamaño de gatos que se comían los dedos de las manos y los pies de la gente. De acuerdo, esos desdichados a los que les devoraban las extremidades ya estaban muertos en ese momento, pero, aun así...

El ruido volvió a sonar y Jennifer aguzó el oído. Parecía que alguien estuviera sorbiendo por la nariz.

—¿Quién está ahí? —preguntó, sin conseguir ocultar del todo el pánico de su voz—. Yo... tengo un arma —mintió, mientras buscaba desesperada a su alrededor algo que pudiera utilizar para defenderse.

Volvió a oír el sorbido y, esta vez, sonó sospechosamente parecido a un sollozo.

Jennifer apoyó con cautela los pies descalzos sobre la cubierta y se levantó. Se asomó escaleras abajo, hacia la oscuridad de la pequeña cabina de la embarcación, y al fin distinguió una pequeña figura acurrucada en el suelo.

Tenía que ser un niño.

Con un ligero jadeo, Jennifer avanzó un paso, pero la figura retrocedió con rapidez hasta el rincón más alejado de la cabina.

—¡Padre! ¿Qué demonios cree que está haciendo? —rugió Brendon, después de dejar a Flossy en el suelo y apresurarse a apartar a su padre del clérigo que yacía bajo su cuerpo—. ¿Está loco? ¿No ve que le está dando una paliza a un hombre de Dios?

Colgando en el aire, sujeto por el férreo agarre de su hijo, Dougal frunció el ceño y miró a la figura que gemía debajo de él. A plena luz del día, lo que antes le había parecido una mortaja, ahora podía ver que era una sotana.

—¿Y cómo diablos iba a saberlo? El muy idiota no se presentó.

Con un suspiro, Brendon soltó a su padre y se agachó para ayudar al reverendo a ponerse en pie.

—Este paleto está chiflado... —murmuró Augustus Shackleford, comprobando que aún conservaba sus miembros.

—Es culpa suya, por haberse acercado así a hurtadillas.

—Yo no me he acercado a hurtadillas —replicó el reverendo, cuya ira había despertado por completo—. Si mal no recuerdo, fue usted quien me atacó, usted... usted... ¡Pagano!

—¡Yo te voy a enseñar lo que es un pagano, cabeza hueca *sassen*...

—¿Qué diantres está pasando aquí?

La voz de Peter interrumpió el altercado y los tres hombres guardaron silencio de inmediato.

Brendon dio un paso adelante e inclinó la cabeza.

—Espero que perdone mi intromisión y la de mi estúpido padre, milord...

—¿Quién te crees que eres para llamarme estúpido? —continuó Dougal.

Brendon apretó los dientes y fulminó a su padre con la mirada.

—Cierre el pico, padre —gruñó—. Si vuelve a abrir la boca, lo amordazaré. —Dougal abrió la boca para discutir, pero cambió de opinión y se quedó callado con gesto hosco—. Milord, puede hacer con mi padre lo que quiera —dijo Brendon—, pero antes... He encontrado esta perrita vagando cerca del lago. —Señaló a Flossy, que ahora descansaba feliz en los brazos de su dueño—. Supongo que la conoce. —Cuando los presentes continuaron mirándolo sin entender, Brendon añadió, desesperado—: Estaba sola.

—¿No había salido Jenny con ella? —preguntó Peter, comprendiendo de pronto lo que el escocés intentaba decir.

—Sí —confirmó Malcolm—. ¿Vio a una dama con la perrita? —le preguntó a Brendon.

Brendon suspiró con alivio y negó con la cabeza.

—No había ninguna dama con ella.

—¡Por todos los diablos! ¡Puede que Jennifer se haya caído al maldito lago! —exclamó el reverendo con el rostro demudado. Grace jamás le perdonaría que le sucediera algo a su única hija.

Peter, agitado, se pasó una mano por el cabello.

—¿Me enseñará dónde encontró a la perra? —le preguntó a Brendon.

—Sí, por supuesto —respondió el escocés—. ¿Deberíamos coger un caballo por si la dama está herida?

Peter asintió.

—Excelente idea. Gifford, ¿puede disponer que ensillen un caballo enseguida?

—Yo esperaré al caballo —dijo Malcolm—. Tú y el muchacho, marchaos —añadió, señalando la puerta a Peter.

—Tome, llévese a Flossy. —El reverendo acarició a la perrita y se la devolvió a Brendon—. Quizá pueda ayudar. Todavía conserva algo de Freddy.

Peter miró a su abuelo, cada vez más pálido.

—¿Podría pedirle a la señora Darroch que prepare un baño caliente y lo lleve a la habitación de mi hermana, abuelo? Encontraremos a Jennifer. Si se ha caído al lago, es una excelente nadadora.

El reverendo asintió, preocupado, y luego frunció el ceño a su oponente, mientras este murmuraba:

—Todo se ha ido al garete, no hay duda...

—¡No voy a hacerte daño! —dijo Jennifer, esta vez con toda la dulzura que pudo reunir. Los sollozos, casi inaudibles, continuaron sin cesar. Luego apoyó un pie vacilante en el primer escalón—. ¿Me dejarás ayudarte? —preguntó, escrutando la oscuridad mientras bajaba otro peldaño.

—No lo haga —respondió una vocecilla, sorprendentemente firme.

—¿Quieres que me quede aquí?

No hubo respuesta.

—Por favor, quiero ayudarte —insistió Jennifer.

—¿Tiene algo de comer, señora?

—Mi hermano estará aquí muy pronto. Si tienes hambre, puedo llevarte a mi casa. Allí te alimentarán bien.

Jennifer esperaba que fuera cierto. Sin duda, tendría que dar algunas explicaciones al regresar medio desnuda y con un golfillo a cuestas.

—No voy a ir a ninguna parte con usted —respondió la voz de inmediato.

Antes de que Jennifer pudiera bajar otro escalón, se escucharon unos pasos. La puerta del cobertizo de botes se abrió de repente y una voz gritó:

—¡¿Jennifer?!

Ella suspiró, aliviada, se envolvió con rapidez en las mantas y subió de nuevo a la pequeña cabina.

—¡Estoy aquí! —respondió, reprimiendo las lágrimas.

—Gracias a Dios.

Peter asomó la cabeza. Detrás de él, estaba Brendon Galbraith.

Por absurdo que le pareciera, Jennifer sintió que se sonrojaba por segunda vez en ese día. Casi se alarmó ante la excitación que la recorrió al ver al imponente escocés. ¿Se estaba imaginando el calor de su mirada, a espaldas de su hermano?

Un ladrido entusiasta la devolvió a la realidad.

—Su perrita nos ha traído hasta aquí —explicó Brendon con brusquedad, visiblemente incómodo con la afirmación, la cual, como mucho, era una verdad a medias.

Peter parpadeó al reparar en el estado de desnudez de su hermana.

—Me caí al lago y tuve que quitarme la ropa mojada, como puedes ver —explicó Jennifer con su tono más natural—. Para no coger unas fiebres, naturalmente.

Peter suspiró y miró de nuevo a Brendon.

—Por suerte, Galbraith, seguí su consejo de traer un caballo —declaró con pesar.

Jennifer creyó ser la única que reparó en el gesto de incomodidad que acompañó al encogimiento de hombros de Brendon.

—Supongo que no has sufrido ninguna herida —continuó Peter, volviéndose hacia la barca.

Jennifer negó con la cabeza.

—¿Crees que podrás montar sin perder la modestia? —añadió Peter con sequedad.

—Estoy segura de que podré —respondió ella con determinación, aferrándose a las mantas—. Pero, antes de irnos, hay un pequeño problema.

—Imagino que no te refieres a tener que llevar a mi hermana desnuda hasta la casa sin que nadie lo sepa, salvo el caballero al que acaba de conocer y que está a mi lado —dijo Peter. Chasqueó los dedos y añadió—: O, por supuesto, de controlar un caballo

mientras sujetas la enorme cantidad de prendas que parece que te has quitado.

Jennifer frunció ligeramente el ceño, luego se encogió de hombros y asintió.

—Hay un niño en la cabina —declaró sin rodeos, ignorando el pequeño grito de protesta que llegó desde las escaleras—. Me parece que, sea quien sea, lleva bastante tiempo ahí escondido y tiene mucha hambre.

Mientras Peter la miraba como si hubiera perdido la razón, Brendon frunció el ceño y entró de inmediato en la barca.

—Creo que debería llevarse a su hermana, milord, mientras yo me ocupo del muchacho —sugirió por encima del hombro.

Muchos miembros de las altas esferas de Inglaterra podrían haberse envarado ante el tono autoritario del escocés, pero, al igual que su padre, Peter no tenía ni un ápice de ego. También poseía el carácter práctico del duque, así que se limitó a asentir y avanzó para ayudar a su hermana a salir de la barca.

—Caerlaverock es el lugar más cercano —le dijo Jennifer a Brendon mientras tomaba la mano que Peter le ofrecía—. Lleve al niño directamente a la casa. —Entonces hizo una pausa antes de añadir en voz baja—: Por favor, no lo asuste.

Brendon negó con la cabeza.

—Nunca lo haría, milady. El muchacho estará a salvo conmigo. —Se quedó allí de pie y observó cómo Jennifer Sinclair salía de la barca, como si estuviera aceptando una invitación a bailar. Brendon no pudo contener una sonrisa repentina. Luego, sacudió la cabeza ante las desconcertantes veleidades de las mujeres, se giró y se apostó en la puerta de la cabina, bloqueándola por completo por si el niño decidía echar a correr.

—No puedes quedarte ahí para siempre, *lad*[3]. Te morirás de hambre —murmuró con voz serena.

—Tú tampoco puedes quedarte ahí para siempre.

Evidentemente, el muchacho no tenía tanta hambre.

—Lo sé. Y no voy a hacerlo, pero no me marcharé sin ti.

—Vete a la mierda de una vez. —La respuesta era desafiante, pero el miedo que latía bajo ella decía mucho.

Con un suspiro, Brendon inclinó la cabeza y bajó despacio los escalones, dando tiempo a sus ojos para acostumbrarse a la penumbra. En el rincón más alejado, lo que parecía un montón de harapos se movió de repente.

—No voy a hacerte daño, muchacho —dijo, tendiéndole una mano en un gesto conciliador—. ¿Cómo te llamas?

El chico sorbió por la nariz y respondió después de una pausa:

—Finn.

—Si vienes conmigo, Finn, me ocuparé de que te den una comida caliente. ¿Qué te parece un poco de *mealie puddin*[4]? ¿Te apetece?

Brendon pensó que el muchacho probablemente se habría abalanzado sobre un mendrugo.

Durante un minuto entero, el chico no se movió. Luego, poco a poco, los harapos se desplegaron y el muchacho se puso en pie.

Brendon tuvo que contener un gemido ante el lamentable aspecto que presentaba. No era más que piel y huesos.

—¿Puedes andar, Finn?

—Claro que puedo andar, maldita sea.

La insolencia seguía allí, pero Brendon podía ver que, en el fondo, el muchacho estaba temblando de verdad. Incluso podría desmayarse antes de llegar a Caerlaverock. Brendon maldijo entre dientes, volvió a subir a la cabina y esperó.

Al cabo de unos cinco minutos, Finn ascendió despacio por las estrechas escaleras.

A la luz del día, el estado del chico parecía aún peor. Estaba mugriento, y las costillas se le marcaban bajo los harapos que llevaba puestos. Pero, más que eso, lo cubría de pies a cabeza una capa negra de suciedad.

De pronto, Brendon comprendió de dónde había salido el muchacho.

No había ninguna duda.

Finn había conseguido escapar de la mina de MacFarlane.

---

1 Expresión latina que significa «literalmente» o «palabra por palabra». (*N. de la T.*)

2 Criatura sobrenatural del folclore escocés, semejante a un duende o espíritu maligno. (*N. de la T.*)

3 Término coloquial escocés para referirse a un muchacho. (*N. de la T.*)

4 Plato tradicional escocés a base de harina de avena, grasa y cebolla, servido a modo de embutido. (*N. de la T.*)

CAPÍTULO 8



—Tendré que ponerle fin a esto —declaró Peter acaloradamente—. Es lo que mi padre querría que hiciera.

—Sí, pero no a costa de tu propia seguridad —replicó Malcolm.

Peter frunció el ceño.

—No soy ningún muchacho tonto, Malcolm, aunque tú puedas creerlo.

—No he dicho eso, Peter. Pero tu padre me envió para que te aconsejara y lo haré, quieras o no.

Peter suspiró, y pensó con aire distraído que el acento del obstinado escocés era más marcado desde que había vuelto a casa.

—Tu consejo, como siempre, es inestimable, Malcolm —dijo—. Pero mi conciencia no me permite quedarme aquí sentado sin hacer nada mientras asesinan a niños a menos de diez millas de nuestra puerta.

Brendon guardó silencio mientras escuchaba a los dos hombres. Cuando había llegado con Finn una hora antes, le había complacido comprobar que las únicas reacciones que había provocado el muchacho eran de horror ante su lamentable situación. Lo habían llevado directamente a las cocinas para darle algo de comer. Solo

después de que el chico hubiera saciado el hambre, el ama de llaves se ocuparía de asearlo.

Brendon todavía no había visto a Jennifer y le sorprendió descubrir cuánto le había decepcionado su ausencia. Cuando preguntó por ella, el vizconde le comunicó con sequedad que su hermana estaba bien, aunque el caballo todavía se estaba recuperando. Brendon intentó contener una sonrisa, pero no lo consiguió, y por un instante ambos hombres estuvieron perfectamente de acuerdo. Después, sin embargo, tuvieron que ocuparse de los asuntos que los habían llevado hasta allí.

La inesperada llegada de Finn había relegado a un segundo plano la entrevista para el puesto de administrador. Ahora toda la atención estaba puesta en el muchacho: quién era, de dónde había salido y, lo más importante de todo, por qué se encontraba en un estado tan lamentable.

Brendon tomó aire y, por fin, contó lo que había visto por casualidad tres meses atrás.

—Es un lugar maldito, con un jefe de clan que no está en sus cabales. Yo sabía lo de la mina de oro, pero tenía entendido que llevaba dos años cerrada. —Hizo una mueca y negó con la cabeza—. MacFarlane me envió a buscar provisiones a Mosslea. Era tarde cuando terminé de cargar el caballo, así que pensé en tomar un atajo por la cantera, creyendo que estaba abandonada. —Brendon tragó saliva al recordar el horror de la hora siguiente—. Mientras atravesaba el lugar, oí gritos cerca de la entrada de la mina. No debería haber nadie allí, así que dejé el caballo atado a un árbol y fui a echar un vistazo. Me dirigí hacia donde había oído el ruido y me escondí detrás de una de las viejas cabañas. Delante de la entrada de la mina había tres cuerpecitos tendidos en el suelo. Eran niños.

»Vi cómo aquellos bastardos sacaban tres más de la mina y después cargaban a los seis en un carro. —Brendon apretó los dientes y dejó escapar un suspiro—. Comprendí que los pobres pequeños habían estado dentro de la mina y que, de algún modo, habían quedado

aplastados. Al principio pensé que se habían metido donde no debían, pero después oí hablar a dos de aquellos bastardos. Los niños trabajaban en la mina y, por lo que pude oír, todavía quedaban más ahí abajo, en aquel agujero del infierno.

»Entonces me di cuenta de que, si me descubrían, sería hombre muerto, así que regresé a hurtadillas hasta donde estaba mi caballo y me marché tan rápido como pude. —Brendon se pasó con cansancio una mano por el rostro—. Al día siguiente me marché. No sabía qué hacer, pero no podía quedarme allí con aquel monstruo. —Miró a Peter antes de añadir con toda sinceridad—: La verdad es que esperaba que el duque estuviera con usted.

Mientras Brendon observaba al voluntarioso vizconde, no podía evitar sentir simpatía por él. Era evidente que el joven había crecido y madurado mucho, y estaba tan decidido a hacer lo correcto que resultaba casi doloroso de ver. Pero Brendon sabía que Malcolm Mackenzie tenía razón. El heredero del duque de Blackmore no podía poner en peligro su propia vida por unos cuantos niños sin nombre. Era duro, pero no dejaba de ser cierto.

Otros tendrían que asumir los riesgos.

—Haré lo que quiera que haga —declaró Brendon—. Al igual que usted, milord, no puedo quedarme de brazos cruzados mientras mueren niños. Me avergüenza no haber actuado antes, pero solo soy un hombre, y MacFarlane me habría matado en un abrir y cerrar de ojos —concluyó chasqueando los dedos.

—Deberías haber acudido a mí, *lad* —dijo Dougal con voz apagada.

Curiosamente, al viejo escocés no lo habían echado a la calle a patadas, y ahora estaba sentado junto a su antiguo adversario, acariciando a Flossy, que descansaba acurrucada sobre sus rodillas.

—Es una práctica endemoniadamente perversa utilizar a los niños de ese modo —sentenció el reverendo con voz ronca—. Si Nicholas estuviera aquí, acabaría con ella en el acto. De eso estoy seguro.

—Estoy aquí en representación de mi padre —insistió Peter con rigidez—. Aunque no tengo su experiencia, no soy un completo...

—¿Zoquete? —dijo una voz femenina.

Brendon levantó la vista y contuvo el aliento. Jennifer Sinclair se había cambiado de ropa y llevaba un vestido de mañana de color naranja pálido que realzaba el cobrizo resplandor de su cabello, recogido en ese momento con una sencilla cinta. Detrás de ella había una mujer mayor a la que él no conocía.

Malcolm señaló dos sillas vacías alrededor de la mesa del comedor en la que estaban sentados.

—¿Cómo se encuentra, muchacha? —preguntó a Jennifer cuando esta tomó asiento—. Ha sido una suerte que Brendon se topara con Flossy.

—Estoy perfectamente bien, gracias, Malcolm.

Jennifer lanzó una rápida mirada hacia su salvador, con los labios curvados en una sonrisa.

Gifford se puso en pie y fue en busca del ama de llaves, pensando que a todos les vendría bien comer algo. De paso, comprobaría cómo estaba el muchacho.

—Felicity, este es Brendon Galbraith. Ha solicitado el puesto de administrador de Caerlaverock.

Brendon se levantó apresuradamente e inclinó la cabeza.

—Encantado de conocerla —murmuró.

—Mi esposa, Felicity Mackenzie —informó Malcolm, con evidente orgullo.

La señora Mackenzie le dedicó a Brendon una cálida sonrisa antes de mirar a Dougal con gesto interrogante.

—Mi padre, Dougal Galbraith —explicó Brendon, esperando que la dama no pidiera más detalles.

Se sintió aliviado al ver que su padre se ponía en pie y se quitaba el gorro.

—Es un honor conocerla —dijo con una breve e inesperada floritura.

Después de que Brendon se repusiera de la sorpresa que le produjo comprobar que los modales de su padre habían mejorado considerablemente, vio que la señora Mackenzie lanzó una rápida mirada a su marido y luego soltó un suspiro. Era evidente que ya conocían la reputación de su padre.

—¿Cómo está el muchacho? —preguntó Jennifer, dedicándole a Dougal una sonrisa de bienvenida. Como señora de la casa, todavía no se lo habían presentado.

—Supongo que Gifford ha ido a averiguarlo —respondió Peter.

—Ya le he contado a Felicity todo lo ocurrido durante mi inesperado baño —continuó Jennifer—, pero, por las expresiones de vuestras caras, parece que todavía quedan por conocer detalles bastante más sombríos.

Peter se volvió hacia Brendon.

—¿Podría explicarles a las damas lo sucedido? —le pidió. Ante el gesto desconcertado de Brendon, Peter añadió con sequedad—: Si va a trabajar para la familia Sinclair, tendrá que acostumbrarse al hecho de que sus miembros femeninos son, en su mayoría, mujeres enérgicas y terriblemente descaradas.

—Cualidades eminentes en cualquier mujer de buena presencia, como estoy segura de que estará de acuerdo, señor Galbraith.

Brendon comprendió que la pulla de Jennifer era una provocación deliberada y, para su sorpresa y malestar, sintió un estremecimiento inmediato dentro de sus pantalones.

«Maldita sea. Justo lo que me faltaba», pensó.

Después de emitir una tos por su incomodidad, Brendon relató lo ocurrido en la mina abandonada.

—Es monstruoso —declaró Jennifer cuando él terminó de hablar. El horror en su voz era absolutamente sincero.

—En efecto —añadió Felicity con tristeza—, pero me temo que no es algo fuera de lo común. Tu padre es un terrateniente bueno y generoso, y se preocupa de que todos los que están bajo su cuidado reciban el trato que merecen. Por desgracia, eso lo convierte en una excepción. A la mayoría de los terratenientes no les preocupa en absoluto la gente que está a su servicio, y hacer trabajar a alguien hasta la muerte, tenga la edad que tenga, es mucho más habitual de lo que imaginas.

—¿No hay ninguna escuela para los niños? —le preguntó Jennifer a Brendon.

Él negó con la cabeza.

—Sospecho que la mayoría de los niños que MacFarlane tiene trabajando en su mina son huérfanos. He preguntado en varios pueblos de los alrededores, y más de un parroquiano me ha dicho que han desaparecido niños de la noche a la mañana. —Brendon suspiró y se encogió de hombros—. A nadie le importa. Una boca menos que alimentar.

—¿Banalan es uno de los pueblos en los que han desaparecido niños? —preguntó Peter.

Ante el asentimiento de Brendon, el vizconde recorrió la mesa con la mirada—. Banalan está en tierras de Blackmore. Como mínimo, ese MacFarlane no tenía ningún derecho a llevarse a los niños de allí.

Dougal miró al vizconde con gesto hosco.

—Los niños no le importaban un comino antes de que milady se cruzara con uno —declaró.

Brendon apretó los dientes y fulminó a su padre con la mirada. Sabía que el silencio del viejo chiflado estaba durando mucho.

—Desconocíamos la situación, eso es cierto —respondió Peter con cautela—. Y reconozco que ha pasado demasiado tiempo desde nuestra última visita. Debemos asumir toda la culpa por no haber cuidado de los nuestros como es debido. Pero ¿decir que no nos importan? Nada podría estar más lejos de la verdad, se lo aseguro.

—Haría bien en reservarse el aliento para enfriar su maldito *porridge*[1] —declaró el reverendo Shackleford, indignado—. De hecho, si yo no tuviera mejores modales, lo llamaría patán cabeza de chorlito y le diría que cerrara el pico.

—Y yo lo llamaría bocazas fanfarrón y le daría un buen sopapo.

—Devuélveme a mi perrita.

—Puedes quedarte con tu pequeño chucho. No sirve para otra cosa que para cazar mosquitos.

Los dos hombres se miraron con fiereza mientras Flossy roncaba ajena a todo. Ninguno hizo ademán de moverla.

—Padre, pídale disculpas al reverendo ahora mismo —dijo Brendon entre dientes, en un tono bajo y furioso.

—No voy a pedirle perdón a un *sassenach* sin cerebro y meapilas.

El reverendo entrecerró los ojos.

—Y yo no voy a... Quiero decir, no voy a aceptar ninguna disculpa de un *sawny*[2] cobarde.

—¡Basta! —Peter dio un puñetazo sobre la mesa para enfatizar su orden. Los dos hombres dieron un brinco como niños pillados en una falta—. Si no tienen nada útil que aportar y son incapaces de conducirse con un mínimo de educación, les pediré a ambos que abandonen la mesa. Y eso va también por usted, abuelo. —La voz

de Peter era tan fría y se parecía tanto a la de su padre que la réplica indignada del reverendo murió en sus labios.

Por suerte, Gifford reapareció en ese momento seguido por el ama de llaves, la señora Darroch, y dos sirvientas. Colocaron un plato enorme de *shortbread* en el centro de la mesa, junto con otras variedades locales de repostería.

—Pensé que un poco de azúcar les ayudaría a mantener la cabeza en su sitio —declaró con rotundidad el ama de llaves. Era evidente que había oído la disputa.

—¿Cómo está el chico? —preguntó Malcolm, sirviéndose un trozo de *shortbread*.

—Se está dando un buen baño. Han hecho falta cuatro hombres para sujetar al muy granuja. Como vuelva a ponerse gallito, tendré que darle una azotaina. —Le entregó a Malcolm una taza de té con los labios fruncidos.

—¿Cree que estará en condiciones de hablar con nosotros cuando se haya vestido? —preguntó Jennifer, sirviéndose un trozo de algo parecido al *fudge*[3].

La expresión del ama de llaves se suavizó y negó con la cabeza.

—Está agotado, el pobre angelito. Me temo que no le sacarán nada con sentido hasta mañana.

—¿Hay alguien que pueda quedarse con él esta noche? —preguntó Felicity.

—Sí, no se preocupe, señora. Yo misma me quedaré con él.

—Es muy amable por su parte, señora Darroch —dijo Jennifer con una sonrisa después de dar un sorbo de té—. Por cierto, ¿qué es esto exactamente? —Sostuvo en alto la gran porción de dulce.

El ama de llaves soltó una risita.

—*Tablet*, milady. Seguro que tendrá más energía con un poco de eso en el estómago.

—Está delicioso —dijo Jennifer con entusiasmo, dando un gran bocado.

—Sí, y es especialmente bueno si le gustan las caries —interrumpió Malcolm con sequedad.

—Creo que será mejor que esperemos hasta mañana para elaborar un plan de acción, cuando podamos hablar con el muchacho. —El tono de Peter dejó perfectamente claro que no pensaba permitir que las nefastas prácticas de MacFarlane continuaran. Malcolm miró fijamente al vizconde durante un segundo y luego este asintió a regañadientes—. Le escribiré una carta a mi padre —concedió Peter —. Si el mensajero cambia de caballo cada cierto tiempo, esperaría una respuesta en el plazo de una semana.

Malcolm soltó una carcajada de resignación.

—Sé que eres digno hijo de tu padre, pero Nicholas no me perdonaría jamás si te pasara algo.

Peter se volvió hacia Brendon.

—Bueno, Galbraith, creo que ha quedado demostrado que es usted un hombre de palabra, y me gustaría mucho contar con su ayuda en este desagradable asunto. Con ese fin, me gustaría que Gifford organice su incorporación de inmediato... —Hizo una pausa antes de continuar—. Sé que no hemos discutido cuáles serán sus obligaciones como administrador de Caerlaverock, pero confío en que Gifford se ocupe de ello una vez que hayamos resuelto este feo problema.

Brendon sintió que el alivio lo inundaba, tanto que casi se dejó caer hacia atrás en la silla. No se había dado cuenta de lo ansioso que estaba. Tragó saliva, asintió y se puso en pie.

—No se arrepentirá de su decisión, milord. Hasta mañana —dijo haciendo una leve inclinación. Luego, Brendon se volvió hacia su padre, que estaba ocupado dando buena cuenta de lo que quedaba del *shortbread* y del *tablet*—. Es hora de que nos vayamos, padre. ¿No va a darle las gracias a Su Señoría por no haberle echado a patadas?

Dougal partió en dos a toda prisa el último trozo de *tablet*, se metió una mitad en el bolsillo y le dio la otra a Flossy, que lo miraba con adoración. Al fin, murmuró con desgana:

—Gracias. —Levantó a la perrita de su regazo con un resoplido y añadió—: Eres una buena perrita. Sé que no puedes evitar quién es tu dueño —concluyó. Acto seguido la soltó en el regazo del reverendo y se puso en pie.

Augustus Shackleford emitió un bufido.

—Aparte de tener una debilidad bastante peculiar por los hombres descerebrados, patilargos y que llevan una dichosa falda.

—¿Qué ha hecho con su perro? —le preguntó Jennifer a Brendon de golpe, antes de que pudiera estallar otra discusión.

—¿Qué perro? —Peter frunció el ceño.

Tan pronto como su hermano habló, Jennifer se dio cuenta de su error. Brendon no llevaba ningún perro cuando acudió en su auxilio junto con Peter. Sintió que se sonrojaba. Puede que fuera impulsiva, pero nunca se le había dado bien mentir.

Para su sorpresa, el nuevo administrador salió en su rescate.

—¿Ha visto a Fergus desde su dormitorio? —preguntó Brendon con intención—. Pensé que era mejor dejarlo fuera. Habría limpiado la mesa en segundos.

Jennifer asintió, agradecida.

—¿Así que se llama Fergus? Le queda bien.

Brendon se volvió hacia Peter.

—No causará ningún problema —le aseguró al vizconde.

—Siempre ha habido perros en nuestra familia —respondió Peter con indiferencia—. Como ve, mi abuelo tiene a Flossy y antes tuvo un sabueso llamado Freddy. Mi tío también tiene un chucho de tres patas al que llamó Nelson. Y eso solo para empezar. No me acuerdo de los nombres de todos los compañeros peludos de mis tías y primos. —Se encogió de hombros con una sonrisa—. Somos una familia numerosa.

Ante las palabras del vizconde, Brendon sintió un repentino y agudo anhelo, tan intenso que casi lo hace caer de rodillas. ¿Qué se sentiría al formar parte de una familia numerosa? Apartándose a toda prisa de la mesa, echó a andar hacia la puerta.

—¿Me acompaña, padre?

Mientras Dougal le dirigía una última mirada de pocos amigos al reverendo, Peter se aclaró la garganta y dijo:

—Antes de que se vaya, solo una cosa más, señor Galbraith. ¿Quizá podría decirme cómo se las arregló para entrar en la casa sin que nadie lo viera?

Era evidente que Peter Sinclair le hablaba al padre de Brendon. A este se le cayó el alma a los pies al darse la vuelta. Todos los ojos estaban fijos en Dougal y lo observaban con curiosidad. El anciano escocés tuvo la decencia de parecer incómodo mientras jugueteaba con su gorro.

—Encontré una verja. —Hizo un gesto vago en la dirección en la que suponía que estaba dicha verja y lanzó una mirada furtiva hacia Gifford, que se había puesto un poco pálido—. Vi salir a dos mozas..., me parece que iban a vaciar en el sumidero... esto... ya sabe. En fin. —Se tocó la nariz y se inclinó hacia las damas—. Me colé después de que se hubieran ido.

Dougal intuyó, más que vio, la postura de alivio de Gifford y supo que el administrador no volvería a usar esa entrada. Aun así, no importaba; ahora le llevaba ventaja al viejo carcamal. Miró al anciano y le guiñó un ojo con disimulo por encima de la cabeza de Peter Sinclair, mientras el vizconde se giraba para pedir que esa puerta se mantuviera cerrada con llave en todo momento para evitar más visitas indeseadas.

---

1 Gachas de avena tradicionales en Escocia, preparadas cociendo los copos en agua o leche. (*N. de la T.*)

2 Término despectivo inglés para referirse a un escocés. (*N. de la T.*)

3 Dulce de origen anglosajón similar al caramelo blando, elaborado con azúcar, mantequilla y leche. (*N. de la T.*)

CAPÍTULO 9



Finn miró con incredulidad hacia la ventana. Era la primera vez que dormía en una cama de verdad, y la única que recordaba haberse despertado después del amanecer. Se incorporó, bajó la mirada hacia su camisón limpio y, a continuación, se llevó las manos a la cara, extendió los dedos y se quedó maravillado. Ni una sola mota de suciedad. Si tenía que ser sincero, mirar sus manos le hacía sentir un poco incómodo, como si en realidad no fueran suyas.

De repente, un aroma tentador invadió sus fosas nasales. Bajó los brazos, se inclinó hacia delante y observó el solitario mueble que había en la habitación: un viejo baúl situado al pie de la cama. Encima había un plato con un pedazo de pan e incluso un trozo de queso. Era el aroma del pan recién hecho lo que había olido, y la boca se le hizo agua.

¿Lo habrían dejado allí para él? Se bajó de la cama, se acercó de puntillas hasta el baúl y se quedó boquiabierto ante el festín que tenía delante. Todo aquello se lo habrían repartido entre diez. No, el queso no, solo el pan. Y el pan estaría tan duro que habrían tenido que remojarlo en agua para poder tragárselo.

Finn alargó la mano, cogió el queso y lo olfateó. Le entraron ganas de llorar. ¿Se atrevería a darle un bocado? ¿Y si no era para él? Antes de que pudiera decidir qué hacer, la puerta se abrió de golpe.

Con un jadeo de espanto, lanzó el queso de vuelta al plato, solo para ver con horror cómo rebotaba y caía directamente a los pies de la persona que había entrado en la habitación.

Sin decir palabra, Finn se quedó mirando a la joven que estaba en el umbral.

—¿No lo querías? —preguntó ella, después de recoger el trozo de queso y limpiarlo con el delantal. Finn la observó en silencio—. Es para ti —añadió la muchacha en tono alentador, tendiéndole el queso. Tras un segundo de vacilación, Finn se lo arrebató de la mano y le dio un gran mordisco. Casi gimió al saborear el intenso sabor dulce.

—Y el pan —añadió la chica, servicial. —Soy Morag, la doncella principal. La señora Darroch quiere que te lleve a la cocina cuando hayas terminado.

Finn, obediente, cogió el trozo de pan y se lo metió entero en la boca.

—Ay, a la señora Darroch no le van a gustar esos modales —refunfuñó Morag mientras veía cómo el chico se tragaba el último trozo de queso. Se miraron sin decir nada hasta que la criada añadió con un resoplido—: No puedes bajar sin tu ropa —bromeó, señalando un pequeño montón en el suelo junto al baúl. Finn hizo ademán de levantarse el camisón y Morag se giró con rapidez—. ¿No te da vergüenza? Te esperaré fuera. Asegúrate de traer tu plato vacío.

Desconcertado, Finn se quitó el camisón y se puso unos pantalones y una camisa de lino áspero que le picaba como el demonio. Incluso había un par de zapatos. Se los calzó a toda prisa y suspiró. Le quedaban demasiado grandes, pero, aun así, nunca había tenido los pies tan maravillosamente calientes. Estaba a punto de abrir la puerta cuando miró hacia la cama. Al instante, volvió sobre sus pasos para estirar la manta. Si demostraba su valía, quizá pudiera dormir allí una segunda noche.

—¿Vas a reunirte con la reina de Inglaterra o qué? —preguntó Morag con voz irritada al otro lado de la puerta—. No puedo esperarte todo el día. —Segundos después, dio un respingo cuando la puerta se abrió de par en par. Finn sonrió mientras ella chasqueaba la lengua y le guiaba por una escalera empinada y sinuosa.

—El señor querrá hablar contigo hoy, así que ten cuidado —le dijo ella mientras entraban en un pasillo largo y estrecho que conducía a la cocina.

—¿Por qué? —preguntó Finn, y la alarma sustituyó a la euforia que había sentido antes.

—¿Acaso crees que no te va a preguntar qué hacías escondido en esa barquita?

Finn retrocedió ligeramente. ¿Qué querrían saber? Recordó el día anterior. La señora había sido amable, pero el señor le había hecho preguntas, hasta que él se quedó dormido y aquel grandullón lo cogió en brazos y se lo llevó.

¿Se atrevería a contarles lo de la mina? MacFarlane les había dicho que mantuvieran la boca cerrada o les cortaría la lengua. Y Finn sabía muy bien que no era una amenaza vana.

Pero, si decía la verdad, quizá esta gente le dejara quedarse. Haría lo que le pidieran y estaría más que feliz de dormir en la cocina o en los establos. Se daba cuenta de que esta familia era, de alguna manera, diferente. La señora era agradable. Y no recordaba la última vez que alguien le había mostrado algún tipo de atención; al menos, no sin que le siguiera una paliza.

Finn tragó saliva con ansiedad y siguió a la criada hasta la oscura cocina.

Jennifer se despertó con la luz del sol filtrándose a través de las cortinas. Aún somnolienta, observó cómo Jenet las descorría.

—¡Va a ser un día precioso, señora! —exclamó la criada con entusiasmo mientras ahuecaba las almohadas de Jennifer. Encantada de ver el sol después del día anterior, Jennifer disfrutó de los rayos que entraban por la ventana y bañaban la cama.

—¿Cómo está el chico que el señor Galbraith trajo ayer? —preguntó Jennifer cuando Jenet le ofreció una taza de chocolate caliente.

—Se llama Finn —comentó la doncella mientras escogía la ropa que Jennifer se pondría aquel día—. La señora Darroch llevará al chico ante Su Señoría a las diez. —Cerró la puerta del armario y añadió—: Su Señoría ha preguntado si usted también quiere hablar con él. Si es así, tendrá que darse prisa.

—Por supuesto que quiero hablar con él —respondió Jennifer, a la vez que soltaba la taza y se levantaba de la cama—. ¿Sabes si el señor Galbraith estará presente? —preguntó con naturalidad, ignorando el aleteo que sintió en el pecho ante la idea de volver a ver al apuesto escocés.

—El señor Galbraith lleva aquí desde el amanecer —le confió Jenet —. Es muy guapo, milady. Sé que es el tema de conversación de todo el *steamy*. —Soltó una risita y negó con la cabeza.

—¿El *steamy*? —preguntó Jennifer mientras se sacaba el camisón por la cabeza.

—El lavadero —aclaró Jenet—. Entre usted y yo, milady, creo que más de una criada está prendada de él —confesó mientras ayudaba a Jennifer a ponerse las enaguas.

—¿Pero tú no? —Jennifer no pudo evitar hacer la pregunta.

—Un hombre tan apuesto como él no es para una como yo, milady. Siempre me estaría preguntando de qué cama saldría por la mañana.

Las palabras de la doncella provocaron un súbito rubor en las mejillas de Jennifer. Sin pretenderlo, le hicieron imaginar a Brendon

Galbraith levantándose desnudo de la misma cama que ella acababa de abandonar. Jennifer apretó los dientes y se obligó a hacer desaparecer aquel absurdo rubor. Después levantó los brazos en silencio mientras la doncella le pasaba por la cabeza un vestido de mañana de color verde esmeralda.

Por fortuna, Jenet no pareció reparar en la súbita reserva de su señora y siguió parloteando sin parar. Apenas diez minutos después, Jennifer estaba peinada y lista para empezar el día.

Calculó que serían alrededor de las nueve y media y decidió que aún tenía tiempo de desayunar antes de que interrogaran a Finn. Sumida en sus pensamientos, entró en el comedor y no advirtió de inmediato que ya había alguien sentado a la mesa. Casi tuvo la sensación de que las palabras de la doncella habían hecho aparecer a Brendon Galbraith en carne y hueso. Cuando él se puso en pie, Jennifer sintió una desconcertante sensación en lo más profundo de su ser que hizo que el corazón se le desbocara.

—Buenos días, milady —la saludó él.

¿Acaso su voz había sido tan profunda el día anterior? ¿Qué demonios le pasaba para que hasta el sonido de su voz la hiciera estremecerse de aquella manera?

—Espero que haya dormido bien —añadió Brendon.

Por Dios... Jennifer se sintió como si él le hubiera preguntado si había disfrutado de su beso. Con el rostro ardiendo, ella luchó contra el impulso de darse una bofetada. Aquello no podía seguir así. Asintió con firmeza, se volvió hacia el aparador y se tomó su tiempo para llenar el plato, con la esperanza de que el señor Galbraith se hubiera marchado cuando ella regresara a la mesa.

Por desgracia, parecía que el nuevo administrador no tenía intención alguna de irse y, finalmente, Jennifer tuvo que darse la vuelta y sentarse con él.

—¿Ha traído a... Fergus esta mañana? —preguntó por decir algo.

—Sí —respondió él—. La bestia no puede estar mucho tiempo separada de mí.

Jennifer no pudo evitar sentir curiosidad.

—¿Hace mucho que lo tiene?

—Desde que nació —respondió Brendon, y el cariño se hizo evidente en su voz—. De lo contrario, habría muerto.

—Tiene un aspecto muy fiero —replicó Jennifer—, aunque está claro que Flossy no le tenía miedo.

—Es un cachorro grande —declaró Brendon entre risas—. Ahora mismo está fuera, en el patio, con Finn.

—¿No se escapará? —preguntó Jennifer con ansiedad. Se incorporó a medias en la silla.

—¿El perro o el chico? —dijo Brendon con una sonrisa devastadora —. Supongo que ninguno de los dos lo hará. Creo que a ambos les gusta demasiado tener el estómago lleno.

Jennifer se descubrió sonriendo también y, durante una fracción de segundo, todo desapareció a su alrededor.

—¡Flossy! ¡Si vuelves a retozar con ese maldito Casanova, pasarás el resto del día en los condenados establos!

La voz atronadora de su abuelo interrumpió aquel instante fugaz. Jennifer y Brendon se giraron para ver al reverendo pasar como una exhalación frente a la ventana.

—¡Rayos y centellas, Flo! ¡No eres más que una condenada casquivana! —vociferó el reverendo, repitiendo su reprimenda habitual mientras intentaba atrapar a la perrita, que seguía correteando alrededor de las patas del perro lobero.

—Creo que será mejor que le eche una mano —comentó Brendon con sequedad cuando el reverendo volvió a pasar frente a la ventana, esta vez en dirección contraria.

Acto seguido, se puso en pie y le dedicó a Jennifer una rápida reverencia, justo cuando el reverendo gritó:

—¡Si quieres retozar con algún chucho, al menos podrías escoger uno que sea de tu tamaño!

Brendon y Jennifer se miraron un instante y estallaron en carcajadas al mismo tiempo.

—¡Vaya! —rio Jennifer cuando el reverendo pasó por tercera vez frente a la ventana—. Creo que mi abuelo corre peligro de sufrir una apoplejía.

Unos minutos después, Jennifer vio por la ventana cómo Brendon ordenaba a Fergus que se sentara. Por fortuna, el perro no llegó a sentarse encima de su diminuta pretendiente. El reverendo recogió a su perrita descarriada y, con un brusco «gracias», se dirigió de nuevo al interior de la casa.

—¿Se lo está pasando bien, abuelo? —le preguntó Jennifer con una sonrisa cuando él entró en el comedor. No habría podido mantener la compostura, aunque le fuera la vida en ello.

El reverendo entornó los ojos, pero se limitó a emitir un pequeño gruñido.

—Por cierto, ¿quién es ese Casanova que ha mencionado? —continuó Jennifer con picardía, sabiendo perfectamente a quién se refería su abuelo porque había leído a escondidas la autobiografía del libertino, libro que también le había prestado la tía Pru.

El reverendo hizo lo que siempre hacía cuando no le gustaba el rumbo que tomaba una conversación: cambiar de tema.

—¿Galbraith se ha traído a ese viejo petimetre con faldas?

—¡Abuelo! Eso no es precisamente muy caritativo por su parte, sobre todo, teniendo en cuenta que usted es un hombre de Dios. Pero, si se refiere a Dougal Galbraith, no, no creo que haya acompañado a su hijo esta mañana.

—Haría falta ser un santo para ser caritativo con ese saco de huesos —murmuró el reverendo mientras se servía algo de desayuno.

—Bueno, en su defensa diré que usted apareció delante de él de repente, y Gifford mencionó que no había ninguna vela encendida en aquel pasillo. —Jennifer cogió la taza de té y bebió un sorbo—. Y, de todos modos, ¿cómo es que usted se encontró con Dougal Galbraith? ¿Qué hacía merodeando por un pasillo a oscuras? Creía que había decidido echar una siesta después del viaje. —Jennifer miró a su abuelo con suspicacia.

—Simplemente estaba llevando consuelo a quienes tienen menos suerte que nosotros —protestó el reverendo Shackleford.

—¿Y por qué demonios estaba molestando a los sirvientes? —Jennifer frunció el ceño—. Por favor, dígame que no estaba dándoles un sermón sobre los males de la depravación, la avaricia y la ira. O la pereza...

Augustus Shackleford se irguió en su silla.

—Puedes burlarte, niña, pero que conste que pasé media hora de lo más provechosa hablando sobre los aspectos más profundos de Proverbios, capítulo quince, versículo veintisiete... —El reverendo se estremeció por dentro ante aquella exageración, o más bien media exageración. Por lo que él sabía, el sirviente con el que había hablado podía muy bien haber mencionado precisamente aquel pasaje y, en cualquier caso, aquel hombre había encontrado su conversación de lo más amena.

Jennifer se mordió el labio, preguntándose si su abuelo era un poco corto de entendederas, pero no quería herir sus sentimientos. Y, la mayor parte del tiempo, sus intenciones eran buenas.

—Perdóneme, abuelo —dijo con sinceridad—. He hablado sin pensar, un defecto bastante grave por mi parte, como bien sabe. No dudo que tenga muchas cosas que enseñar a los sirvientes. Yo misma he podido disfrutar de sus enseñanzas durante nuestro viaje hasta aquí.

El reverendo emitió un «hmph» ligeramente satisfecho. Quizá se había preocupado sin motivo y resultaba ser un defensor del Todopoderoso mucho mejor de lo que creía. Y, a decir verdad, si Jennifer había heredado de alguien su franqueza, sin duda había sido de él...

—Quizá esté en una posición inmejorable para llevar consuelo a esos desdichados niños —prosiguió Jennifer—, como el muchacho que encontramos ayer, que han sido utilizados con tanta crueldad. Después de todo, tenemos intención de rescatarlos y poner fin a las bárbaras prácticas del clan MacFarlane, ¿no es así?

CAPÍTULO 10



—Entonces, ¿cómo acabaste trabajando en la mina, Finn? —preguntó Malcolm, procurando que su voz sonara lo más afable posible.

El niño miró fijamente a las personas que lo rodeaban y carraspeó ligeramente. La hermosa señora del vestido verde era la misma que lo había descubierto en la barca. El hombre corpulento, el que lo había traído de vuelta. Pero ninguno de los dos estaba al mando. El señor más joven era quien mandaba, aunque no fuera él quien hacía las preguntas. La señora Darroch le había dicho que el amo era hijo de un duque. A Finn le costaba imaginar cómo sería un duque, pero su hijo era muy guapo. Y limpio. Tenía rasgos severos, pero Finn notaba que se reía con facilidad. Ojalá hubiera tenido la misma perspicacia con el lameculos de los MacFarlane cuando aquel bastardo se puso a husmear por el pueblo.

Finn se encogió de hombros.

—No teníamos adónde ir. Dijo que nos daría una comida caliente con carne de verdad. Y así fue. Una vez.

—¿«Teníamos»? —interrumpió Peter—. ¿Cuántos erais en total?

—Más que todos mis dedos de las manos y los pies juntos.

Brendon soltó una maldición en voz baja.

—Más de veinte críos.

—¿Por qué está utilizando MacFarlane a niños en una mina que se supone que cerró hace años? Sin duda, son muy pequeños para ser de mucha utilidad.

—Es demasiado estrecha para los grandes —intervino Finn—. No pueden bajar lo suficiente. —Se agachó para mostrarles a qué se refería.

—Debe de quedar muy poco oro —comentó Brendon.

—Es más difícil de alcanzar, está claro —reflexionó Peter—. MacFarlane debe de estar desesperado.

—¿Cómo es posible que no se echara de menos a los niños que se llevaron? —preguntó Jennifer.

—¿Tienes padres, Finn? —le preguntó Brendon. El muchacho negó con la cabeza—. ¿Algún familiar? —Otra negación. Brendon suspiró —. Ahí tiene su respuesta.

—¿Y los demás? ¿También eran huérfanos? —preguntó el reverendo, con un nudo en la garganta que no le era habitual.

—*Aye*[1], la mayoría. —El muchacho volvió a encogerse de hombros—. A algunos los vendieron.

El reverendo Shackleford se dejó caer sobre el respaldo de su silla. Sabía muy bien que la esclavitud infantil estaba muy extendida, especialmente en las grandes ciudades. Pero no en unas tierras pertenecientes al duque de Blackmore. Nicholas Sinclair jamás haría la vista gorda ante semejante horror. Él cuidaba de los suyos.

—¿Cómo se llama tu pueblo, Finn? —preguntó Malcolm.

—Soy de Banalan, pero los demás son de muchos sitios distintos.

—Eso nos da la excusa que necesitamos para actuar —declaró Peter, con una sombría satisfacción en su voz—. Podemos estar seguros de que MacFarlane sabe que Banalan es nuestro.

Brendon negó con la cabeza.

—Lo sabe de sobra, pero no quiere saberlo, si usted me entiende. Perdóneme, milord, pero si se enfrenta a MacFarlane estando lleno de ira como lo está ahora, solo conseguirá seguirle el juego a ese bastardo. —El administrador miró a Malcolm—. Ya sabe que Alistair MacFarlane es un chiflado.

Malcolm asintió.

—Yo estaba allí cuando mató a su hermano. A ese canalla deberían haberle cortado la cabeza entonces. —Se volvió hacia Peter—. ¿Has enviado la misiva a tu padre, muchacho?

Peter negó con la cabeza.

—Pensaba esperar hasta haber hablado con el chico. Mi intención es escribirla en cuanto terminemos aquí y enviarla de inmediato. —El vizconde volvió a mirar a Finn, que contemplaba la mesa con los ojos muy abiertos.

—No me va a hacer volver allí, ¿verdad, señor?

Peter negó enérgicamente con la cabeza, aunque suavizó el gesto con una sonrisa.

—¿Puedes decirnos dónde os tenían cuando no estabais en la mina, Finn?

El muchacho se mordió el labio.

—Casi siempre nos quedábamos allí abajo.

—¿Dormíais en la mina? —preguntó Peter, horrorizado.

Finn asintió.

—Hay una habitación pequeña. No sé dónde está. Siempre estaba oscuro.

Los presentes se quedaron en silencio unos segundos, horrorizados. Entonces Jennifer dejó escapar un pequeño gemido.

—Gifford, ¿podría llevar a Finn de vuelta a la cocina? Estoy segura de que la señora Darroch encontrará algo especial que darle de comer. Volveremos a hablar con él mañana.

—*Aye*, he visto que hay un poco de *tablet* —declaró Gifford.

Los ojos de Finn se iluminaron y el muchacho se marchó de buena gana con el anciano administrador.

—Sugiero que continuemos la conversación cuando vuelva Gifford —declaró Peter en cuanto la puerta se cerró tras ellos—. ¿Alguien quiere más té?

Nadie quiso más té ni ninguna otra cosa, y todos permanecieron callados mientras esperaban a que regresara el antiguo administrador. Por suerte, no tuvieron que esperar mucho.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados hasta que llegue la respuesta de papá —declaró Jennifer en cuanto Gifford volvió a entrar en la habitación—. ¿Cuántos niños más podrían morir mientras nosotros nos quedamos aquí sin hacer nada?

Augustus Shackleford suspiró.

—No les serviremos de mucho si acabamos decorando los parterres de flores de MacFarlane.

—Sé que está preocupada, milady —dijo Gifford—, pero, como ha dicho el buen reverendo, no podemos ayudar a los niños si acabamos muertos. Seríamos unos idiotas si nos lanzáramos de cabeza en esto sin un plan.

—¿Podríamos enviar a los hombres de Chapman? —le preguntó Jennifer a Peter.

El vizconde reflexionó un instante y luego negó con la cabeza.

—No son un ejército. Solo están contratados para protegernos. Enviarlos contra MacFarlane supondría arriesgarnos a una guerra abierta.

—¿Se puede razonar con ese zoquete? —preguntó el reverendo—. Quizá escuche a un hombre de Dios.

—¿Si ese hombre de Dios es un *sassenach*? Lo dudo.

—Lo único que necesitamos saber para poder liberar a los niños es cuándo se queda la mina sin la vigilancia de los guardias de MacFarlane —dijo Brendon—. No podemos arriesgarnos a tener una trifulca con sus hombres. —Hizo una pausa antes de añadir—: Quizá el reverendo pueda inventar alguna excusa para estar por la zona, decirle a MacFarlane que viene de visita por algún otro motivo...

—MacFarlane no le dirá ni la hora —se burló Gifford.

—¿Y si el reverendo fuera con mi padre? —preguntó Brendon—. MacFarlane no tiene ninguna disputa con Dougal Galbraith.

—No pienso ir a ninguna parte con ese... ese descerebrado —farfulló el reverendo Shackleford.

Peter ignoró la consternación de su abuelo y se dirigió a Brendon.

—¿Su repentina partida produjo algún problema?

—No, en absoluto —aclaró Brendon—. Me aseguré de poner una buena excu... —Se interrumpió antes de terminar la frase y soltó una maldición en voz baja.

—Supongo que su excusa representa ahora algún inconveniente... —suspiró Malcolm.

—Le dije a MacFarlane que mi padre se había hecho daño en una pierna.

—¿Le dijo si era grave? —preguntó Peter.

—No, solo que estaba en cama.

—¿Cuánto hace de eso?

—Poco más de tres meses.

—Entonces, si solo fue un esguince, Dougal ya puede andar por ahí.

—Me niego rotundamente a estar en compañía de ese... ese lunático.

—Estoy seguro de que podemos vendarle la pierna de alguna manera. ¿Cree que su padre podría caminar cojeando de forma convincente, Brendon?

—Mi padre podría convencer a cualquiera de que es el mismísimo rey de la maldita Escocia —respondió Brendon con sequedad.

—Bajo ninguna circunstancia voy a pasar ni un segundo con ese cabezón con el cerebro de pudin...

—¿Cree que lo haría?

—No, en absoluto. No pienso dedicarle ni un segundo de mi tiempo a ese gusano con el cerebro hecho de corcho...

—Estará más que encantado de mentirle descaradamente a MacFarlane.

—Tendríamos que inventar una razón creíble para que los dos acudan allí. Quiero decir... ¿Un clérigo inglés y un... eh... granjero escocés?

Brendon frunció el ceño.

—*Aye*, sé que a mi padre quizá no le haga mucha gracia engañar al bastardo llevando a cuestas a un vicario *sassenach* entrometido. —Hizo una pausa—. Y, de todos modos, limitarse a visitar a MacFarlane no los acercará a la mina.

—Si cree que voy a decir la más mínima mentira para proteger a ese mequetrefe cobarde...

—¿Y si el abuelo estuviera haciendo algún tipo de peregrinación? ¿Quizá en busca de alguna reliquia? ¿Eso le daría una excusa para ir a la mina?

—Hablaré con mi padre y veré si se le ocurre alguna idea —respondió Brendon con una risa sombría—. Esa es otra cosa que se le da bien: contar historias...

—No queremos que MacFarlane sepa que el buen reverendo tiene alguna relación con Caerlaverock —añadió Malcolm—. Y lo mismo vale para usted, Brendon. Si el jefe del clan descubre que trabaja para el duque de Blackmore, probablemente lo ahorcará.

Brendon asintió con una mueca.

—*Aye*, ese tarugo odia a los Sinclair con toda su alma.

Peter suspiró.

—¿Por qué no volvemos a reunirnos aquí mañana, después de que hayamos tenido tiempo de pensar en posibles motivos para que el abuelo visite al clan MacFarlane, y en cómo podría acercarse lo suficiente a la mina para averiguar qué está ocurriendo?

Jennifer se volvió hacia el reverendo, que poco a poco estaba adquiriendo un intenso tono púrpura.

—Todo lo que tiene que hacer, abuelo, es averiguar a qué hora se marchan los guardias, y nosotros estaremos preparados para ir al rescate de los niños.

—Alguien lo hará —la interrumpió Peter con sequedad—, pero, si estás pensando en participar en dicho rescate, querida hermana, ten por seguro que te encerraré en el calabozo de Caerlaverock antes que arriesgarme a que te hagan daño.

—¿Tenemos un calabozo? —Fue lo único que dijo Jennifer, intrigada.

Peter negó con la cabeza y se puso en pie.

Cuando los demás se levantaron de la mesa, Brendon declaró que pensaba ir enseguida a ver a su padre.

—Aunque es poco probable que se encuentre con alguien del clan MacFarlane, no pienso correr ningún riesgo con su lengua suelta, y no queremos que mencione que trabajo en Caerlaverock.

Jennifer se mordió el labio mientras observaba al apuesto escocés salir de la habitación a grandes zancadas. No había tenido ocasión de darle las gracias por lo que hizo el día anterior. De hecho, no habían pasado ni un segundo a solas. Quizá, cuando todo aquel desagradable asunto estuviera resuelto, tendrían ocasión de conocerse un poco mejor. En cuanto ese pensamiento le vino a la cabeza, otro lo siguió en el acto. ¿Por qué demonios quería conocer mejor al administrador? Ella solo iba a estar en Escocia un mes, como mucho. Él era administrador y ella, la hija del señor de la casa. Era un empleado, nada más.

Frunciendo el ceño, Jennifer apartó aquellos pensamientos ridículos y se puso en pie.

—Estaré en la biblioteca si alguien me necesita. Puede que haya algún libro que contenga información que nos ayude con el disfraz del abuelo.

El reverendo le lanzó una mirada agria que, naturalmente, Jennifer pasó por alto.

—Si alguien me necesita para cualquier otro de esos condenados planes, estaré fuera con Flossy —declaró malhumorado, antes de coger a la perrita y salir de la habitación con pesadez.

—¿Qué le pasa al abuelo? —preguntó Peter mientras veía salir al reverendo.

—Sospecho que no está muy contento con el compañero de pesquisas que usted ha elegido —comentó Felicity—. Creo que de

veras echa de menos a Percy.

Peter suspiró.

—Sé cómo se siente. No puedo evitar desear que papá estuviera aquí. —Miró a Malcolm y torció el gesto—. Odio admitirlo, viejo amigo, pero esto me viene grande.

El escocés le puso una mano en el hombro al vizconde.

—Un buen hombre es capaz de reconocer algo así. No estás solo, muchacho. Estamos aquí para ayudarte.

Peter sonrió con pesar.

—Créeme, doy gracias a Dios por ello. —Después de dejar la servilleta usada sobre la mesa, añadió—: Escribiré ahora mismo a mi padre. Si quieres añadir algo, dímelo antes de las dos. Me gustaría que el mensajero pudiera recorrer la mayor distancia posible antes de la puesta de sol.

Malcolm asintió y se volvió hacia su esposa.

—¿Tienes algo que quieras decirle a Su Excelencia?

—La pobre estará muerta de preocupación en cuanto se entere de lo que está pasando —respondió Felicity—. Iré a escribirle unas palabras. —Miró hacia el exterior con un suspiro—. Esperaba ir hoy a Banalan, pero creo que será mejor que nos quedemos cerca de Caerlaverock, al menos hasta que hayamos trazado un plan adecuado. Nuestra presencia sin duda dará pie a rumores. —Bebió el último sorbo de té y se puso en pie—. Cuando termine la carta, creo que daré un paseo por la orilla del lago.

Ante la repentina inspiración de su marido, ella puso una mano sobre el brazo de él y añadió:

—Por supuesto, si estás preocupado por mi seguridad, querido, siempre puedes acompañarme.

A media tarde, Jennifer se sentía sucia, pero eufórica. Había encontrado la historia de un supuesto tesoro escondido cerca de Loch Lomond que pertenecía nada menos que a un rector inglés. Según el relato que había leído, el caballero, llamado Edward Colman, era originario de Suffolk. Su familia había amasado una considerable fortuna con el comercio de paños durante el siglo XVI, y había alcanzado cierta relevancia entre la pequeña nobleza de Suffolk.

El padre de Colman había sido un devoto ministro protestante, pero el propio Edward se convirtió al catolicismo y, según los registros, llegó a ser un predicador muy entusiasta de su nueva fe. En 1673 ya se había establecido como secretario de María de Módena, también católica y esposa de Jacobo, duque de York. El duque era el hermano menor y heredero del rey protestante Carlos II.

Cuando el duque y la duquesa de York se trasladaron a Edimburgo, Edward se marchó con ellos después de vender las tierras familiares de Suffolk y, al parecer, invertir el dinero en joyas de oro, sobre todo, piezas pequeñas, como anillos, collares y brazaletes, que pudieran transportarse con facilidad.

El libro era muy impreciso sobre lo que sucedió después, aparte de señalar que Edward Colman se vio implicado en una supuesta conspiración para asesinar al rey Carlos y acabó siendo ahorcado, destripado y descuartizado en 1678. Jennifer se estremeció y se aseguró de saltarse la mayoría de los detalles más sangrientos. Justo antes de ser detenido, Colman parecía haber viajado desde Edimburgo hasta Loch Lomond, pero no había constancia de adónde había ido exactamente ni por qué.

Según el libro, como Colman murió como traidor, todo cuanto poseía fue posteriormente confiscado por la Corona. Sin embargo, parecía que ni siquiera habían encontrado un anillo de oro cuando registraron sus aposentos. No había el menor rastro de las joyas.

¿Podría Edward Colman haber escondido sus riquezas por miedo a perder la vida?

Jennifer cerró el libro y lo abrazó satisfecha contra el pecho. Aquello era exactamente lo que necesitaban. Colman había sido un rector inglés. El reverendo podía fingir con facilidad que era un descendiente de la familia que había descubierto cierta información sobre las joyas desaparecidas. Si lo que decían sobre MacFarlane era cierto, el jefe del clan estaría sin duda interesado en lo que el abuelo de Jennifer tuviera que contarle.

—Parece una gatita que acaba de robar la nata.

La profunda voz de Brendon Galbraith hizo que Jennifer se levantara de un salto. Ante su reacción de pánico, el apuesto escocés extendió una mano mientras se acercaba.

—Perdóneme, milady, no pretendía asustarla.

Jennifer dejó escapar una risa entrecortada y restó importancia a su disculpa con un gesto.

—Estaba absorta en mis pensamientos, eso es todo —respondió con nerviosismo—. ¿Ha hablado con su padre?

—*Aye*, y la cosa ha ido exactamente como podía imaginarse. Sus últimas palabras cuando me marchaba fueron: «No pienso llevar a un entrometido vicario *sassenach* con cabeza de nabo a visitar a MacFarlane, y se acabó el asunto».

—Quizá terminen llevándose bien algún día —dijo Jennifer con pesar.

—*Aye*, cuando se congele el infierno, según mi padre.

Jennifer suspiró.

—¿Cree que podrá convencerlo para que nos ayude?

—*Aye*, hará lo que tiene que hacer. Aunque para ello tenga que arrastrarlo hasta allí.

La sonrisa de Brendon le provocó una extraña sensación en el estómago.

De repente, Jennifer se dio cuenta de que estaban completamente solos en la biblioteca.

—Creo que he encontrado algo que podría ayudarnos —declaró, complacida al comprobar que su voz sonaba firme y decidida.

Él la miró con curiosidad mientras ella levantaba el libro.

—Hay una historia sobre un rector inglés que, al parecer, escondió un gran tesoro de joyas de oro antes de ser ejecutado como traidor.

Brendon arqueó una ceja.

—Historia es la palabra adecuada —dijo—. He oído hablar de un tesoro en el fondo del lago. Pero también hay historias sobre un monstruo o algo parecido. —Se encogió de hombros—. Supongo que ninguna de las dos cosas es cierta.

—No tienen por qué serlo —respondió Jennifer con una sonrisa, olvidada ya su timidez—. Al abuelo se le da muy bien fingir, según mi madre y todas mis tías. Estoy muy segura de que podrá interpretar a la perfección el papel de un rector en busca de un tesoro.

—¿Puedo ver la historia que ha leído? —preguntó Brendon, claramente interesado.

Jennifer asintió, dejó el libro sobre el pequeño escritorio que estaba utilizando y lo abrió por la página correspondiente.

—Aquí dice... —dijo, girándose para mirar a Brendon, pero se detuvo con un pequeño jadeo al comprobar que su nariz estaba a punto de rozar la camisa de él.

Jennifer tragó saliva, levantó instintivamente la mirada y se quedó inmóvil.

Sus ojos azules brillaban bajo la luz que entraba por la ventana, pero fue la intensidad de aquella mirada lo que hizo que el corazón de Jennifer comenzara a latir desbocado. De hecho, tenía la sensación de que él estaba a punto de devorarla con la mirada, por la

concentración con que la observaba. Las señales de alarma que sonaron en algún rincón de la mente de Jennifer pasaron inadvertidas cuando sintió que él levantaba la mano entre ambos y la deslizaba hacia arriba, dejando un rastro de calidez allí donde sus dedos rozaron el corpiño de ella. Después de lo que pareció una eternidad, sus dedos ascendieron hasta la mejilla de Jennifer. Con delicadeza, Brendon le apartó detrás de la oreja un mechón rebelde, mientras el pulgar le rozaba la piel con suavidad.

—Un poco de polvo —susurró él con voz ronca, sin hacer ademán de bajar la mano.

El roce de sus dedos aceleró el pulso de Jennifer. Una sensación desconocida le inundó el vientre con tal intensidad que tuvo que luchar contra el impulso de retorcerse. Sin darse cuenta, se inclinó hacia delante, desesperada por sentir el cuerpo de él contra el suyo. Sintió, más que oyó, que Brendon contenía el aliento y, entonces, de repente, él retrocedió, tan deprisa que Jennifer estuvo a punto de caerse. Entonces, Brendon extendió las manos para sujetarla y ella lo miró sin decir palabra.

Al sentir las fuertes manos de él sobre sus brazos, el cosquilleo que le recorría de pies a cabeza se intensificó y, con un murmullo incoherente, Jennifer acortó la distancia entre ambos y se puso de puntillas, buscando sus labios con los suyos.

—¡*Dinnae*![2] —El gemido de rechazo de Brendon, justo antes de que sus bocas se rozaran, la devolvió de golpe a la realidad.

Conteniendo un sollozo de humillación, Jennifer retrocedió mientras él bajaba sus brazos a los costados. Durante unos largos segundos se miraron mientras ambos respiraban con dificultad.

—Lo siento muchísimo —susurró Jennifer—. Yo... no sé qué me ha pasado...

Brendon negó enérgicamente con la cabeza.

—*Nae*, usted no ha hecho nada —murmuró con voz ronca—. La culpa es mía. Yo... —Se detuvo y se pasó una mano por el pelo—. Perdóneme, milady. —Volvió a hacer una pausa antes de añadir, con una voz tan baja que Jennifer casi no lo oyó—: Que Dios me ayude, es la muchacha más bonita que he visto en mi vida.

Y, de repente, él giró sobre sus talones y salió de la habitación.

---

1 Expresión escocesa equivalente a «sí». *(N. de la T.)*

2 Expresión escocesa equivalente a «no». *(N. de la T.)*

CAPÍTULO 11



El reverendo Shackleford no recordaba cuándo había sido la última vez que se había sentido tan agraviado. De hecho, si Percy hubiera estado allí, le habría dado un largo sermón al coadjutor sobre el maltrato que había sufrido. Pero, como por desgracia su amigo de toda la vida no se encontraba cerca para escucharlo, solo le quedaba el Todopoderoso. Y dado que la razón por la que se encontraba tan lejos de casa, en primer lugar, podía atribuirse justa y claramente a Él, Augustus Shackleford opinaba que lo menos que El Creador podía hacer era escucharlo.

Con un suspiro, el reverendo tomó uno de los muchos senderos que bajaban por el jardín, con Flossy retozando alegremente delante de él. Le llevó unos buenos veinte minutos explicar en voz alta el incidente con todo detalle, pero, una vez que lo hubo hecho, el clérigo tuvo que admitir que se sentía un poco mejor. Quizá había recurrido a Percy con demasiada frecuencia como confidente, cuando en realidad habría sido mejor que hubiera expuesto «arriba» todos sus problemas.

Al sentarse en un banco, el reverendo Shackleford se encontró reflexionando sobre qué posible motivo podría haber tenido el Todopoderoso para poner en su camino a un tipo tan maldito y gruñón. De repente, recordó el comentario mordaz de Dougal

Galbraith sobre los *sassenachs*. Y su propio comentario posterior sobre los *sawnys*...

—«Habéis oído que se ha dicho: "Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo". Pero yo os digo: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen". Mateo, capítulo cinco, versículos cuarenta y tres y cuarenta y cuatro». —El reverendo podría haberlos citado con los ojos cerrados.

Augustus Shackleford levantó la vista justo cuando el sol se asomaba entre las nubes, bañando con su calor y su luz la glorieta en la que estaba sentado.

—Maldita sea —murmuró, sacudiendo la cabeza con desagrado—. Está bien, está bien, ya me has convencido. Le daré una oportunidad más a ese zoquete de modales groseros y cabeza rellena de pudín. Pero solo una más, eso sí...

Mientras se metía en la cama, Jennifer se encontró repasando por enésima vez su encuentro en la biblioteca con Brendon Galbraith. Por más que lo intentara, no conseguía entender qué la había llevado a lanzarse de forma tan descarada a los brazos de un hombre al que acababa de conocer.

Y lo peor de todo era saber que, si pudiera volver atrás, probablemente lo haría de nuevo. ¿Le pasaba algo? Ningún otro hombre de su entorno le había provocado ni siquiera un latido acelerado, y mucho menos el deseo de meterse bajo su piel.

Porque eso era justo lo que ella había intentado hacer sin darse cuenta. O más bien lo que había intentado hacer su cuerpo. Su cabeza no parecía haber tenido mucho que decir al respecto.

Con un gemido, Jennifer se dio la vuelta y se puso boca arriba. Al imaginar al escocés en su mente, el cosquilleo que había sentido antes se extendió hasta abarcar todo su cuerpo. Sus pezones se

endurecieron de forma inexplicable hasta ponerse de punta y, frunciendo el ceño, Jennifer levantó la colcha para echar un vistazo.

¿Era esto lo que había llevado a sus tías a comportarse de una manera tan escandalosamente desenfrenada? Jennifer nunca había experimentado tales... estremecimientos. De hecho, en alguna ocasión se había preguntado si carecía de muchas de las emociones más básicas tan frecuentes en la familia de su madre —aparte de su terquedad, que, tenía que reconocer, se había manifestado a una edad muy temprana—.

Jennifer apretó los dientes y decidió concentrarse en el problema de los niños desaparecidos. Cuando había contado durante la cena la historia del tesoro de Edward Colman, la reacción había sido de entusiasmo general, y la más sorprendente de todas había sido la de su abuelo. Jennifer no tenía ni idea de qué había ocurrido para provocar semejante cambio de actitud, pero ya no se parecía en nada al individuo hosco y de gesto agrio que había salido dando un portazo del salón aquel mismo día.

Bueno, había habido una o dos grietas en la armadura de su buen humor, sobre todo, cuando alguien había sugerido que él y Dougal Galbraith quizá acabaran convirtiéndose en buenos amigos. Pero, en general, Jennifer tenía que admitir que la franqueza de su abuelo parecía haber vuelto a tomar firmemente las riendas, aunque su respuesta a la sugerencia de que él y Dougal pudieran llegar a congeniar había sido que dudaba mucho que llegara a sentir simpatía por Dougal Galbraith, aunque los incinerasen juntos.

Brendon no había estado presente durante la cena, pero Gifford tampoco. Al parecer, no era costumbre que el administrador de la casa comiera con la familia. Como Jennifer se había criado con Malcolm, cuyo cargo oficial era el de ayuda de cámara de su padre y que a menudo había compartido la mesa con ellos, tenía que admitir que aquello le resultaba extraño. Y, a decir verdad, un tanto decepcionante...

Poco a poco, los ojos de Jennifer empezaron a cerrarse hasta que, por fin, se quedó dormida.

El día siguiente volvió a amanecer despejado y soleado. Jennifer no se detuvo a analizar sus motivos, pero dedicó bastante tiempo a arreglarse y acabó decidiéndose por un vestido de día del color del brezo silvestre que crecía por todas partes. Jenet le recogió el pelo en un sencillo moño y lo adornó con una cinta morada. Jennifer completó el conjunto con un chal de cuadros rosas y morados que su madre le había regalado con motivo de su primer viaje a Escocia como adulta.

Cuando entró en el comedor del desayuno, Jennifer tuvo que disimular su decepción al no encontrar allí al nuevo administrador y se reprendió a sí misma por ello. De verdad, tenía que poner fin a aquel ridículo enamoramiento por un hombre con el que no podía tener ningún futuro.

Por desgracia, aquella severa reprimenda no impidió que el corazón le diera volteretas cuando oyó a través de la ventana su profunda voz llamando a Fergus en el exterior. Jennifer se sentó a la mesa del desayuno y luchó por controlar su pulso acelerado antes de que él entrara por la puerta. Cuando Brendon llegó por fin, la saludó con cortesía, pero nada más.

—Buenos días, milady.

Jennifer alzó la vista hacia él y frunció ligeramente el ceño, al notar que su expresión tampoco revelaba mucho más.

—Buenos días, señor Galbraith —respondió ella, procurando mantener la voz igual de neutra. Jennifer sacudió la servilleta y se la colocó sobre las rodillas.

—No es un buen día cuando a uno lo sacan de la cama para pasar el tiempo con un santurrón cabeza de nabo. —El humor de Dougal Galbraith no había mejorado, como sí había ocurrido con el del reverendo. Jennifer tuvo que contener un repentino impulso de

echarse a reír y se mordió el labio. A juzgar por la tensión que rodeaba su boca, Brendon no parecía muy divertido.

—¿Tiene algo de ese *tablet*? —le preguntó el viejo escocés a la doncella.

—Sí, padre. Se comerá el que hay en el aparador y dará las gracias por ello —le espetó Brendon.

Dougal frunció el ceño, pero no respondió a la reprimenda de su hijo. En su lugar, se sirvió un plato de jamón con huevos.

El reverendo eligió aquel momento para entrar en el comedor. Se detuvo un segundo cuando vio a Dougal dando buena cuenta de su desayuno. Después, carraspeó ligeramente y dijo con jovialidad:

—Buenos días, Dougal. Confío en que se encuentre bien esta mañana.

El viejo escocés se quedó inmóvil, con el tenedor a medio camino de la boca. Después miró detrás de sí para comprobar si había otro Dougal allí. Al no ver a nadie más que respondiera al mismo nombre, frunció el ceño y volvió a mirar al reverendo.

—¿Me está hablando a mí? —murmuró, contemplando al clérigo como si de repente le hubiera salido una segunda cabeza.

Augustus Shackleford tragó saliva y elevó una rápida plegaria interior antes de declarar con brusquedad que creía que habían empezado con mal pie y sugerir que hicieran borrón y cuenta nueva de los dos últimos días.

A aquellas alturas, Dougal estaba convencido de que el hombre que tenía delante solo podía ser un impostor del vicario.

—¿Quién es usted? —gruñó con los ojos entrecerrados—. ¿Es que los duendes se han llevado con ellos a ese beato chiflado?

El reverendo apretó visiblemente los dientes. Hizo todo lo posible por recordar el sol que había brillado sobre la pérgola el día anterior.

Su irritación empeoró porque Flossy parecía encantada de ver al viejo escocés. La perrita saltó de inmediato a su regazo y se acomodó allí.

Por fin, Augustus Shackleford consiguió tragarse su indignación, se dirigió con paso airado al aparador y se sirvió el desayuno.

—Ya que está..., tráigame otro trozo de pan.

Por suerte, antes de que todas las buenas intenciones del reverendo se esfumaran, Peter, Malcolm y Felicity entraron en la estancia.

—Dígale a Gifford que traiga a Finn para que hable con nosotros —le pidió el vizconde a la doncella mientras se sentaba junto a Jennifer.

—¿Quiere que traiga otra tetera también, milord?

Peter asintió, agradecido, y sonrió. La doncella se ruborizó y ahogó una risita.

Jennifer contempló a su hermano con diversión. A veces le resultaba difícil comprender la atención que Peter recibía de damas de toda condición. Suponía que era guapo, de una manera muy «se parece a su padre», pero..., bueno, para ella no era más que su hermano, y uno endiabladamente irritante, además.

Unos minutos después, Finn entró a regañadientes detrás del administrador.

—¿Cómo estás, Finn? —le preguntó Peter con otra cálida sonrisa.

El muchacho hizo una torpe reverencia y murmuró:

—Estoy bien, gracias, milord.

—Nos gustaría hacerte algunas preguntas más —añadió el vizconde —. ¿Te parece bien?

Finn lo miró durante un segundo y después asintió.

—¿Puedes contarnos cómo escapaste de la mina, muchacho? —preguntó Brendon. Tuvo cuidado de no dar la impresión de que el chico había hecho nada malo.

—Me caí —respondió Finn con vacilación—. No pude seguir el ritmo de los demás y no llegué al dormitorio. —Hizo una pausa y miró a su alrededor—. *Él* me habría dado una buena paliza, así que me escondí. Después lo seguí hasta la entrada antes de que la cerraran por la noche. Esperé a que se durmiera. —El chico imitó un sonoro ronquido y sonrió—. Entonces eché a correr.

—¿Cómo conseguiste llegar hasta el cobertizo de botes? —preguntó Jennifer con suavidad.

—No lo sé. —Finn sacudió la cabeza—. Solo sé que caminé y caminé y luego vi la casita...

—¿Cierran la entrada de la mina todas las noches, Finn? —preguntó Malcolm.

El muchacho se encogió de hombros y después asintió.

—Creo que sí.

—Entonces, después de que ese hombre os encerrara a ti y a tus compañeros en vuestro... dormitorio, ¿cerraba después la entrada principal al salir de la mina?

—Sí. —Finn asintió esta vez con más decisión.

—¿Sabes cómo se llama ese hombre?

—Lo llamábamos «señor» —respondió el chico, y luego esbozó una sonrisa traviesa—. Cuando él estaba delante.

—¿Era el único guardia?

Finn negó con la cabeza.

—No, pero era el más malo de todos. Los otros hacían lo que él decía.

—Pero ¿era el único que se quedaba a pasar la noche?

Finn volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé. Era el único que estaba allí cuando escapé.

—Gracias, Finn. Has sido de gran ayuda.

Gifford se puso en pie para llevar al muchacho de vuelta a la cocina, pero el chico no se movió.

—No va a mandarme de vuelta allí, ¿verdad, señor?

Era la segunda vez que el muchacho hacía aquella misma pregunta.

Peter negó con la cabeza.

—No vamos a mandarte de vuelta, Finn. Si tú quieres, ahora tu hogar está aquí, en Caerlaverock.

—Sí, me gustaría mucho. —La respuesta de Finn fue claramente sincera y, por fin, permitió que lo condujeran fuera.

—Pobres niños... —murmuró Felicity—. Tenerlos encerrados ahí abajo, en la oscuridad... Es monstruoso.

En cuanto Finn hubo abandonado la estancia, Peter adoptó un tono práctico.

—Una descripción perfecta, Felicity. Y vamos a ponerle fin. La carta ya va camino de mi padre, pero hasta que recibamos su respuesta debemos concentrar nuestra atención en rescatar a los desdichados que ya están en manos de MacFarlane. —Se volvió hacia su hermana —. Cuando Gifford vuelva, ¿podrías contarles a quienes no estuvieron con nosotros durante la cena de anoche lo que leíste en el libro?

Jennifer asintió.

—Y tengo algunas ideas más sobre cómo podemos utilizar la información —añadió ella con entusiasmo.

En cuanto el anciano administrador regresó, Jennifer repitió lo que había encontrado en las páginas del libro.

—Creo que es perfecto —concluyó—. Hay información suficiente para que cualquier acercamiento al clan MacFarlane sea legítimo, pero podemos inventarnos nosotros mismos el resto. ¿Qué opinas, abuelito?

El reverendo emitió un gruñido.

—Creo que tienes más sangre Shackleford que Sinclair. ¿Qué cuento quieres que me invente?

Jennifer sonrió.

—Le he estado dando vueltas. El libro decía que Edward Colman visitó Loch Lomond justo antes de ser detenido. ¿Y si llevaba consigo el oro, quizá en algún tipo de bolsa, con intención de enterrarlo en algún sitio?

—Pero ¿para qué iba a molestarse en eso? Quiero decir, no iba a poder hacer gran cosa con él, y de Edimburgo a Lomond hay un buen trecho. —Dougal tenía razón. Jennifer se mordió el labio y frunció el ceño.

—¿Podría haber escrito una carta revelando el paradero de las joyas a algún miembro de su familia, quizá alguien que aún viviera en Suffolk? Imagino que las últimas personas a las que querría ver beneficiarse de su tesoro serían aquellas que desearían verlo muerto.

—*Aye*, y el reverendo podría ser descendiente de la familia...

—...que aún residiera en Suffolk y encontrara de algún modo la carta...

—...y se apresurara a viajar hasta Loch Lomond...

—...con intención de buscar el oro.

—Entonces, ¿dónde lo escondió?

La pregunta final de Jennifer recibió como respuesta un silencio absoluto.

—Tendría que estar lo bastante cerca de la mina para que Augustus y Dougal pudieran vigilarla en secreto mientras buscan —propuso Felicity.

—Inveruglas —anunció Dougal de repente. Ante las miradas inexpresivas de Peter, Jennifer y Felicity, añadió—: Es una isla del lago, cerca de la mina.

—¿Todavía tienen allí una fortaleza? —preguntó Malcolm—. Creía que llevaba mucho tiempo abandonada.

—*Aye*, lo está. Pero los MacFarlane siguen teniendo un apego feroz a ella.

—Inveruglas es el mejor sitio para tener una vista despejada de la mina desde el otro lado del lago.

Brendon asintió despacio.

—¿Y si Colman enterró su oro en la isla?

Dougal miró alrededor de la mesa.

—Bueno, teniendo en cuenta que el oro de su mina está prácticamente agotado, imagino que eso despertaría sin duda el interés de MacFarlane.

—*Aye*, os recibirán con los brazos abiertos y sin hacer demasiadas preguntas.

Dougal sonrió y dejó al descubierto la falta de varios dientes.

—MacFarlane no va a rechazar la oportunidad de quedarse él mismo con el oro.

—Probablemente después de acostarnos a los dos con un pico y arroparnos con una condenada pala —declaró el reverendo con un resoplido.

—No estarán allí el tiempo suficiente —dijo Brendon—. Pero podrán vigilar la mina sin que MacFarlane sospeche nada.

—Es poco probable que nos deje a nuestro aire —objetó el reverendo—. Seguramente nos dejará con un guardia.

—No, se limitarán a llevarse el bote. MacFarlane no se molestará en hacer más. Es un holgazán.

—Un holgazán malhumorado —precisó Brendon.

—Pero si nos quedamos varados en esa condenada isla... —El reverendo dejó la frase en el aire, pero su significado estaba claro.

—No será así —intervino Brendon, cada vez más animado—. Esconderemos de antemano un bote pequeño en Inveruglas.

—El bote de remos de Caerlaverock está en proceso de hinchado —reveló Gifford—. No estará listo hasta dentro de un par de semanas o más.

Ante el gesto inquisitivo de Peter, Gifford se apresuró a explicar el proceso de hinchado: sumergir brevemente una embarcación para que vuelva a ser estanca.

—¿Por qué nos estamos tomando tantas molestias? —declaró Peter con impaciencia—. Me parece que estamos haciendo este rescate mucho más complicado de lo necesario. ¿No podemos simplemente remar hasta la isla, vigilar y esperar hasta que la costa esté despejada y entonces rescatar a los niños sin que MacFarlane se entere de nada?

Dougal negó con la cabeza.

—El reverendo tiene razón. Si MacFarlane nos sorprende en sus tierras, no habrá preguntas. Solo una espada en las tripas y una cama en el fondo del lago. No podemos arriesgarnos.

—Pueden avisarnos en cuanto la zona quede desierta salvo por el único guardia —declaró Malcolm—. Deberíamos poder reducir a ese

bastardo sin demasiados problemas si contamos con el factor sorpresa.

—¿Y si tiene una pistola? —preguntó Jennifer con ansiedad.

—No tendrá una pistola para vigilar a un montón de críos —se burló Dougal.

—Y nosotros no iremos desarmados —declaró Malcolm con firmeza.

—Todo esto me parece un poco arriesgado —apuntó el reverendo—. ¿Cómo se supone que vamos a avisaros de que los guardias se han marchado?

—Malcolm, Brendon y yo nos ocuparemos hoy de los detalles del plan —respondió Peter—. Sugiero que usted, Jennifer y Felicity trabajen en el contenido de la mítica carta escrita por Edward Colman.

—Y yo me ocuparé de encontrar un bote —se ofreció Dougal con una sonrisa pícara.

—Nada de robar, padre —ordenó Brendon—. No nos servirá de nada colgado de una cuerda.

—No te preocupes —respondió Dougal con un gesto despreocupado de la mano—. Ni se me ocurriría infringir la ley.

Brendon soltó un resoplido de incredulidad.

—Estaré encantado de proporcionarle dinero suficiente para comprar un bote —anunció Peter con brusquedad—. Gifford, perdóneme, pero le hemos retenido demasiado tiempo y sé que tiene mucho que hacer. Sin embargo, antes de que se ocupe de sus tareas diarias, ¿podría proporcionarle a Dougal suficiente dinero para comprar un pequeño bote con sus correspondientes remos? —Se puso en pie con determinación—. Malcolm, Brendon, quizá podamos continuar nuestra conversación en el estudio. Volveremos a reunirnos durante la cena, si a todos les parece bien. —Peter miró a Brendon—. Le

agradecería que usted y su padre consideraran la posibilidad de acompañarnos esta noche.

Brendon inclinó la cabeza.

—Será un honor, milord.

—Siempre que no sirvan ninguno de esos endemoniados platos franceses.

Dougal se puso en pie, para gran disgusto de Flossy. Después cogió un par de trozos grandes de *shortbread* y declaró:

—Con esto me bastará hasta esta noche.

Unos segundos después, había desaparecido...

CAPÍTULO 12



A última hora de la tarde, el reverendo, Jennifer y Felicity habían terminado de redactar una carta que parecía auténtica, tanto por su aspecto como por su contenido al leerla en voz alta. Estaban convencidos de que proporcionaba la información justa para despertar la curiosidad, sin revelar demasiado. Era importante que Alistair MacFarlane no decidiera simplemente deshacerse del supuesto descendiente de Edward Colman y buscar el oro por su cuenta. Habían conseguido que la carta pareciera mucho más antigua derramando té aguado sobre el papel. Al fin, los tres se declararon satisfechos y se separaron para tomarse un merecido descanso.

Jennifer se dirigía hacia las escaleras, dispuesta a retirarse a su dormitorio, cuando se dio cuenta de que no tenía consigo el chal de cuadros. Se detuvo a pensar. No, no se lo había llevado a la biblioteca. Eso significaba que debía de habérselo dejado en el comedor del desayuno.

Suspiró, se dio la vuelta y desanduvo el camino. ¿Dónde había visto el chal por última vez? Quizá lo había olvidado en la silla. Estaba a punto de abrir la puerta de la sala de desayunos cuando oyó de repente unas voces que no reconocía.

Por alguna razón, se paró en seco. No habría sabido explicar qué había en aquellas voces que la hizo detenerse. Probablemente no serían más que criados recogiendo la mesa, pero, de algún modo, le pareció que había algo más. El tono no era el adecuado.

Jennifer apoyó el oído contra la puerta y aguzó el oído para distinguir las voces amortiguadas. Al cabo de un instante, frustrada, bajó la mirada hacia el pestillo. No estaba echado. Empujó la puerta con suavidad y la entreabrió lo justo para oír mejor la conversación.

—Sé que quieres ir corriendo a MacFarlane, pero no sabemos lo suficiente. El jefe nos puso aquí para vigilar a los Sinclair. No podemos irle con el cuento antes de saber si están tramando algo.

—Pero tienen al niño. El que se escapó.

—Sí, y si vas sin el pequeño granuja, es probable que MacFarlane te dé una paliza de muerte.

—Y una vez que salgas de Caerlaverock, no regresarás. Este es un sitio estupendo para trabajar. No puedes dejar esto sin tener algo más que ofrecerle a MacFarlane. ¿Has oído lo que van a hacer con el chico?

—No. Aunque no me imagino que se lo vayan a llevar de vuelta.

—Pues más te vale averiguarlo antes de que se lo entreguemos a MacFarlane. No pienso renunciar a tener la barriga llena sin una buena razón.

Mientras escuchaba, Jennifer creyó que el corazón estaba a punto de salírsele del pecho. Había espías en Caerlaverock. Sintió que la ira se apoderaba de ella. ¡Cómo se atrevían! Furiosa, abrió la puerta de golpe, pero se detuvo en el umbral y se mordió el labio con frustración. Los dos sirvientes se habían ido.

Cogió el chal, que aún estaba sobre la silla, y se apresuró hacia la única otra puerta de la habitación, situada frente a la que acababa de utilizar. Quizá, si se daba prisa, podría alcanzarlos. Giró el pomo

con cautela y asomó la cabeza hacia el pasillo en penumbra. Estaba desierto, pero era evidente que se trataba de un corredor que utilizaban habitualmente los criados para ir y venir de la cocina. A su izquierda, el pasillo continuaba hacia el comedor. Jennifer apretó los dientes, cruzó el umbral y avanzó de puntillas hacia la puerta del comedor. Cuando llegó allí, respiró hondo y la abrió con cuidado, lo justo para mirar por la rendija.

La estancia estaba desierta.

Jennifer soltó un resoplido, cerró la puerta y se dirigió hacia lo que suponía que sería la cocina. Un par de minutos después, comprobó que había acertado. Se detuvo solo un segundo, echó los hombros hacia atrás y abrió la puerta con firmeza. Entró en la cocina como si tuviera todo el derecho del mundo a estar allí. Y, como señora de la casa, lo tenía.

Cuando todas las miradas se dirigieron hacia ella, la bravuconería de Jennifer flaqueó un poco. Debía de haber unas diez personas en la enorme cocina. No había forma de saber cuáles eran los dos traidores, si es que había alguno allí.

—Señora, ¿puedo ayudarla en algo? —Una mujer menuda y oronda dio un paso al frente, secándose las manos en el delantal. Jennifer luchó contra el impulso de dar media vuelta y salir corriendo. ¿Qué habría hecho su madre en esas circunstancias?

—Me preguntaba cómo estaría Finn —soltó Jennifer de improviso, mirando a su alrededor en busca del chico.

—Ay, bendito sea, ha salido con Gifford. Es un buen muchacho, muy alegre.

Jennifer esbozó una sonrisa forzada.

—¿Serían tan amables de presentarse? —preguntó al cabo de un segundo, en otro arrebato de inspiración atribuible a su madre: la duquesa de Blackmore siempre se enorgullecía de conocer por su nombre a cada miembro del personal doméstico.

La mujer bajita se enderezó, orgullosa de que le encargaran hacer los honores.

—Como desee, milady. Yo soy la señora Allen, la cocinera —prosiguió, alisándose el delantal y haciendo una pequeña reverencia.

Jennifer sonrió y asintió, y luego se dispuso a observar cada rostro con atención mientras la señora Allen presentaba a los demás uno por uno. Por desgracia, nada indicaba que alguno de los presentes fuera quien ella había oído hablar en la sala. De hecho, todos parecían encantados de tener la oportunidad de conocerla.

Cuando Jennifer consiguió excusarse por fin, empezaba a preguntarse si no habría interpretado mal la conversación que había escuchado. Pero justo cuando se disponía a marcharse, captó una mirada entre la ayudante de cocina y el lacayo. Sin detenerse, siguió hacia la puerta por la que había entrado, luchando contra el impulso de saltar de alegría. Los tenía. Esos dos eran los que ella había oído hablar en la sala de desayunos; apostaría su vida en ello.

Augustus Shackleford decidió no retirarse a descansar; ya tendría tiempo de sobra para eso cuando estirase la pata. En su lugar, él y Flossy dieron su ya habitual paseo por el jardín, esta vez acompañados por el enorme perro lobero de Brendon Galbraith, que el reverendo había descubierto que era tan manso como un corderito. A pesar de ser mucho más grande, Fergus le recordaba bastante a Freddy. Estaba seguro de que a Flossy le ocurría lo mismo. De hecho, ver a los dos jugar juntos era como retroceder en el tiempo, y el reverendo tuvo que contener unas lágrimas repentinas, lo cual era ridículo, ya que Freddy llevaba muerto casi seis años. Y, además, probablemente volverían a estar juntos en un futuro no muy lejano. De pronto, el reverendo soltó una risita. Freddy estaría esperándole; de eso estaba seguro.

Augustus se sentó en su banco habitual y cerró los ojos. Los acontecimientos de los últimos días, sumados al largo viaje que los

había precedido, empezaban a pasarle factura. Se estaba haciendo demasiado viejo para semejantes tonterías.

Poco a poco se dejó llevar por el sopor, y el alboroto de los perros se fue apagando a su alrededor.

—¿Está muerto, señor?

El reverendo abrió los ojos de par en par y casi se le sale el alma del cuerpo. Finn lo miraba fijamente, a apenas unas pulgadas de su cara.

—¡Rayos y centellas, muchacho! Casi me provocas una maldita apoplejía.

—Pensé que estaba muerto —repitió Finn, sentándose en el banco junto al reverendo—. ¿Esa es su perrita? —Señaló a Flossy.

El reverendo asintió de mal humor.

—¿No deberías estar haciendo algo? —preguntó.

Finn se encogió de hombros.

—La señora Allen me dijo que tomara el sol para que me entrara en las venas. —Extendió una mano delgada y blanca y señaló las líneas azules que tenía en la muñeca. El reverendo frunció el ceño. Estaban cubiertas de moratones—. Estas son mis venas. No sé cómo hacer que el sol entre en ellas.

—Supongo que solo tienes que sentarte al sol —respondió el reverendo con incomodidad—. Aunque, si te quedas ahí demasiado tiempo, acabarás pareciendo una langosta en una olla. Y sin duda será igual de doloroso.

—Nunca he comido langosta. —Finn movió la cabeza hacia Flossy—. ¿Cómo se llama?

Augustus Shackleford suspiró, dándose cuenta de que su paz se había esfumado por completo. Puede que no hubiera pasado mucho

tiempo con niños, pero sabía que, una vez que empezaban las preguntas, era probable que durasen hasta el día del Juicio Final.

—¡Flossy! —La perrita, al oír su nombre, vino corriendo y se tumbó sobre su espalda, como siempre, buscando llamar la atención. Riendo, Finn se arrodilló y le acarició la barriga—. Creo que le gusta Fergus —dijo mientras la veían alejarse correteando, de vuelta con su enorme compañero de juegos.

—Creo que sí —respondió el reverendo con sequedad.

—¿Vive usted aquí, señor?

—No, vivo muy lejos, en un lugar llamado Blackmore.

—Ahí es donde vive también el duque. ¿Lo ha visto alguna vez? —El chico estaba claramente impresionado.

El reverendo Shackleford sonrió y asintió, dándose cuenta de repente de que, en realidad, se lo estaba pasando bien.

—Está casado con mi hija, Grace.

Finn abrió la boca formando una gran «O». Se apartó un poco más.

—¿Entonces tiene usted un título? —preguntó sin aliento—. Aparte de «santurrón».

El reverendo se rio entre dientes y negó con la cabeza.

—Creo que ese es el único título que necesito.

—¿Cómo es Blackmore?

—Muy bonito, como este lugar. Pero no es igual. —El reverendo miró hacia las colinas cubiertas de brezo en la distancia—. No tan... escarpado, supongo. ¿Sabes lo que significa eso?

—Sí, no soy tonto. Quizá pueda usted llevarme a Blackmore cuando vaya allí.

Por un instante, el reverendo se imaginó la cara de Agnes si él regresara con un golfillo a cuestas.

—Pensaba que este ya era tu hogar —respondió el reverendo con cautela.

—Sí, pero quiero ver al duque. ¿Es alto y apuesto?

El señor Shackleford se recostó en su asiento y se quedó pensativo. Sin duda alguna, Nicholas era alto. ¿Apuesto? Supuso que sí, de una forma austera, aunque su yerno había aprendido a reír con el paso de los años, lo que le hacía parecer menos... intimidante. Pero claro, al verse cargado con toda una familia con la que no había contado, si no hubiera aprendido a reír, probablemente ya estaría chiflado por completo.

Solo cuando Finn le preguntó por qué se reía, el reverendo se dio cuenta de que lo estaba haciendo.

—Sí —respondió Augustus al fin—. El duque es muy apuesto. Y alto. Y severo. Te obligaría a ir a la escuela.

—Ah, no necesito ir al colegio, sé leer y escribir, y sé contar hasta aquí. —Finn levantó ambas manos y estiró los pies descalzos, separando los dedos.

—Veinte —dijo el reverendo, impresionado—. Eso es más de lo que saben la mayoría de los chicos de tu edad. ¿Cuántos años tienes, por cierto? —Un nuevo encogimiento de hombros fue todo lo que obtuvo como respuesta—. Bueno, estoy seguro de que sabrías contar mucho más si fueras a la escuela.

—¿Podría ir a la escuela en Blackmore?

La conversación empezaba a tomar un cariz decididamente incómodo.

—¿Por qué querrías marcharte de un lugar tan bonito como este? —preguntó el reverendo con cierta inquietud—. Estoy seguro de que

aquí te cuidarán bien. Y aprenderás las letras y a contar mucho más allá de veinte.

—Sí, pero usted, además, es un santurrón.

El reverendo miró el rostro ingenuo de Finn y lo invadió una oleada de tristeza. El muchacho daba por sentado que un hombre de Iglesia tenía que ser digno de confianza. Lo cierto era que él mismo conocía a bastantes clérigos que distaban mucho de serlo. Por un brevísimo instante, se planteó llevarse a Finn consigo cuando regresaran a Blackmore.

Por un brevísimo instante.

Entonces negó con la cabeza y frunció el ceño.

—Soy demasiado viejo para ocuparme de un muchacho de tu edad —declaró.

Aunque, si era sincero, y empezaba a parecerle que la sinceridad era un efecto secundario de la vejez que nunca se había parado a considerar, tampoco podía decirse que se hubiera ocupado demasiado de nadie salvo de sí mismo.

—Yo no sería un pequeño *scunner*[1] —continuó Finn, ajeno al examen de conciencia del reverendo.

—¿Qué es un *scunner*? —preguntó con brusquedad el reverendo Shackleford, más por desviar la cuestión que por otra cosa.

El muchacho se encogió de hombros una vez más.

—Pues... un trasto. Ya sabe, alguien malo.

—¡Finn!

El grito no podría haber llegado en mejor momento. El chico se puso en pie con una última sonrisa que dejaba bien claro que aquella conversación aún no había terminado, acarició un momento a Flossy

y a Fergus y echó a correr hacia la casa, dejando al reverendo con mucho en lo que pensar.

---

1 Término escocés para referirse a alguien molesto o desagradable. *(N. de la T.)*

CAPÍTULO 13



Nada más salir de la cocina, Jennifer fue en busca de su hermano. El hecho de que hubiera dos espías de MacFarlane en la casa lo cambiaba todo. Aunque, por lo que había oído, ninguno de los dos espías parecía demasiado entusiasmado con aquello. Quizá pudieran convencerlos de cambiar de bando.

Pero ¿en qué estaba pensando? ¿Cambiar de bando? No estaban en guerra con el clan MacFarlane. ¿Por qué demonios habría enviado el jefe del clan a dos de los suyos a Caerlaverock?

Jennifer llegó a la puerta del estudio y sacudió la cabeza para apartar aquellos pensamientos. Dio unos golpes enérgicos y abrió sin esperar a que la invitaran a entrar. Peter no era su padre. Para su sorpresa, Brendon Galbraith estaba allí solo, sentado ante el escritorio.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó ella con más brusquedad de la que pretendía.

Brendon se puso en pie, impasible.

—Su Señoría ha ido a la biblioteca con Malcolm a buscar otro mapa del lago.

—Ah... —Jennifer se quedó parada, sin saber muy bien qué decir a continuación. El encuentro del día anterior había acabado con la desenfadada facilidad con que ambos solían bromear.

—No creo que tarde —prosiguió Brendon, con una corrección impecable—. ¿Desea quedarse aquí a esperarlo, milady? ¿Le apetece un té?

Jennifer lo pensó un instante, asintió y tomó asiento. De reojo, observó a Brendon cruzar la estancia con sus largas y ágiles zancadas para llamar al servicio. Pese a ser un hombre tan grande, se movía con una gracia extraordinaria. Como una de aquellas panteras sobre las que ella había leído en la biblioteca de su padre. Jennifer se ruborizó al darse cuenta del rumbo que habían tomado sus pensamientos. ¿Hacía calor allí dentro?

De pronto, la puerta se abrió y aparecieron Peter y Malcolm y, pisándoles los talones, la señora Darroch.

—¿Podría traernos té? —le pidió Jennifer con una sonrisa—. Y, por supuesto, un poco del maravilloso *shortbread* de la señora Allen.

—Enseguida, milady.

Al ama de llaves se le iluminó el rostro al oír que Jennifer llamaba a la cocinera por su nombre. Jennifer sintió una agradable calidez y comprendió un poco mejor por qué su madre ponía tanto empeño en aprenderse los nombres de todos los miembros del servicio de Blackmore.

—¿Qué tal os ha ido con la carta? —preguntó Peter mientras dejaba sobre el escritorio el mapa que llevaba en la mano.

—La tiene Felicity —respondió Jennifer—. Creo que servirá perfectamente. Pero no he venido por eso.

—¿Ha ocurrido algo, *lass*[1]? —preguntó Malcolm, que había percibido su inquietud.

Jennifer respiró hondo y les contó todo lo sucedido desde que ella había vuelto a buscar el chal.

Peter soltó una maldición entre dientes.

—¿Estás segura de que mencionaron a MacFarlane? —preguntó.

Jennifer asintió.

—¿Y les viste la cara?

—No llegué a verlos mientras hablaban, pero en la cocina vi a una criada y a un lacayo intercambiar una mirada. Estoy segura de que eran los dos que conversaban en la sala.

—¿Por qué demonios habría puesto MacFarlane a dos miembros de su clan a trabajar en Caerlaverock? ¿Existe alguna enemistad entre nosotros de la que yo no esté al corriente? —le preguntó Peter a Brendon.

—No que yo sepa, pero Gifford sabrá más del asunto.

—¿Quieres que vaya a buscarlo? —se ofreció Malcolm.

Peter asintió y el escocés salió por la puerta justo cuando llegaba una criada con una bandeja de té y *shortbread*.

—Déjela en la mesa auxiliar, por favor —ordenó Jennifer—. Yo serviré el té.

—Muy bien, milady.

La criada hizo una rápida reverencia y salió, cerrando la puerta tras de sí. Jennifer se levantó de inmediato y comprobó que no hubiera nadie merodeando al otro lado. Desde luego, toda aquella situación la estaba volviendo terriblemente desconfiada.

—No creo que esos dos criados conozcan nuestro plan para rescatar a los niños de la mina —aclaró Jennifer mientras se acercaba a la bandeja—. Saben, por supuesto, que Finn procede de allí y que probablemente estamos al corriente de que Alistair MacFarlane

explota a otros niños, pero, por encima de todo, parecían asustados. —Le entregó a Brendon una taza de té.

—Cualquiera que tenga pulso teme a MacFarlane —comentó Brendon con sequedad.

—Por lo que decían, ninguno de los dos tiene intención de precipitarse —declaró Jennifer—. Creo que antes de hacer nada querrán saber qué pensamos hacer exactamente con Finn.

—¿Podríamos conseguir que se pasaran a nuestro bando? —preguntó Peter.

Jennifer no pudo evitar reparar en la mueca que hizo su hermano al pronunciar aquellas palabras. Evidentemente, la expresión le había resultado tan absurda como le había parecido a ella poco antes.

Jennifer miró a Brendon. Nada indicaba que a él le hubiera parecido extraña, aunque quizá las guerras entre clanes todavía fueran habituales en las Tierras Altas. Jennifer se estremeció. Era una idea espantosa. Lo último que su padre querría era que acabaran envueltos en una lucha abierta con sus vecinos.

En ese momento, unos breves golpes en la puerta anunciaron la llegada de Malcolm y Gifford. Jennifer les sirvió té a ambos y repitió lo que había oído en la sala de desayunos. Cuando terminó, el viejo administrador suspiró.

—No me sorprende, milady. De ese majadero de MacFarlane no puede uno fiarse ni un pelo.

—Pase lo que pase, no podemos permitirnos iniciar una guerra —dijo Peter, tan preocupado como Jennifer.

—Usted no va a iniciar nada, milord —declaró Gifford—. Hagamos lo que hagamos, tiene que mantenerse al margen. Y milady también.

—Pero tenemos aquí a Finn —protestó Peter—. Esos dos criados lo saben perfectamente.

—Sí, y también saben que trabajo para usted. No creemos que se lo hayan contado todavía a MacFarlane. Lo más probable es que ninguno de los dos sepa escribir y, además, hay un buen trecho a pie hasta las tierras de su clan. —Se encogió de hombros antes de añadir—: Dudo que quieran que le ocurra nada malo al muchacho. Que pertenezcan al clan MacFarlane no significa que aprueben lo que hace su jefe.

—Parecían apreciar bastante sus puestos aquí —intervino Jennifer.

—Entonces quizá deberíamos hablar con ellos —sugirió Peter.

—Aunque no estén de acuerdo con el jefe de su clan, es poco probable que se enfrenten a él —argumentó Malcolm—. Los expulsarían. Y, en las Tierras Altas, eso es peor que la muerte.

—Sí, Malcolm tiene razón. Piensen lo que piensen en privado, no traicionarán a su clan. Y puede que MacFarlane envíe a alguno de sus esbirros a las tierras de los Sinclair para averiguar qué saben.

—Entonces tendremos que impedir que revelen lo que saben —suspiró Peter—. No podemos despedirlos sin más. Eso los mandaría derechos a MacFarlane. Y, por lo que sabemos, todos nuestros criados podrían ser traidores a Caerlaverock. —Peter se pasó los dedos por el pelo, frustrado.

Gifford negó con la cabeza.

—Me juego la vida a que todos los demás son leales a Blackmore. Los dos de los que habla milady llegaron hace apenas unas semanas.

—No hay tiempo que perder —afirmó Brendon—. Creo que el reverendo y mi padre deberían partir hacia las tierras de MacFarlane mañana mismo.

—Yo procuraré mantener ocupados a esos dos traidores —añadió Gifford—. Cuando acabe con ellos, no les quedarán ganas de hacer otra cosa que dormir.

—En cuanto saquemos a los niños de ese lugar espantoso, tendremos que llevarlos a algún sitio donde MacFarlane no pueda encontrarlos.

—Sí. Bien lejos de Caerlaverock, por si a ese canalla le da por venir a husmear.

—A partir de este momento, no diremos nada que pueda oír quien no debe.

Al caer la tarde, Dougal había conseguido comprar una pequeña embarcación y la había dejado oculta cerca de la casa. Decidieron que, en cuanto hubiera oscuridad suficiente para evitar miradas indiscretas, Brendon remaría por el lago hasta llevarla al lugar previsto.

Saber que tenían a dos traidores entre ellos mantuvo tensa y entrecortada la conversación durante la cena y, a las diez de la noche, quienes podían permitirse el lujo de retirarse a dormir ya lo habían hecho.

Después de acompañar a su padre a casa, Brendon se dirigió directo al lago con Fergus pegado a sus talones. Sabía aproximadamente dónde había dejado Dougal la barca y también que tendría que mantener los cinco sentidos alerta si quería llevarla hasta Inveruglas sin que nadie se enterase. Los mosquitos habían dado una tregua y las nubes oscurecían aún más aquel extraño crepúsculo que, tan al norte, parecía un cielo nocturno durante el verano. Brendon alzó la vista y torció el gesto. La oscuridad adicional contribuiría sin duda a ocultar su presencia, pero también haría mucho más difícil orientarse.

Avanzó hacia la sombría masa de agua que se extendía ante él y, sin poder evitarlo, sus pensamientos volvieron a Jennifer Sinclair. ¿Qué demonio le había poseído para decirle que la encontraba atractiva? Nada bueno podía salir de semejante confesión. Ella no era para un

hombre como él. La muchacha regresaría a Inglaterra en menos de un mes y lo más probable era que no volviera a verla jamás.

Suspiró y se obligó a pensar en otra cosa, pero la imagen de Jennifer apretada contra su cuerpo se negaba a desaparecer. Para su irritación, Brendon notó que se le endurecía el miembro, y caminar se volvió especialmente incómodo. No le cabía duda de que Su Señoría lo deseaba y estaba más que dispuesta a entregársele. Era joven y estaba claro que no tenía demasiada experiencia en el arte del coqueteo, pero la forma en que lo miraba decía más que cualquier palabra.

A sus treinta y tres años, Brendon sabía perfectamente que las mujeres, en general, lo encontraban atractivo, aunque rara vez aceptaba las invitaciones que recibía para compartir su lecho. Siempre le había parecido que, a la mayoría de las mujeres, su aspecto importaba mucho más que la persona que había detrás. Ninguna se tomaba la molestia de conocerlo. Querían su cuerpo, pero su mente no les interesaba.

De pronto soltó una carcajada al darse cuenta de lo grandilocuentes que se habían vuelto sus pensamientos. Probablemente no quisieran conocerlo porque, aparte de un apuesto rostro, tampoco había gran cosa que mereciera la pena descubrir.

Pero, en el fondo, sabía que no era cierto.

Después de apenas dos conversaciones con Jennifer Sinclair, había comprendido que el interés de ella iba más allá de la evidente atracción física.

Y ahí estaba el peligro.

En ambas ocasiones se había sorprendido deseando abrirse a ella, confiarle cosas que jamás le habría confiado a nadie antes de que Jennifer cayera, literalmente, en su vida. Y descubrir la compasión que ella sentía por los niños explotados por MacFarlane, además de escuchar sus ideas para poner fin a aquello, le había abierto los ojos,

por decirlo con suavidad. Brendon habría esperado que una dama de su posición no mostrara demasiado interés por nada que no fueran fiestas y frivolidades, pero ni siquiera el inesperado chapuzón de la muchacha en el lago había provocado los aspavientos que él habría dado por seguros. Cada vez resultaba más evidente que Jennifer Sinclair estaba disfrutando de aquel desafío.

Pensar que ella se marcharía de Caerlaverock en apenas unas semanas hacía que le entrasen ganas de golpear algo. En menos de siete días, de algún modo, Jennifer se había hecho un hueco en su corazón.

Pero él no se atrevía a hacer nada al respecto.

Si el padre de ella, el duque, llegaba a enterarse, probablemente se encargaría de colgarlo personalmente.

Una vez en su alcoba, Jennifer fue incapaz de tranquilizarse. En cuanto Jenet se retiró, Jennifer se levantó de la cama, se acercó a la ventana y apartó las gruesas cortinas. ¿Habría partido ya Brendon? Escudriñó el lago, pero no logró distinguir movimiento alguno, aunque supuso que precisamente de eso se trataba.

Suspiró, volvió a meterse en la cama y se quedó tumbada mirando al techo. Por mucho que deseara con todo su corazón que sus padres estuvieran allí, Jennifer no podía negar que desde su llegada a Caerlaverock se sentía mucho más viva. Los bailes y recepciones de las dos últimas Temporadas se habían desdibujado en su memoria, banales e insignificantes en comparación con cuanto había presenciado desde que llegó.

Se preguntó si Brendon estaría pensando en ella y enseguida se reprendió por semejante tontería. El administrador ya tenía más que suficiente en la cabeza como para tener que pensar también en ella. Él le había dicho que la encontraba atractiva, pero Jennifer no era tan ingenua como para creer que aquello significaba algo. Muchos hombres le habían dicho lo mismo con palabras bastante más

floridas, aunque estaba claro que la mayoría pensaba más en su dote y en sus relaciones familiares que en el color de sus ojos.

De pronto, Jennifer sonrió en la oscuridad. Brendon no había tenido nada de eso en cuenta. De hecho, antes de que él huyera de su lado, pareció horrorizado por su propia confesión.

¿Qué tenía aquel escocés que tanto la atraía?

Era guapo, sí. Posiblemente el hombre más apuesto que había conocido jamás. Pero Jennifer nunca se había dejado impresionar demasiado por una cara bonita. No, había algo en Brendon Galbraith, algo que la llamaba desde lo más hondo de su ser. Un vínculo que jamás había sentido con nadie, pese a que apenas hacía unos días que se conocían.

Y sabía que él también lo sentía.

Jennifer era muy consciente de que llevar aquel vínculo hasta sus últimas consecuencias probablemente acabaría haciéndole daño a ambos. Y, aun así, no quería, no podía dejarlo estar.

Aunque acabara con el corazón roto.

---

1 Término coloquial escocés para referirse a una muchacha o mujer joven. *(N. de la T.)*

CAPÍTULO 14



Al final, el viaje de Brendon hasta Inveruglas transcurrió sin incidentes. Consiguió esconder la pequeña embarcación en un tramo poco frecuentado de la orilla, oculta entre unos cañaverales.

Desde luego, no le hacía ninguna gracia tener que volver a nado hasta la ribera del lago, y menos aún la larga caminata de regreso a la destartalada torre que su padre y él llamaban hogar.

Cuando Brendon logró por fin meterse en la cama, apenas quedaban un par de horas de oscuridad. Los mosquitos no tardarían en volver a hacer acto de presencia. Con suerte, podría dormir tres horas antes de que Dougal empezara a zarandearlo para despertarlo.

Brendon cerró los ojos. Fergus saltó a la cama junto a él y Brendon, medio dormido, se hizo a un lado para dejarle sitio. Segundos después, ambos dormían profundamente.

—Parece que no ha llegado al condenado retrete a tiempo —se burló el reverendo al ver a Dougal acercarse renqueando.

—Eso lo sabrá usted muy bien por experiencia propia, me imagino, con toda esa tela por encima de los calzones. Sobre todo, cuando le da la cagalera.

El reverendo Shackleford apretó los dientes, pero no mordió el anzuelo.

—Si queremos que MacFarlane crea que tiene una pierna mal, debe cojear así. —Augustus atravesó el estudio con una cojera de lo más convincente. Dougal lo observó con los ojos entornados.

—No es culpa mía que ustedes, los santurrones ingleses, sean mejores embaucadores que nosotros, la gente sencilla.

—Sencillos de entendederas, querrá decir —masculló el reverendo.

Por fortuna, después de unas cuantas vueltas más por el estudio, la cojera de Dougal resultó bastante aceptable.

—¿Lleva la carta que tenemos que enseñarle a MacFarlane?

—Está en mi bolsillo —respondió Augustus Shackleford, dando unas palmaditas a su sotana.

—Pues procure no perderla o acabaremos criando malvas.

Antes de que el reverendo pudiera responder, llamaron a la puerta del estudio y, segundos después, esta se abrió para dar paso a Peter y Brendon. Ambos entraron y cerraron con cuidado antes de hablar.

—¿Tienen clara la historia que van a contar? —preguntó Peter.

—Sí. Lo suficiente para engañar a MacFarlane, diría yo, teniendo en cuenta que todo el mundo sabe que está como una cabra.

Peter asintió.

—Dougal, Gifford ha dejado abierta su entrada favorita, así que le sugiero que se marche ya. Si alguien lo ve, se fijará en que va solo. —Se volvió hacia el reverendo—. Abuelo, ¿está seguro de que quiere hacer esto?

—Vaya, por fin alguien se digna a preguntármelo. ¿Y qué demonios harás tú, muchacho, si digo que no?

Peter tuvo la decencia de mostrarse algo avergonzado.

—No se preocupe —intervino Dougal mientras recogía su bolsa—. Su abuelo se lo está pasando en grande, diga lo que diga.

El reverendo fulminó con la mirada al escocés, que sonreía de oreja a oreja.

—Creo que tiene un condenado gusano royéndole el cerebro —declaró con un resoplido.

Dougal se limitó a guiñarle un ojo y se dirigió hacia la puerta mientras el reverendo lo observaba con los dientes apretados.

Brendon se dirigió a este en cuanto su padre se marchó.

—Le estoy muy agradecido —dijo—. No solo por aguantar unas cuantas horas al majadero de mi padre, sino también por ayudar a rescatar a esos pobres niños.

El reverendo Shackleford soltó un bufido antes de declarar con brusquedad:

—El Todopoderoso me ha dejado más que claro que esos niños son la razón por la que me trajo hasta aquí y, a decir verdad, estoy encantado de ponerle todas las trabas posibles a esa alimaña de MacFarlane. —Se volvió hacia su nieto—. Dougal tiene razón. No tienes por qué preocuparte por mí. El Altísimo sabe muy bien lo que hace. Si hubiera pasado mucho más tiempo con Agnes como única compañía, probablemente habría acabado perdiendo el juicio. —Suspiró y cogió su bolsa—. Ojalá Percy estuviera aquí...

Peter apoyó una mano en el hombro de su abuelo.

—Piense en la historia que podrá contarle cuando vuelva a Blackmore.

El reverendo dio unas palmaditas en la mano del vizconde y soltó una risita.

—Y apuesto que en el Red Lion también me estará esperando una de las empanadas de cordero de Mary y una ronda de cerveza gratis.

—El carro está fuera —anunció Brendon—. Gifford ha hecho correr la voz en la cocina de que va a llevarlo a recorrer la finca. Una vez que usted se reúna con mi padre, Gifford regresará. Para entonces estará oscuro y nadie notará que ha vuelto solo.

—¿Y los criados no querrán saber dónde estoy cuando no baje a cenar? —preguntó el reverendo.

—Bah, diremos que está enfermo en cama. Si creen que anda vomitando, no se acercarán a usted ni por asomo.

—¿Y me dejarán morir de hambre? —preguntó el clérigo, inexplicablemente molesto.

—Pero usted no estará aquí en realidad —le recordó Peter con una risita—. Y, como se encontrará indispuesto, se supone que no tendrá muchas ganas de cenar. Pero no se preocupe, abuelo. Jennifer, Felicity y yo nos turnaremos para subirle las gachas...

—Y mañana, Su Señoría dirá a los criados que Malcolm y yo también estamos en cama con el mismo mal —añadió Brendon—, así que procurarán no salir de la cocina más de lo necesario.

Peter hizo una mueca.

—Son demasiadas condenadas gachas para deshacernos de ellas y no las soporto.

—Dáselas a Flossy —aconsejó el reverendo Shackleford—. Es una tragona y no le hará ascos a un poco de engrudo.

—Malcolm y yo saldremos de aquí a medianoche y nos dirigiremos a las tierras de MacFarlane —continuó Brendon—. Si para entonces ese majadero no los ha echado a patadas a usted y a mi padre, nos quedaremos cerca por si nos necesitan. En caso de que todo salga según lo previsto, los seguiremos hasta Inveruglas y nos

acercaremos a la mina tanto como podamos. No nos busquen. Recuerden la señal.

—¿Tiene los anteojos, abuelo? —preguntó Peter.

El reverendo Shackleford señaló su bolsa justo cuando la puerta se abrió y apareció Jennifer.

—Creo que Gifford empieza a ponerse un poco nervioso —les informó. Acto seguido, Jennifer cruzó la estancia y, dejándose llevar por un impulso, abrazó a su abuelo—. Gracias por hacer esto, abuelito —susurró ella mientras contenía las lágrimas—. Por favor, no cometa ninguna estupidez. Mamá nunca nos perdonará si lo traemos de vuelta metido en una caja.

El reverendo le dio unas palmaditas en la espalda.

—Probablemente, tu padre te aumentaría la asignación —replicó con una risita siniestra—. Cuida de Flossy.

Durante el almuerzo, los que se habían quedado en la casa hicieron todo lo posible por mantener una conversación ligera, pero estaban tan inquietos que apenas podían esperar a levantarse de la mesa sin faltar a las buenas maneras.

—Voy a llevar a Flossy a dar un paseo hasta el lago —anunció Jennifer a los presentes mientras recogía a la perrita y se ponía en pie.

Miró a Felicity con intención de preguntarle si quería acompañarla, pero, antes de poder hacerlo, reparó en la palidez de su rostro. Estaba claro que Felicity se encontraba angustiada por el papel que desempeñaría su marido en el rescate y, de pronto, Jennifer cayó en la cuenta de que Malcolm ya no era un hombre joven. Para ella misma, sencillamente, él siempre había estado allí: fuerte, firme, inquebrantable. El apoyo de su padre.

Y supo que Felicity querría estar con él antes de que partiera con Brendon después de la cena.

—Preferiría que no fueras sola —dijo Peter de pronto.

Jennifer lo fulminó con la mirada y él levantó una mano en son de paz.

—No pongas esa cara, Jenny. No me preocupa que vuelvas a caerte al lago, pero, dadas las circunstancias, preferiría que fueras acompañada.

—Yo iré con Su Señoría, si le parece bien, milord.

Jennifer volvió la mirada hacia Brendon, pero este se limitó a observar a Peter con absoluta seriedad.

—Gracias, Brendon —respondió Peter con cansancio—, pero entonces tendríamos el problema añadido de encontrar una carabina. —Reflexionó unos instantes, frunció los labios y acabó negando con decisión—. ¡Al diablo! Esto no es Londres. Sí, Brendon, se lo agradezco. Acompañe a Su Señoría.

El nuevo administrador miró a Jennifer.

—¿Bastará mi presencia para que se sienta tranquila, milady? —preguntó él con cautela.

Jennifer soltó un resoplido muy poco propio de una dama.

—No sea ridículo. Puesto que ya me ha salvado de morir ahogada, creo que reúne de sobra los requisitos para protegerme. Lo esperaré delante de la casa dentro de diez minutos, si le parece bien.

Y, sin aguardar respuesta, Jennifer se marchó de la habitación con paso decidido.

Una hora después de salir de Caerlaverock, el reverendo y Gifford divisaron por fin a Dougal, que los esperaba junto al camino. A medida que se acercaban, el vicario frunció el ceño. Incluso desde

aquella distancia se veía que el caballo y el carro que conducía el escocés distaban mucho de ser tan cómodos como el coche en el que él viajaba.

El reverendo gimió para sus adentros.

—¿Cuánto cree que tardaremos en llegar a las tierras de MacFarlane? —preguntó al anciano administrador, comprendiendo que quizá debería habérselo preguntado mucho, muchísimo antes.

—Calculo que llegará antes de que los mosquitos hayan tenido tiempo de comérselo vivo —respondió Gifford, tan campante.

El reverendo Shackleford guardó silencio. En realidad, no había mucho más que decir.

Diez minutos después, el clérigo estaba sentado junto a Dougal en un carro que parecía hecho con los restos de un naufragio. Contempló con aprensión cómo Gifford se despedía con la mano y emprendía el regreso a Caerlaverock.

—Bueno, amigo mío, ya solo quedamos usted y yo —declaró Dougal —. ¿Le apetece un traguito de whisky para aliviar el trasero? No se preocupe, para cuando lleguemos hasta MacFarlane, ya ni siquiera se lo sentirá.

Jennifer y Brendon descendieron hacia la orilla del lago sumidos en un silencio extrañamente cómodo. Flossy iba olisqueando el sendero detrás de Fergus, empeñada en no alejarse demasiado de su gigantesco amigo.

Al principio, el administrador caminaba unos pasos por detrás de Jennifer, guardando una respetuosa distancia, pero ella no tardó en poner fin a aquello: se volvió y le ordenó que caminara a su lado.

—¿Suele usted dar órdenes a sus criados de esa manera cuando está en Inglaterra? —preguntó él con sequedad.

—Solo cuando se comportan como unos pazguatos —respondió Jennifer con una sonrisa—. Y, de todos modos, difícilmente podría considerársele un criado.

Brendon arqueó una ceja y la contempló con sus inescrutables ojos azules.

—¿No lo soy? Entonces, ¿qué soy..., milady?

La intensidad de su voz hizo que Jennifer se ruborizara. Tuvo que recordarse que aquel escocés no era ningún jovenzuelo imberbe, dispuesto a sentarse a sus pies y recoger encantado cualquier migaja que ella se dignara arrojarle.

Jennifer optó por no responder. En lugar de ello, señaló una elevación distante en medio del lago.

—¿Eso es Inveruglas? —preguntó, detestando aquel tono entrecortado que adoptaba ya con demasiada frecuencia.

—No. Eso es Inchgalbraith. Antaño fue el hogar ancestral de mi clan.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Jennifer en voz baja.

Brendon suspiró.

—En general, apostamos por el bando equivocado —respondió—. Primero contra la Corona. Después, hace unos doscientos años, Robert Galbraith de Culcreuch perdió contra el clan MacAulay y huyó a Irlanda. Ya solo quedamos unos pocos. —Brendon bajó la mirada hacia ella antes de añadir con sequedad—: Caerlaverock está construido sobre lo que antes eran tierras de los Galbraith.

—Vaya. —Jennifer hizo una mueca—. ¿Debería disculparme?

—¿Por las necedades de mis antepasados? No creo que sea culpa suya, milady. Brendon señaló la diminuta isla que se veía a lo lejos —. Inchgalbraith, «la isla de Galbraith». Procedemos de esa isla, pero ya no significa nada más.

—¿Va allí alguna vez? —preguntó Jennifer, convencida de que Brendon estaba restando importancia a un asunto que en realidad le producía dolor.

Él negó con la cabeza.

—Mi padre sí suele ir. Se sienta allí a soñar con tiempos que quedaron atrás. —Al llegar a la orilla del lago, Brendon se detuvo y se encogió de hombros—. Para lo que le sirve...

Jennifer contempló la isla en la distancia. Intuía que para Brendon representaba mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Entonces, ¿dónde está Inveruglas? —preguntó, retomando el tema inicial.

—En la otra dirección, pero no puede verse desde aquí. —De forma inesperada, Brendon se volvió hacia ella y le hizo una pequeña reverencia—. ¿Le apetece sentarse, milady? Me he tomado la libertad de traer una manta.

Con un gesto teatral, Brendon sacó de la bolsa que llevaba una gran manta de tartán y la extendió en el suelo.

—Vaya, muchas gracias, buen caballero —murmuró Jennifer con una elegante inclinación de cabeza. —Aceptó la mano que él le ofrecía y tomó asiento.

—También he traído limonada y un buen trozo de *tablet* —añadió el escocés con una sonrisa—. Sé que es el favorito de milady.

—Ha acertado usted —replicó Jennifer, devolviéndole la sonrisa. Acto seguido, cogió un trozo del confite, le dio un enorme mordisco impropio de una dama, y dejó escapar un gemido de placer—. No creo que llegue a cansarme nunca —murmuró mientras saboreaba el dulzor.

—Como dijo Malcolm, ya le avisarán los dientes cuando haya comido demasiado —bromeó Brendon. Luego se sentó a su lado y le entregó

un vaso de limonada—. Según Gifford, es la especialidad de la señora Allen.

Jennifer bebió un pequeño sorbo y asintió con aprobación.

Permanecieron unos minutos en silencio. Después, ella volvió la mirada en dirección a Inveruglas.

—¿Cree que les ocurrirá algo? —murmuró.

Brendon tardó unos segundos en responder.

—No lo sé, milady. No me cabe duda de que MacFarlane querrá quedarse con las joyas. Si ha llegado al extremo de utilizar niños para sacar oro de una mina prácticamente agotada, tiene que estar desesperado. Hemos apostado a que será demasiado perezoso para ponerse él mismo a excavar en busca de las joyas. Y, si algo sabemos de Alistair MacFarlane, aparte de que es un canalla, es que no le gusta trabajar. —Suspiró antes de añadir—: Quizá podríamos haber ido a Inveruglas sin que ese bastardo se enterara, pero lo dudo.

—Pero, si acepta que su padre y mi abuelo excaven en la isla, no les permitirá marcharse después, ¿verdad?

—No, *lass* —respondió Brendon.

Jennifer se mordió el labio.

—Gracias por decirme la verdad.

—No llegará a eso. Malcolm y yo estaremos esperando en la orilla. En cuanto sepamos que los guardias se han marchado, entraremos a escondidas en la mina y sacaremos a los niños. Con un poco de suerte, sin derramar sangre. Para cuando MacFarlane despierte, estarán todos sanos y salvos en Caerlaverock.

—¿Cree que habrá represalias? —preguntó Jennifer, esforzándose por que el miedo no se reflejara en su voz.

—No lo sé, pero me cuesta creer que desee enfrentarse al poderoso duque de Blackmore. Todo el mundo cree que la mina está agotada. No imagino que MacFarlane quiera que la gente de la zona descubra lo que ha estado haciendo. Se encerrará en su fortaleza hasta que se calmen las aguas y después buscará otra manera de conseguir dinero. —Brendon hizo una pausa—. Si no lo hace, su clan podría desaparecer para siempre.

Jennifer supo que Brendon estaba pensando en la pérdida de su propio clan. Sin detenerse a pensarlo, extendió la mano y la posó sobre la de él.

Brendon contuvo el aliento al sentir los pequeños dedos de Jennifer sobre los suyos. Sus miradas se encontraron y esta vez fue ella quien dejó escapar un suspiro al reconocer en los ojos de Brendon un deseo crudo, sin disimulo. Pero ella no retiró la mano. Estaban tan cerca que Jennifer casi habría jurado que podía oír los sordos latidos de su corazón. Como si estuviera soñando, Jennifer levantó la otra mano y le acarició la mejilla. Vio el instante exacto en que Brendon se rindió y una oleada de triunfo la recorrió cuando él dejó escapar un gemido sordo, se inclinó hacia delante y atrapó su boca con la suya.

Por instinto, Jennifer deslizó una mano alrededor de su cuello y se apretó contra él, maravillada por la suavidad de sus labios carnosos.

Pero sabía que Brendon todavía se contenía. Aunque sus labios recorrían los de ella y sembraban el caos en sus sentidos, Jennifer percibía el férreo control que él ejercía sobre sí mismo. Él mantenía ambas manos firmemente apoyadas en la manta, una a cada lado de su cuerpo. Pero eso no servía de mucho.

Jennifer levantó la mano que aún descansaba sobre la de él, la pasó también alrededor de su cuello, entrelazó los dedos y lo atrajo hacia sí.

Tal como ella esperaba, bastó para que él perdiera el equilibrio. En un impulso, Brendon le rodeó la espalda con un brazo para

amortiguar la caída y Jennifer acabó tumbada sobre la manta, atrapada bajo el cuerpo imponente de Brendon y envuelta entre sus brazos.

Durante unos largos segundos, Brendon la contempló desde arriba. Después entornó aquellos magníficos ojos.

—Lo ha hecho a propósito.

—Me declaro culpable —susurró ella.

Esta vez sí podía notar con claridad el corazón de Brendon golpeando contra el suyo, aunque él mantenía el torso ligeramente elevado gracias al codo que apoyaba en el suelo y evitaba que sus cuerpos quedaran unidos por completo. Había caído con una pierna sobre las de ella, pero mantenía la rodilla firme entre sus muslos y, con ello, apartaba de Jennifer aquella parte de su cuerpo que ella tanto ansiaba sentir.

Todo en él hablaba de una fuerza contenida. Tenía miedo de hacerle daño.

Jennifer no era una ingenua. Sabía lo que ocurría entre un hombre y una mujer y conocía el placer que podían darse y recibir. Pero jamás había sentido la menor inclinación por experimentarlo en carne propia.

Hasta que conoció a Brendon Galbraith.

De forma deliberada, Jennifer se giró un poco y alzó las caderas para apretarse sin pudor contra él.

Dios Santo, era enorme. Incluso bajo los calzones...

—Tiene que parar..., milady.

La satisfacción se extendió por Jennifer al percibir la ronquera de su voz. Si Brendon esperaba que el uso de su título la hiciera entrar en razón, estaba equivocado. En realidad, Jennifer nunca la había perdido. Sencillamente sabía que deseaba a aquel hombre más que

a ningún otro que ella hubiera conocido jamás y, que Dios la ayudara, quizá nunca volviera a tener la oportunidad de sentirse así.

Brendon no se movió.

Muy despacio, sin apartar los ojos de los suyos, Jennifer retiró las manos de alrededor de su cuello y llevó las yemas de sus propios dedos al escote del vestido. Ella misma había desabrochado más de la mitad de los botones cuando, por fin, Brendon bajó la vista.

Él contuvo el aliento al descubrir la piel clara de Jennifer, apenas cubierta por la finísima ropa interior. Sin vacilar, ella tomó los cordones que mantenían cerrada la delicada camisa y tiró de ellos. Brendon observó, hipnotizado, cómo el lazo cedía y Jennifer deslizaba la tela hasta dejar los pechos expuestos a su ardiente mirada.

Los pezones se le endurecieron sin que pudiera evitarlo y Brendon, con un gemido grave, inclinó la cabeza y tomó uno de ellos entre sus labios.

Jennifer no pudo contener un grito cuando una violenta oleada de placer le estalló entre las piernas. Dejó caer los brazos a sus costados y se aferró a la manta, arrugándola entre sus manos, mientras Brendon trasladaba su atención al otro pico rosado.

Dios Bendito, jamás había imaginado que pudiera sentir algo así.

Con un jadeo, Jennifer separó las piernas y arqueó el torso hacia aquellos labios expertos.

Quería... necesitaba...

Brendon jugueteó con el pezón entre sus dientes y cambió ligeramente de postura. Deslizó una mano por el corpiño de Jennifer hasta la falda, cubrió con la palma el lugar entre sus muslos y empezó a acariciarla sobre el tejido.

Jennifer arqueó la espalda y abrió aún más las piernas. Ya respiraba de manera entrecortada. Necesitaba sentir su piel contra la de él.

Quería que Brendon deslizara la mano por debajo de sus faldas y la tocara allí, entre las piernas. Justo donde ella estaba en llamas.

Pero, en lugar de hacerlo, Brendon... se detuvo.

Jennifer abrió los ojos de golpe y lo miró sin comprender mientras él volvía a cubrirle el pecho con delicadeza. Después inclinó la cabeza y rozó sus labios con los de ella en un beso leve como una pluma.

—No voy a tomarla aquí, de esta manera, donde cualquiera puede vernos —murmuró—. La deseo más que a la vida misma, Jennifer Sinclair, pero no puedo hacer esto.

—Cree que soy una mujer ligera —declaró Jennifer sin emoción, mirándolo a los ojos.

Para su sorpresa, Brendon se echó a reír.

—No, *lass*. Creo que usted es una joya excepcional y que su marido será el hombre más afortunado del mundo. —Inclinó la cabeza y depositó un beso suave y breve sobre sus labios—. Pero los dos sabemos que no seré yo.

Dicho aquello, Brendon se puso en pie y caminó hasta la orilla del lago, donde Flossy y Fergus seguían jugando.

Jennifer se incorporó y empezó a abrocharse los botones mientras luchaba contra las ganas de llorar. Estaba muy bien jugar a ser una mujer desvergonzada, pero acababa de comprender que ella también quería lo que venía después.

Lo que debería venir después. Las caricias, las provocaciones, las risas...

Pero, por encima de todo, quería sentir que pertenecía a alguien. Había confundido el amor con el deseo. No quería limitarse a compartir el lecho de Brendon Galbraith. Apenas hacía unos días que lo conocía, pero, pese a la certeza de él de que jamás sería aceptable para su familia, Jennifer sabía con cada fibra de su ser que quería que Brendon fuera su marido.

CAPÍTULO 15



Cuando por fin divisaron las luces de la fortaleza de los MacFarlane, el reverendo Shackleford estaba convencido de que no quedaba un solo centímetro de su cuerpo que los mosquitos no hubieran degustado como entrante, plato principal o postre. Probablemente, las tres cosas.

Los condenados bichos parecían simples puntos negros hasta que cubrían cada centímetro de piel, tanto por fuera como por dentro de la sotana, y formaban una especie de manta negra adicional. Por fortuna, Dougal le había enseñado a taparse la nariz y la boca para evitar que aquellas bestezuelas empezaran a devorarlo también por dentro.

Cuando comenzaron a arremolinarse a su alrededor, el reverendo intentó espantarlos a manotazos, pero enseguida descubrió que con eso solo conseguía empeorar las cosas. Al final, se metió las manos bajo las axilas, agachó la cabeza hasta acercarla todo lo posible a las rodillas y se resignó a soportarlo.

Al entrar en el patio que se extendía frente a la fortaleza, una figura embozada en una tela de la cabeza a los pies les indicó una amplia zona techada, rodeada de plantas colgantes que desprendían un olor tan penetrante que hacía llorar los ojos. El caballo no necesitó que lo

apremiaran para escapar de aquella masa oscura retorcida e irritante y, unos segundos después, pasaron bajo ella.

Una vez a cubierto, el reverendo se incorporó y comenzó a sacudirse con frenesí los brazos y el torso hasta que la capa de insectos fue desapareciendo poco a poco y dejó al descubierto multitud de diminutas ronchas rojas. Estaba claro que a los mosquitos no les gustaba aquella planta.

—Mirto de turbera —explicó Dougal mientras se sacaba de entre los dientes unos cuantos mosquitos rezagados.

—¿Qué asuntos tienen con MacFarlane?

La voz que sonó a sus espaldas era puro hielo. Al volverse, el reverendo Shackleford sintió la primera punzada de miedo. El hombre que tenían delante era, sin lugar a dudas, un guerrero. Se había quitado la tela que lo protegía y no llevaba más que un *kilt*[1] y un chaleco, con una espada del tamaño del perro lobero de Brendon colgada a la espalda.

Por fortuna, Dougal no pareció especialmente impresionado por aquella temible aparición. Bajó del carro y declaró con jovialidad:

—Callum MacFarlane, hace meses que no lo veo. ¿Se encuentra bien?

El desconocido, que evidentemente se llamaba Callum, entornó los ojos y cruzó los brazos.

—Dougal Galbraith —dijo con frialdad—. ¿Qué quiere?

El anciano escocés avanzó hacia el guerrero de rostro adusto con una cojera muy convincente y una sonrisa zalamera.

—Quisiera hablar con MacFarlane. Tengo que hablarle de un asunto muy interesante.

—¿Qué clase de asunto? —Aquella montaña no se movió ni un centímetro. El reverendo notó que el sudor empezaba a correrle bajo

la sotana, irritándole las picaduras. Se contuvo para no rascarse, consciente de que, si empezaba, sería incapaz de parar. ¿Debería decir algo?

—Ya sabe que no puedo contárselo antes de hablar con el jefe del clan —prosiguió Dougal con afabilidad—. Si lo hago, nos servirá los cojones para desayunar —añadió, riéndose de su propia ocurrencia, pero el reverendo Shackleford vio cómo empezaba a formarse sudor en la frente de Dougal. Estaba claro que todo aquel desparpajo no era más que una fachada.

El guerrero los observó durante unos segundos más y luego dio media vuelta.

—Esperen aquí —ordenó antes de echarse la tela protectora sobre los hombros y salir a grandes zancadas hacia el crepúsculo.

—No hable hasta que yo se lo diga —le dijo Dougal al reverendo en un susurro en cuanto su comité de bienvenida, compuesto por un solo hombre, estuvo fuera del alcance de sus oídos.

—Pues usted no parecía tener mucha fe en nada de lo que salía de su boca —le espetó con furia el señor Shackleford, mucho más acostumbrado a dar órdenes que a recibirlas.

—Cierre el pico —gruñó Dougal—. Está haciendo el idiota. MacFarlane no siente ningún aprecio por los santurrones *sassenach*, y usted lo sabe. A mí no me hará daño sin un buen motivo, pero de usted no puedo decir lo mismo.

Augustus Shackleford sofocó una repentina oleada de pánico, pero antes de que pudiera protestar llegaron voces desde el otro lado del patio. Unos segundos después, cuatro *highlanders*[2] de anchos hombros les cerraban la salida del cobertizo. El vicario tragó saliva y retrocedió por instinto.

—Vaya, cuánto me alegro de verlo, milord.

Por más que lo intentaba, el reverendo Shackleford era incapaz de saber a cuál de los cuatro se había dirigido Dougal. A sus ojos, todos eran exactamente iguales.

—Guarde sus halagos para quien los necesite. ¿Cómo está su hijo?

—Muy apenado, milord —respondió Dougal en tono compungido—. Fue esta pierna mía la que lo obligó a dejar de trabajar para usted. Como ve, todavía me da problemas. —Para dar mayor énfasis a sus palabras, avanzó unos pasos cojeando.

Alistair MacFarlane era posiblemente el hombre más corpulento que el reverendo había visto en su vida. A diferencia de los demás, no se había protegido de los mosquitos al cruzar el patio y tenía ambos brazos cubiertos de una capa de insectos. Ni siquiera parecía notarlos. MacFarlane se acercó y miró dentro del carro. Al hacerlo, el reverendo notó que el hombre despedía el olor dulzón y pasado de la carne recién sacrificada y tuvo que contener unas repentinas ganas de vomitar.

—¿A quién van a enterrar? —preguntó MacFarlane, señalando con la cabeza las herramientas que había en el fondo del carro.

—No vamos a cavar ninguna tumba, milord. Precisamente de eso quería hablarle. —Dougal esbozó una sonrisa desdentada, que el jefe del clan ignoró—. Mi acompañante y yo seguimos la pista de un tesoro oculto bajo tierra...

Hablaron poco durante el camino de regreso a la casa. A Jennifer no se le escapó que Brendon procuraba mantener una buena distancia entre ambos. Quizá temía que ella volviera a abalanzarse sobre él si se acercaba lo suficiente. A decir verdad, Jennifer no tenía intención de forzar las cosas, pues intuía que con ello solo conseguiría alejarlo todavía más.

Bajo toda aquella incertidumbre, dentro de Jennifer bullía una alegría serena y profunda. Pese al poco tiempo que hacía que se conocían, Jennifer tenía la firme e inquebrantable convicción de que

Brendon Galbraith era el hombre destinado para ella. Y aunque él no lo hubiera reconocido aún, estaba convencida de que sentía lo mismo. Sin embargo, Brendon era incapaz de imaginar siquiera la más remota posibilidad de un final feliz para ninguno de los dos, y Jennifer casi podía sentir cómo se alejaba de ella paso a paso, terco como una mula.

No le quedaba más remedio que tener paciencia hasta que terminara aquel espantoso asunto con Alistair MacFarlane. En cuanto los niños estuvieran a salvo, Jennifer escribiría a su padre.

Al llegar a la casa, Brendon se volvió hacia ella e hizo una reverencia.

—No volveré a verla hasta esta noche —dijo con cautela—. Por favor, no se preocupe por su abuelo. Le juro que se lo traeré sano y salvo.

Jennifer lo contempló en silencio durante unos segundos.

—Sé que lo hará —respondió por fin en voz baja—. Pero tenga cuidado usted también... —Hizo una pausa y después susurró—: No podría soportar que le ocurriera algo.

Tuvo que luchar de repente contra las ganas de llorar, así que se agachó, recogió a Flossy y casi echó a correr hacia la puerta principal.

Aquella noche, cuando estuvo segura de que Gifford había regresado, Jennifer informó al ama de llaves de que su abuelo no se encontraba bien y no bajaría a cenar.

—Creo que el pobre ha comido algo que le ha sentado mal —añadió Jennifer—. Sin embargo, sería conveniente advertir a los criados de que no se acerquen a sus aposentos..., por si acaso. Yo me ocuparé de que tenga agua a mano y mañana le llevaré algo de desayuno.

La señora Darroch asintió, aunque no consiguió ocultar del todo su alarma, y Jennifer tuvo que contener una sonrisa cuando el ama de llaves dio un disimulado paso atrás.

Malcolm y Felicity también optaron por cenar en su habitación, preparando así el terreno para que la enfermedad ficticia pudiera «extenderse por toda la casa», de modo que Peter y Jennifer fueron los únicos que se sentaron a la mesa.

Al principio apenas hablaron, hasta que Peter dejó de pronto los cubiertos y le preguntó si echaba de menos Inglaterra y su hogar.

Jennifer lo miró sorprendida, sin saber qué había provocado la pregunta. Quizá a Peter le preocupara simplemente la responsabilidad que había recaído sobre sus hombros de forma tan inesperada.

—Me encanta estar aquí —respondió ella con sencillez—. Es muy diferente de Blackmore. El paisaje es agreste y tiene algo evocador, ¿no te parece?

—Desde luego, es hermoso —respondió Peter—, pero no estoy seguro de estar tan embelesado como tú. —Reflexionó un instante antes de continuar—. ¿Estás segura de que tu fascinación por este lugar no tiene algo que ver con la presencia de cierto administrador recién contratado?

Para mortificación de Jennifer, el rostro se le encendió.

—¿De qué demonios estás hablando? —consiguió farfullar por fin.

—Vamos, hermana. Los dos sabemos que mientes fatal. ¿Sientes algo por Galbraith?

Jennifer sabía que le debía la verdad a su hermano, aunque no necesariamente toda la verdad, así que escogió bien las palabras.

—Debo confesar que siento cierta afinidad con él —admitió con cautela.

El resoplido de Peter dejó claro que la explicación no lo había convencido en absoluto.

—¿Y él siente lo mismo por ti? Ya sabes que a padre le costará aceptarlo como tu pretendiente. Sobre todo, porque Caerlaverock está muy lejos de Blackmore. —Negó con la cabeza—. Y no tengo ni idea de qué dirá madre.

Jennifer se desinfló.

—Él no me ha dicho si siente algo por mí —confesó—, pero su comportamiento indica que sí. —Cogió la copa de vino para ganar tiempo mientras decidía qué decir a continuación—. Creo que piensa que no es digno de mí.

Peter volvió a resoplar.

—¿Sabe que nuestra madre es la hija de un vicario?

—La verdad es que el tema no ha salido a colación —respondió Jennifer con sequedad—. Y puede que nuestra madre sea de origen humilde, pero creo que papá esperaba que yo hiciera un buen matrimonio.

—Un buen matrimonio es aquel que te hace feliz —replicó Peter—. He dicho que creo que a nuestro padre le costará aceptarlo, no que vaya a prohibírtelo. —Hizo otra pausa—: Después de todo, estamos en Escocia y, hablando con propiedad, ni siquiera necesitas su consentimiento.

Jennifer se quedó mirando a su hermano sin decir palabra, con la cabeza hecha un torbellino.

—Quizá no debería haberte dicho eso —añadió Peter con pesar al ver que ella no respondía.

—No querría actuar en contra de los deseos de nuestros padres —dijo Jennifer al fin—. Les rompería el corazón a los dos. —Suspiró y bebió un sorbo de vino—. De todas formas, estamos muy lejos de llegar a ese punto. Por ahora, creo que Brendon está decidido a mantenerse alejado de mí por mi propio bien.

El tono irónico con que pronunció las últimas palabras hizo sonreír a Peter.

—Le deseo suerte. Está claro que todavía no te conoce lo suficiente para saber que resistirse es inútil. —Su expresión se tornó seria—. Pero cuando termine este desagradable asunto, tengo el deber de escribirle a nuestro padre y contarle la situación. No esperes que guarde tu secreto, querida. Estás bajo mi protección y no sería honorable por mi parte hacerlo.

—Sin embargo, no tienes ningún reparo en informarme de que puedo casarme en Escocia sin su consentimiento —replicó ella.

—No quisiera verte desdichada, Jenny —respondió Peter en voz baja.

—Lo sé. —Jennifer puso la mano sobre la de su hermano—. No haré nada sin hablar antes con mamá y papá. Y creo que incluso en Escocia hace falta el consentimiento del novio para casarse.

Entrar en la fortaleza de los MacFarlane era como retroceder cien años en el tiempo. No contaba con ninguna de las comodidades de Caerlaverock y, aunque estaban a mediados de junio, en el gran salón hacía frío y se colaban corrientes de aire.

—Suéltelo de una vez.

Alistair MacFarlane no perdió el tiempo en exigir más explicaciones. Aunque les había permitido entrar, no les ofrecieron ningún refrigerio y ambos permanecían de pie ante el jefe del clan como si fueran culpables de algún crimen atroz.

Dougal lanzó una rápida mirada al reverendo antes de decir:

—Mi buen amigo ha recibido una carta...

—¿Qué carta? —lo interrumpió MacFarlane.

—Soy descendiente de un hombre llamado Edward Colman —intervino el reverendo Shackleford antes de que Dougal pudiera añadir nada más. A ese paso, seguirían allí hasta las malditas Navidades—. Fue ejecutado por traición en 1678, pero antes de morir envió una carta a sus parientes de Suffolk, en Inglaterra...

—Usted es un *sassenach* —declaró MacFarlane con sequedad—. Y, para colmo, un *sassenach* santurrón. Tiene mucho valor presentándose en mi casa con sus malditas mentiras y artimañas inglesas.

—No, dice la verdad, milord —dijo Dougal con desesperación mientras alzaba una mano en gesto conciliador.

A esas alturas, tanto él como el reverendo estaban sudando.

Durante unos segundos reinó el silencio mientras el jefe del clan los escudriñaba con gesto hosco.

—¡Cerveza! —ordenó al fin.

Por el rabillo del ojo, el reverendo vio a una mujer que se apresuró a obedecer. Cuando esta le entregó una jarra, MacFarlane bebió un gran trago, se limpió la boca con el brazo y después hizo un único gesto con la cabeza hacia el reverendo para indicarle que continuara.

—Por lo que se sabe, Edward Colman era un hombre rico y, cuando se trasladó a Edimburgo, cambió todo su dinero por joyas y objetos de valor. Antes de que lo arrestaran, vino a Loch Lomond, y sabemos que trajo consigo todo su tesoro...

—¿Cómo lo sabe?

—Por la carta. —El reverendo Shackleford rebuscó bajo la sotana en busca de la carta que tanto trabajo les había costado confeccionar. Durante un terrible momento creyó haberla perdido y supo, por la expresión aterrada de Dougal, que su rostro reflejaba exactamente el mismo miedo. Por fortuna, después de lo que pareció un minuto

entero, sus dedos rozaron el borde del papel. Sacó la misiva del bolsillo con gesto triunfal y se la tendió a MacFarlane.

Este contempló la carta durante unos segundos. Luego hizo un gesto de desdén y se la devolvió al reverendo, indicándole que la leyera en voz alta. Estaba claro que el jefe del clan no sabía leer.

Con las manos temblorosas, el reverendo Shackleford abrió la carta y leyó su contenido al completo. Tenía el estómago revuelto y se esforzó por impedir que le temblara la voz. Lo que les había parecido tan convincente cuando la escribieron ahora sonaba a una sarta de patrañas.

Según la carta, Colman afirmaba que un hombre de la zona lo había llevado en un bote hasta una pequeña isla llamada Inveruglas. Colman llevaba consigo una gran bolsa de cuero que contenía toda su fortuna. Una vez en la isla, pidió al barquero que regresara a recogerlo antes de la puesta de sol. Durante el tiempo que permaneció solo, Edward Colman aseguraba haber enterrado en la isla todo su tesoro, valiéndose únicamente de sus propias manos, y que regresó después a la orilla del lago con la bolsa vacía.

—¿Decía en qué lugar de la isla lo enterró? —preguntó MacFarlane, inclinándose hacia delante en su silla.

—Sí, pero hay una mancha de... algo... que impide leer las palabras —respondió el reverendo Shackleford mientras le tendía la carta para que pudiera verla.

—¿Y qué me impide quedarme con la carta y atravesarle el vientre con una espada?

El reverendo tragó saliva.

—He estudiado a Edward Colman a fondo —respondió—. He llegado a conocer su forma de pensar. No creo que encuentre el tesoro sin mi ayuda.

—Entonces, ¿por qué ha venido a verme? ¿Por qué no va a la isla y lo desentierra usted mismo?

—No queríamos ofenderlo, milord —intervino Dougal—. Inveruglas pertenece a los MacFarlane. No podemos excavar sin su permiso.

—Naturalmente, compartiremos el tesoro con usted —añadió Augustus Shackleford, satisfecho al comprobar que su voz había dejado de temblar.

—Sí. Desde luego que lo harán.

Nadie mencionó cómo se repartirían las inexistentes joyas y el reverendo comprendió que Dougal tenía razón. Alistair MacFarlane no tenía la menor intención de permitir que salieran vivos de Inveruglas.

---

1 Prenda masculina tradicional escocesa de tartán, plisada y ceñida a la cintura. (N. de la T.)

2 Habitantes de las Highlands, las Tierras Altas de Escocia. (*N. de la T.*)

CAPÍTULO 16



Aunque Brendon hizo todo lo posible por apartar de su mente lo ocurrido con Jennifer Sinclair, hasta el último detalle había quedado grabado a fuego en su memoria. La suavidad de su cuerpo, sus curvas, la forma en que ella había respondido a sus caricias, a su boca. Apretó los dientes. Solo de pensarlo, se le endurecía el miembro hasta dolerle. Había tenido que reunir toda la fuerza de voluntad que poseía para detenerse. Había estado a punto de levantarle las faldas y hacerla suya por completo.

Pero ¿y después qué? El duque de Blackmore jamás aceptaría como marido de su única hija a un escocés sin un penique y que ni siquiera tenía un clan. Era para reírse.

Excepto que no tenía ninguna gracia.

Brendon se sentó al borde del camino, dobló las rodillas y apoyó los brazos sobre ellas. Había sido un necio de remate al dejarse hechizar por Jennifer Sinclair, pero desde el primer instante en que la vio supo que era distinta. Todo en ella lo fascinaba: su descaro, su sentido del humor, su compasión, el cabello del color de las castañas en otoño y aquellos ojos cálidos y almendrados.

No había tardado en comprender que a Jennifer Sinclair le importaba muy poco lo que los demás pensaran de ella, a diferencia de las

escasas damas con las que él había tratado, que se daban tantas ínfulas. Brendon dejó caer la cabeza sobre los brazos con un suspiro. La verdad era que le daría la luna si se la pidiera. La sola idea de verla con otro hombre lo partía en dos.

Volvió a evocar su hermoso rostro iluminado por la risa, decidido a no olvidar ni uno solo de sus rasgos. Ella se marcharía en menos de un mes.

Y, si Dios quería, no volvería a verla jamás.

Felicity y Jennifer ya se habían retirado a descansar. Malcolm se había despedido de su esposa durante la cena y ahora se disponía a marcharse para ir al encuentro de Brendon. Peter lo acompañó hasta la puerta por la que antes había salido Dougal y, justo antes de que cruzara el umbral, le estrechó la mano.

—No te expongas más de lo necesario, viejo amigo. Como te ocurra algo, mi padre no me lo perdonará jamás.

—No te preocupes, muchacho —respondió Malcolm con voz áspera —. No estaré fuera más de dos días. Y cuando Brendon y yo regresemos, traeremos a los niños con nosotros.

—Si no estás de vuelta pasado mañana, iré a buscarte yo mismo, aunque sea un Sinclair —prometió Peter con una nota de emoción.

Malcolm se limitó a asentir y desapareció en la oscuridad. Peter aguardó unos instantes para asegurarse de que nadie hubiera oído la conversación y luego, con un suspiro, subió a acostarse.

Malcolm bordeó los jardines mientras descendía hacia la verja del muro. Brendon lo estaría esperando en el sendero que bajaba hacia Loch Lomond. Pese a la gravedad de la situación, el escocés se encontraba de buen ánimo. Hacía tiempo que no se veía metido en un asunto tan peliagudo y, a decir verdad, lo había echado de menos, al contrario que Felicity; de eso estaba muy seguro. Tras cruzar la verja, miró un instante hacia la casa, pero no distinguió

movimiento alguno. No podía tener la certeza absoluta, pero todo indicaba que su marcha había pasado inadvertida.

Al llegar al sendero, se ajustó la bolsa a la espalda y avanzó a grandes zancadas hasta donde Brendon y Fergus ya lo esperaban.

—Os quedaréis aquí hasta que MacFarlane decida qué hacer con vosotros.

El reverendo contempló con desasosiego la fría y austera habitación a la que los habían conducido. Una cama, un viejo baúl y una silla colocada frente a este eran los únicos muebles. Sobre el baúl descansaba una botella de whisky. El guardia arrojó al suelo las dos bolsas.

—Y no toquéis eso —añadió, señalando la botella sobre el baúl—. Ahí están los restos de la madre de milord.

Los tres se quedaron mirándola en silencio.

—No parece que quedara gran cosa de ella —comentó el reverendo, quizá con poca prudencia.

El guardia lo fulminó con la mirada.

—Era una mujer menuda —replicó—. Una santa bendita. MacFarlane habla con ella cuando algo le preocupa. —El guardia movió la cabeza hacia la silla y entonces el reverendo y Dougal comprendieron por qué estaba frente al arcón—. Nos veremos por la mañana.

El hombre cerró con un portazo al marcharse y, acto seguido, se oyó el inquietante sonido de una llave girando en la cerradura.

—¿Serán de verdad las cenizas de la madre de MacFarlane? —Dougal examinó la botella—. A mí me vendría bien un traguito.

—Pues dele una sacudida y compruébelo —le espetó el señor Shackleford. Luego, recogió su bolsa del suelo y respiró aliviado al comprobar que el pan y el queso seguían dentro. Dio las gracias en

silencio al Todopoderoso, sacó el hatillo de tela, arrancó un buen pedazo de pan y se puso a masticarlo con aire abatido.

Dougal resopló, dejó la botella en paz y cogió su propia bolsa.

—¿Cree que se han tragado nuestra historia? —preguntó el reverendo Shackleford.

—Sí. De lo contrario, a estas alturas estaríamos criando cardos. —Dougal mordisqueó un trozo de queso—. Me pregunto por qué no enterraron a la madre.

—Ya ha oído al guardia. A MacFarlane le gusta hablar con ella.

—Sí, pero una tumba es el sitio adecuado para charlar con los parientes.

—Solo con los muertos, espero.

—Quizá la buena mujer tuviera sangre vikinga.

El reverendo no respondió. Se acercó a la estrecha ventana, encajada en un profundo vano del muro. Tras vacilar un instante, se encaramó al hueco y avanzó de rodillas hasta conseguir asomarse. No había cristales, y se estremeció ante la oscuridad que lo envolvía todo. Más allá del patio que se extendía bajo la ventana no se veía nada.

—Sabe que estamos a dos pisos de altura, ¿verdad?

—Lo sé perfectamente, gracias —dijo el reverendo, sin poder volverse—. Por eso intento bajarme.

—¿Acaso tiene afición por salir y entrar por las ventanas?

—Dudo mucho que tenga tanta práctica como usted, puesto que está claro que no se lo piensa dos veces antes de entrar en una propiedad sin ser invitado.

—Pero yo entré por una puerta, no por una ventana.

—¿Y eso lo hace aceptable? —El reverendo empezaba a sudar. No había calculado bien lo estrecho que era el hueco ni la altura de la caída—. ¿Por qué no deja de parlotear y me echa una mano?

—A lo mejor lo dejo ahí —respondió Dougal con una risita—. Así tapa la corriente de aire.

El reverendo apretó los dientes. Si aquel cabeza de chorlito creía que él iba a rebajarse a suplicarle... Miró hacia abajo y dejó escapar un pequeño gemido. Solo había querido comprobar si tendrían alguna posibilidad de escapar en caso de necesidad y, si no, ver si podía localizar a Malcolm o a Brendon.

—MacFarlane no piensa dejarnos marchar —declaró Dougal—. Por eso nos ha encerrado aquí arriba. Aunque, si le viera ahora agazapado ahí arriba como un murciélago gigante, quizá le entraran ganas de empujarle él mismo.

—¿Siempre ha sido tan charlatán?

—Sí. Los irlandeses no son los únicos que tienen labia.

Un «hum» casi inaudible fue todo lo que el reverendo consiguió emitir mientras intenta retroceder de nuevo sobre el vano de la ventana. Por desgracia, tenía los brazos aprisionados contra el hueco del muro. Al final se rindió y murmuró entre dientes:

—Le quedaría sumamente agradecido si me ayudara a salir de este maldito cubículo.

Dougal suspiró, se acercó y contempló la espalda del reverendo.

—Se ha quedado bien atascado —murmuró, y añadió «idiota» por lo bajo. A continuación, se encaramó detrás del vicario y consiguió deslizar las manos a ambos lados de sus muslos.

—Cuidado con mis partes nobles —gruñó el señor Shackleford.

—¿Cómo puede estar pensando en sus partes nobles en un momento como este?

—Me gustaría conservarlas intactas, si no le importa —le espetó el reverendo.

De pronto, el vicario recordó todas las demás ocasiones en que sus atributos habían corrido peligro. En verdad, era un milagro que no hubiera terminado convertido en un condenado eunuco. Los riesgos que corría por hacer la obra del Todopoderoso...

Augustus contuvo el aliento cuando las manos de Dougal treparon hasta sus caderas.

—¿Puede encoger la panza para que pueda sujetarlo más arriba? —murmuró por encima del hombro de Augustus—. Si no, tendré que agarrarme a sus malditas pelotas. No sabía que era tan gordo.

Menudo descaro...

El reverendo Shackleford apretó los dientes, metió barriga y notó que el escocés entrelazaba los dedos, por fortuna, por encima de sus amenazados atributos.

Dougal se irguió un poco, alzó una rodilla y la apoyó contra la espalda del vicario.

—Bien. Voy a contar hasta tres y entonces tiro.

El reverendo Shackleford resistió la tentación de preguntarle si sabía contar hasta tres. No quería darle motivos para empujar en lugar de tirar, así que se limitó a asentir.

—Uno, dos... y ¡tres!

Durante un par de segundos no ocurrió nada. De pronto, el reverendo salió disparado del hueco como el corcho de una botella y arrastró consigo a Dougal. Los dos resbalaron por el suelo de piedra y fueron a estrellarse de espaldas contra el gran arcón. Al alzar la vista, vieron horrorizados cómo la botella de whisky se tambaleaba peligrosamente sobre el borde, antes de caer y estamparse en la cabeza del reverendo. La botella se partió en dos y desparramó

sobre los dos hombres los restos de la santa y bendita madre del jefe del clan MacFarlane.

Ya era bien entrada la noche cuando Brendon y Malcolm se situaron a corta distancia de la fortaleza de MacFarlane.

—¿Cree que su padre habrá conseguido convencerlos? —preguntó Malcolm mientras ambos esperaban agazapados entre los helechos.

—*Aye*. MacFarlane estará más que dispuesto a creerlos —respondió Brendon—. Y seguramente no perderá el tiempo. Con un poco de suerte, antes de que amanezca sacará de la fortaleza al reverendo y a mi padre y los pondrá a cavar.

En efecto, apenas empezaba a clarear cuando divisaron un repentino revuelo en el portón de entrada. Unos minutos después aparecieron el señor Shackleford y Dougal, conduciendo el mismo carro en el que habían llegado. Detrás de ellos marchaba media docena de guerreros MacFarlane.

Brendon y Malcolm contemplaron la comitiva con alivio. Estaba claro que el jefe del clan se había tragado la historia.

Se pusieron en pie y los siguieron, procurando mantenerse ocultos.

A los pocos minutos divisaron Inveruglas a lo lejos, envuelta en la bruma del amanecer. Escondidos tras un gran macizo de brezo, observaron cómo el reverendo y Dougal descargaban el carro frente al lago mientras sus guardianes holgazaneaban entre risas y bromas. Brendon apretó los labios. Aquellos hombres sabían lo de los niños de la mina. Los muy bastardos merecían que su clan desapareciera. No tenían honor.

No tardaron ni media hora en cargar la barca de MacFarlane, amarrada a la orilla. Era más grande que la que Brendon había escondido en la isla, e hicieron falta dos hombres para llevarla a remo hasta Inveruglas, con Dougal y el reverendo a bordo. Al arribar a la isla, los dos guerreros los ayudaron a descargarlo todo en la

estrecha orilla y empujaron la barca hasta el agua con rapidez, ansiosos por emprender el camino de regreso. Una vez en la ribera opuesta, los dos guerreros se marcharon junto con el resto, llevándose el carro con ellos, y solo uno quedó allí apostado como vigía.

—¿Cree que MacFarlane le dará por hablar con su madre antes de que nos larguemos? —especuló Dougal mientras cargaba con la pala grande hacia las ruinas de la torre que dominaba la isla.

—¿Y qué importa eso? —murmuró el reverendo—. Ese canalla no piensa dejarnos salir de aquí de todos modos.

—Claro que importa —replicó Dougal con aire sombrío—. Podría suponer la diferencia entre ahogarnos y que nos hiervan vivos.

—Entonces será mejor que nos marchemos antes de que tenga que decidirlo —declaró el reverendo Shackleford, dejando caer la manta que llevaba—. Propongo que empecemos a cavar en la parte donde el zoquete que nos vigila no pueda vernos.

—Sí, perfecto. Detrás de la torre se ve mejor la mina y ese memo no podrá saber qué tramamos.

—Malcolm y Brendon ya deberían estar en posición —añadió el reverendo—, así que, con un poco de suerte, estaremos de vuelta en casa y a salvo antes de que MacFarlane descubra que su madre se ha tomado el último trago de whisky.

Los dos hombres se sentaron con la espalda apoyada contra las ruinas de la fortaleza, fuera del campo de visión del único guardia encargado de vigilar la orilla.

El reverendo sacó los anteojos. Desde allí distinguía la entrada de la mina y, un poco más atrás, una casucha destartalada que parecía haber servido de oficina en otro tiempo. No se veía ninguna actividad salvo junto a la entrada y dentro de aquel edificio casi deshecho. Se volvió hacia Dougal.

—Cuento cuatro guardias. Tres están en esa casita y otro está sentado cerca de la entrada de la mina. Eche un vistazo, a ver si localiza alguno más.

Dougal tomó los anteojos y miró a través de ellos.

—Ahí viene otro —señaló—. Lleva un saco grande. Más piedras que han sacado esos pobres niños, supongo.

Permanecieron un rato en silencio y se fueron turnando con los anteojos, pero no divisaron ningún guardia más. Al cabo de un tiempo, el reverendo miró las dos palas que yacían en el suelo y suspiró.

—Supongo que deberíamos cavar un poco, por si al canalla le da por venir a comprobar qué hacemos.

—Sí. Será mejor que se ponga a cavar ya.

—¿Cómo que me ponga a cavar? —farfulló el reverendo Shackleford —. ¿Qué demonios piensa hacer usted?

Dougal suspiró y señaló su pierna vendada.

—Ya sabe que no puedo hacer nada por culpa de mi lesión, así que había pensado echarme una siestecita.

CAPÍTULO 17



A la mañana siguiente, cuando Jenet llegó, Jennifer ya se había levantado y estaba sentada junto a la ventana, con Flossy acurrucada en el regazo.

—Va a coger una pulmonía si sigue ahí sin vestirse —la reprendió la doncella mientras dejaba la bandeja y se apresuraba a echarle una bata por encima.

—No podía dormir —se justificó Jennifer con una sonrisa.

—Bueno, eso no puede ser. —Jenet chasqueó la lengua y le tendió una taza de chocolate caliente—. ¿La despertó el alboroto, milady?

Jennifer frunció el ceño.

—¿Qué alboroto?

La doncella estaba ocupada avivando el fuego. Al oír la pregunta de su señora, se volvió y quitó importancia al asunto con un gesto de la mano.

—Bah, no es nada de lo que tenga que preocuparse, milady. El nuevo lacayo es un muchacho bastante hosco y ya sabía yo que no iba a durar mucho.

Jennifer se levantó del asiento junto a la ventana, para gran disgusto de Flossy.

—¿Qué ha hecho?

Jenet, siempre dispuesta a compartir un buen chisme, se puso en pie.

—Bueno, Murray, así se llama el lacayo, milady, le dijo a MacNee, el mayordomo, que no era más que «una vieja». —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. MacNee tiene un genio terrible, milady, y nunca lo había visto tan enfadado. Estaban en el patio, justo debajo de su ventana, y gritaban tan fuerte como para despertar a los muertos. Así que no me sorprendería que ese escándalo la hubiera despertado. —La muchacha sacudió la cabeza y volvió a ocuparse del fuego.

A Jennifer se le encogió el estómago.

—¿Dónde está Murray ahora?

—Se ha ido, milady. No hace ni media hora. Y que no vuelva, digo yo.

Jennifer dejó la taza sobre la bandeja.

—Quiero vestirme ya —dijo, procurando que su ansiedad no se reflejara en su voz.

—Pero todavía es muy temprano, milady.

Jennifer contuvo la impaciencia que le provocaba la falta de perspicacia de Jenet.

—Creo que Flossy quiere salir a pasear —declaró con firmeza, señalando a la perrita, que no había perdido el tiempo en volver a meterse bajo las mantas de la cama.

Jenet abrió la boca para señalar que, en realidad, el animal estaba roncando, pero bastó una mirada al gesto decidido de su señora para que volviera a cerrarla. En su lugar, asintió y se puso en pie.

Veinte minutos después, Jennifer salió en busca de su hermano. La inquietud de antes había dado paso a un profundo desasosiego. Se mordió el labio y bajó a toda prisa a la sala de desayunos, donde, por desgracia, le dijeron que Peter ya se había levantado y había salido a primera hora a dar un paseo a caballo.

Jennifer tuvo que reprimir las ganas de gritar. ¿Sabía Peter del altercado entre el lacayo y el mayordomo? Estaba claro que Murray iba de camino a reunirse con MacFarlane. Si conseguía hablar con el jefe del clan, todo el plan que estaba en marcha podía venirse abajo. ¿Qué demonios había sido de la promesa de Gifford de mantener ocupados a los dos intrusos?

Jennifer dejó encargado que la avisaran de inmediato en cuanto volviera su hermano y salió al jardín con Flossy. No podía dejar de darle vueltas a lo ocurrido. Quizá el lacayo había provocado la discusión de forma deliberada como excusa para poder marcharse. Jennifer negó con la cabeza. No tenía sentido. Le habría resultado mucho más sencillo escabullirse sin decirle nada a nadie. Por tanto, si la pelea no había sido premeditada, quizá Murray, si es que ese era realmente su nombre, había creído que no le quedaba otra opción. ¿Cuánto tardaría en llegar a pie hasta la residencia de su clan?

Jennifer esperó a que Flossy hiciera sus necesidades y regresó a toda prisa a la casa, solo para enterarse de que el vizconde aún no había vuelto. Al preguntar por Gifford, supo que el administrador había ido esa mañana a Banalan a recoger provisiones. Cuando el ama de llaves quiso saber si Su Señoría deseaba hablar con el señor Mackenzie, Jennifer tuvo que luchar contra el impulso de soltar una carcajada histérica.

—Por desgracia, el señor Mackenzie padece la misma indisposición que aqueja a mi abuelo —explicó.

La expresión alarmada de la señora Darroch hizo que Jennifer alzara una mano para tranquilizarla.

—Estoy segura de que no es nada preocupante —dijo—, pero la señora Mackenzie se ocupará de que ambos permanezcan en sus habitaciones por precaución, y ellos harán sonar la campanilla si necesitan algo.

El ama de llaves parecía dispuesta a formular otra pregunta, pero Jennifer se le adelantó y pidió que le trajeran té.

Para su alivio, la señora Darroch hizo una rápida reverencia y se marchó sin preguntar nada más.

—*Oh, qué enmarañada red tejemos* —murmuró para sí, citando a sir Walter Scott.

Jennifer se quedó mirando por la ventana como si pudiera hacer aparecer a su hermano de la nada a fuerza de observar. A decir verdad, Peter podía tardar horas en volver. Conocía a su hermano de sobra. Eso era exactamente lo que hacía siempre que se enfrentaba a una situación que escapaba a su control. A Peter le sentaba tan mal como a su padre verse obligado a esperar mientras los demás actuaban.

Jennifer supuso que Peter habría contado con que el anciano administrador permaneciera en la casa durante su ausencia y Gifford, con que el vizconde no saldría. Hizo una mueca. Hombres... ¿Es que alguna vez hablaban entre ellos?

Cuando transcurrió una hora sin que hubiera regresado ninguno de los dos, Jennifer tomó una decisión. No podía quedarse de brazos cruzados esperando que Peter o Gifford aparecieran para solucionarlo todo. Ella misma tendría que pasar a la acción.

Se sentó, escribió una breve nota para su hermano y tocó la campanilla para pedir que le prepararan un caballo. Por último, con la frustración de aquella mañana todavía muy presente, llamó a Flossy y fue a buscar a Felicity.

Como Brendon y Malcolm llevaban despiertos desde medianoche, se turnaron para descansar. Esperar era siempre la parte más difícil de cualquier empresa y, a menos que el reverendo y Dougal se tropezaran con algún problema, no había nada que Malcolm y él pudieran hacer hasta que los guardias abandonaran por fin la mina al terminar la jornada. A Fergus, en cambio, no parecía molestarle la inactividad, y se pasó buena parte de la mañana dormitando plácidamente bajo la pálida luz del sol.

A mediodía picotearon unas tiras de carne seca y repasaron la estrategia que iban a seguir.

—Tenemos que contar con que quede al menos un guardia cuando se marchen los demás —planteó Brendon—. Finn dijo que oyó roncar a ese hombre, así que seguramente tendrá algún camastro en una de las viejas casuchas cercanas a la entrada de la mina. No querrá estar fuera cuando salgan los mosquitos.

—También tendremos que esperar a que esas malditas bestezuelas se hayan ido por la noche —replicó Malcolm—. No conseguiremos que los niños caminen si los cubren de picaduras. —Desenrolló el mapa, lo extendió entre ambos y señaló una abertura en el bosquecillo que ocultaba la mina de miradas indiscretas—. Si entramos por aquí y nos mantenemos junto a la orilla, será difícil que nos vean, aunque haya otro guardia.

Brendon asintió.

—Aunque dudo que MacFarlane se moleste en dejar a más de uno. Creerá que los niños están bastante seguros bajo llave, y creemos que ni siquiera sabe que falta uno.

—Pero el guardia del que habló Finn sí lo sabe, ¿no?

—Sí, y apostaría a que no se lo ha contado al jefe. MacFarlane usa la espada antes que la lengua.

Esta vez fue Malcolm quien asintió.

—Entonces confiemos en que haya uno solo, pero estaremos atentos por si hay más.

—¿Qué hacemos con los guardias cuando tengamos en nuestro poder la llave de la mina? ¿Acabamos con ellos? —preguntó Brendon como si tal cosa.

—¿Eso provocaría represalias? —Quiso saber Malcolm.

Brendon se encogió de hombros.

—Quién sabe qué hará MacFarlane. Pero creo que no podemos preocuparnos por eso. Haremos lo que sea necesario. Mejor que mueran ellos que nosotros.

—Sí —convino Malcolm—. Y si el idiota que vigila Inveruglas es tan necio como para seguir allí al ponerse el sol, nos ocuparemos primero de él. —Hizo una breve pausa—. Cuando hayamos liberado a los niños, tendremos que llevarlos de vuelta a Caerlaverock lo antes posible.

—Nos habría venido bien el carro de mi padre. —Brendon negó con la cabeza y suspiró—. Los pobres críos no van a tener fuerzas para hacer todo el camino a pie. Confieso que esperaba que esos guardias holgazanes dejaran allí el carro para trasportar el tesoro... —Calló un instante y soltó una risita—. La verdad es que MacFarlane es un maldito idiota.

—Sí —admitió Malcolm—, pero un idiota peligroso. —Negó con la cabeza—. Tiene razón. Esos pequeños tendrán que caminar demasiado hasta Caerlaverock. Tendremos que mantenernos alejados de la orilla.

—Si todo sale según lo previsto, hasta mañana no descubrirán que no están los niños —reflexionó Brendon—. En cuanto el reverendo y mi padre nos den la señal, saldrán de Inveruglas en el bote que escondí para ellos. —Se quedó pensativo unos segundos—. ¿Qué le parece si nos hacemos con la barca de MacFarlane y repartimos a

los niños entre las dos embarcaciones? Podríamos volver remando a Caerlaverock sin que nadie se enterara.

Malcolm sonrió poco a poco y asintió.

—Estaríamos a salvo mucho antes de que MacFarlane descubra que los niños han desaparecido. —Miró al lobero irlandés, acurrucado en la hierba, y la sonrisa se le borró—. ¿Y qué hacemos con Fergus?

—Bah, encontraría el camino de vuelta a casa con los ojos vendados. Seguirá las barcas y estará atento por si surge algún problema.

Como era de esperar, la propuesta de Jennifer no le había hecho ninguna gracia a Felicity.

—¿Qué va a decir tu madre cuando se entere de que te he permitido marcharte sola?

—Bueno, soy toda oídos si tienes una idea mejor —replicó Jennifer con acritud—. No hay tiempo para enviar una nota a Chapman y a sus hombres, que sospecho que en este instante estarán disfrutando de todas las delicias que Banalan tiene que ofrecer. ¿Cuánto crees que tardaríamos en reunirlos a todos? Y las dos sabemos que Peter los ha mantenido al margen de una situación que puede estallar en cualquier momento.

Felicity abrió la boca para responder, pero suspiró y volvió a cerrarla.

—¿No puedes esperar al menos otra hora? Seguramente, Peter ya habrá regresado para entonces.

—Murray se marchó hace casi dos horas —protestó Jennifer—. Pero va a pie. Si salgo ahora, alcanzaré a Malcolm y Brendon antes de que el traidor tenga ocasión de contarle a MacFarlane lo que sabe. Con un poco de suerte, ellos podrán detenerlo.

—¿Cómo? —preguntó Felicity con brusquedad.

—Ahora no tengo tiempo para pensar en eso —replicó Jennifer—, pero, si no lo intento, como mínimo capturarán a Malcolm, Brendon, mi abuelo y Dougal. Los cuatro han entrado sin permiso en tierras de MacFarlane. Y hasta yo misma sé que, en este lugar, nadie le pedirá cuentas a ese canalla si los ahorca. —Jennifer se calló. De pronto, notó que los ojos se le llenaban de lágrimas—. He escrito una nota para Peter. En cuanto mi hermano y Gifford regresen, puedes estar segura de que irán a buscarme.

A decir verdad, a Felicity se le revolvía el estómago solo de pensar que su marido pudiera quedar a merced de alguien como Alistair MacFarlane. Pero tenía un deber para con la joven a su cargo. Grace le había confiado el cuidado de Jennifer. ¿Cómo iba a plantearse siquiera dejar que la muchacha arriesgara la vida en una empresa tan peligrosa? Sin embargo, en el fondo, sabía que Jennifer se iría de todos modos, con o sin su consentimiento.

Felicity cerró los ojos, resignada. Cuando los volvió a abrir, Jennifer ya se había puesto en pie.

—Aquí tienes la nota para Peter —dijo esta—. Sé que no hace falta que te pida que estés pendiente de cuándo regresan él o Gifford. Por favor, cuida de Flossy hasta que volvamos mi abuelo y yo.

Felicity asintió, se levantó y abrazó a Jennifer con fuerza.

—Por favor, Jenny, no hagas ninguna locura —susurró.

Jennifer respondió negando con la cabeza y Felicity sintió el movimiento contra su mejilla.

Unos segundos después, Jennifer se había marchado.

—¿Sabe dónde escondió Brendon la barca? —preguntó de pronto el reverendo.

—Sí, por allí, entre los juncos.

—Creo que iré a comprobar que sigue ahí.

—Ni se le ocurra, zoquete —respondió Dougal—. No queremos llamar la atención de ese idiota.

El reverendo se ofendió, pero estaba demasiado cansado para protestar. Había tardado dos horas en cavar tres agujeros inútiles. Naturalmente, no había aceptado la excusa de Dougal de la presunta lesión de su pierna para no ponerse a cavar, aunque Augustus tuvo que admitir que el viejo escocés solo podía hacerlo al abrigo de la torre en ruinas, donde nadie pudiera verlo. El resultado había sido un hoyo lamentable que no habría servido ni para enterrar el ridículo[1] de una dama, mucho menos una bolsa repleta de joyas de oro.

Después de soportar durante casi media hora las quejas de Dougal, el reverendo le había arrebatado la pala de las manos y apenas había conseguido resistir el impulso de estrellársela en la cabeza a aquel mentecato.

—¿Cuánto cree que falta para la puesta de sol? —le preguntó el reverendo al fin, tratando de ignorar su reciente y perturbadora propensión a la violencia,

—Calculo que unas cuatro horas. Ese bastardo no se quedará por aquí para servir de cena a los mosquitos, y tampoco lo harán los otros sinvergüenzas de la mina.

—Lo que nos convierte a nosotros en la única cena de esos bichos. Espléndido.

Dougal le dedicó una sonrisa desdentada y no respondió. En realidad, no había nada que decir.

Jennifer siguió el camino que bordeaba la orilla. Supuso que, a menos que Murray quisiera recorrer a pie todo el trayecto hasta la residencia de su clan, también él seguiría la ruta más transitada con la esperanza de que alguien se ofreciera a llevarlo.

Además, si ella intentaba orientarse por los innumerables senderos que se entrecruzaban por aquel paisaje agreste, sin duda acabaría perdida o algo peor.

Mantuvo el caballo a un galope moderado y permaneció con los ojos bien abiertos por si veía alguna señal del antiguo lacayo. El cielo estaba cubierto, pero hacía bastante calor, y pronto empezó a sentirse sofocada y sudorosa bajo el traje de montar.

Por suerte, sus padres habían insistido en que aprendiera a montar a horcajadas, por lo que no tenía la dificultad añadida de tener que mantener el equilibrio. Jennifer no pudo contener una risita. Aquel sendero ecuestre no se parecía en nada a Rotten Row.

Al cabo de una hora se sumó otra incomodidad: Jennifer se dio cuenta de que había salido de Caerlaverock sin desayunar. Se reprendió por su estupidez y se preguntó si encontraría algún sitio donde comprar algo de comer. Le bastarían un trozo de pan y una jarra de agua.

Que ella supiera, no había ningún pueblo entre Caerlaverock y la fortaleza del clan MacFarlane, pero seguramente encontraría alguna granja donde aceptaran sus monedas.

Transcurrió otra hora antes de que divisara una pequeña granja, enclavada en una hondonada a la izquierda del sendero. Para su sorpresa, no se había cruzado con nadie en ninguna de las dos direcciones, ni a pie ni a caballo. Eso le había impedido confirmar si Murray había tomado el mismo camino que ella; sin embargo, si él seguía andando, debía de estar ya cerca de alcanzarlo. Si se detenía en la granja, al menos podría averiguar si iba en la misma dirección que su presa.

Jennifer llevó el caballo hasta la verja y utilizó una gran roca que había junto a ella para desmontar. Después ató el animal al poste situado a un lado, levantó el pestillo y entró en el pequeño patio.

Al observarla más de cerca, la casita parecía desierta. Jennifer frunció el ceño, se detuvo, indecisa, y miró a su alrededor. ¿Estaría abandonada? Desde luego, no se oía a ningún animal ni había señal alguna de que allí hubiera gente. No había ropa tendida ni botas alineadas en el porche, como era costumbre en Blackmore. Pero lo más revelador era que no salía humo de la chimenea.

De pronto, Jennifer se sintió terriblemente sola. Retrocedió sin apartar la vista de aquellas ventanas sin vida.

—¿Hola? —Su voz resonó con fuerza en medio del silencio. Volvió a llamar y esta vez espantó a una pequeña bandada de gorriones que anidaba en el ruinoso tejado.

Después de llamar por tercera vez sin obtener respuesta, Jennifer decidió que ya era suficiente. Estaba claro que no vivía nadie allí, así que su estómago tendría que resistir un poco más. Se giró y se dirigió hacia la verja.

El súbito relincho de su caballo debería haberla puesto sobre aviso, pero Jennifer no reconoció el sonido de unos pasos hasta que ya fue demasiado tarde. En el último instante sintió un aliento caliente en la nuca y se volvió de golpe. Apenas alcanzó a ver al antiguo lacayo de Caerlaverock, justo cuando este descargaba sobre su cabeza un objeto de gran tamaño. Solo tuvo tiempo de preguntarse si Felicity llegaría a perdonarla antes de que Murray le asestara el golpe. Sintió un dolor breve y cegador y, después, nada.

---

1 Pequeño bolso de mano femenino, de moda entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. (*N. de la T.*)

CAPÍTULO 18



Murray MacFarlane contempló horrorizado el cuerpo tendido ante él. ¿La habría golpeado con demasiada fuerza? Se agachó y observó el rostro de la joven; unos segundos después, al oír su suave respiración, se echó hacia atrás con alivio. Entonces volvió a mirarla con curiosidad. Le resultaba familiar. Él había decidido descansar en aquella vieja granja, en parte, porque no tenía ningunas ganas de regresar a la residencia del clan; solo pensar en la entrevista que le esperaba con MacFarlane le revolvía el estómago. Pero, a decir verdad, tampoco tenía otro lugar adonde ir, desde que aquel botarate de MacNee lo había sorprendido con Ailsa.

Por fortuna, Murray llevaba información útil para su jefe; de lo contrario, habría huido en dirección contraria. Con un poco de suerte, si le advertía de que un muchacho había escapado de la mina, MacFarlane contendría su mano, aunque también querría saber por qué él no se lo había comunicado antes. Murray tenía una excusa para eso. Desde luego, no pensaba confesarle que prefería las comodidades de Caerlaverock a su propia fortaleza, llena de corrientes de aire. Pero la espera había dado sus frutos. Ahora sabía que el *laird* de Caerlaverock estaba pensando en rescatar a los demás críos que trabajaban en la mina.

Ignoraba cuándo, pero diría que no se había atrevido a quedarse el tiempo suficiente para averiguarlo. En definitiva, confiaba en que

MacFarlane no le diera una paliza demasiado grande.

La otra razón por la que Murray había decidido detenerse a descansar era el puro agotamiento. Llevaba despierto desde antes del amanecer y, para cuando se encontró con Ailsa, tenía la sensación de haber trabajado durante más de una jornada completa.

Soltó una risa sombría. A decir verdad, si MacNee no los hubiera sorprendido en aquel momento, Murray dudaba de haber tenido fuerzas para llegar a hacer nada.

Volvió la mirada hacia la figura inmóvil que yacía frente a él. Golpearla en la cabeza había sido un impulso. Había pensado apoderarse de su caballo y dejarla allí, pero ella se había vuelto justo antes de que él descargara el golpe. ¿Habría llegado a verlo? Apretó los dientes, indeciso. Podía estrangularla allí mismo y acabar con el asunto. Pero ¿asesinarla? Si lo atrapaban, sin duda acabaría en la horca, y eso suponiendo que MacFarlane no lo colgara antes. Además, parecía una dama de buena cuna.

De pronto, Murray frunció el ceño al ocurrírsele otra cosa. ¿Qué demonios hacía aquella mujer aquí sola? La única casa grande de los alrededores era Caerlaverock. Un súbito terror lo atravesó como una cuchillada. ¿Vendría ella de allí? Murray se inclinó hacia delante y volvió el rostro de la joven hacia él. La impresión lo dejó paralizado. La mujer que yacía inconsciente en el suelo frente a él era Jennifer Sinclair.

Con un gemido, Murray volvió a sentarse sobre sus talones y cerró los ojos. Qué maldita pesadilla... No se atrevía a matarla. Si lo hacía, el duque de Blackmore no tendría ninguna piedad con él. Pero tampoco se atrevía a dejarla ahí. Tendría que llevársela.

Murray echó a correr hacia la pequeña granja para buscar un trozo de cuerda que había visto antes, sin dejar de pensar en una explicación aceptable para presentarse ante el jefe de su clan con Jennifer Sinclair. Podía decir que ella había tratado de impedir que

revelara sus intenciones. Quizá MacFarlane incluso decidiera retenerla para pedir un rescate.

El pánico de Murray fue remitiendo poco a poco mientras le ataba las manos y los pies y la subía al caballo. Jennifer era tan menuda que apenas le costó esfuerzo. Después, Murray montó detrás de ella y condujo al animal fuera del sendero. No se le ocurría ninguna explicación que justificara llevar a una mujer inconsciente tumbada sobre su montura, así que tendría que buscar una ruta alternativa con menos tránsito.

Para cuando rodeó la parte trasera de la granja y llegó al páramo abierto, Murray ya se había convencido de que aquel había sido su plan desde el principio. De hecho, quizá MacFarlane llegara incluso a adiestrarlo como uno de sus guerreros...

Peter no tenía por costumbre soltar maldiciones, pero, al descubrir que a su hermana se le había metido en la cabeza salir sola en busca del criado desaparecido, dejó escapar una sarta de improperios, algunos de los cuales Felicity ni siquiera había oído antes. Ella no tuvo valor para reprenderlo y, cuando Peter por fin se quedó sin palabras, la matrona se limitó a tenderle la nota que Jennifer había escrito.

El vizconde la leyó con rapidez y se pasó los dedos por el cabello con frustración. ¿Por qué demonios tuvo él que salir a montar? La culpa lo inundó. De nada servía excusarse con que, de haberse quedado un minuto más en la casa, habría acabado por romper algo. Que necesitaba hacer algo...

Sin embargo, cualquier otra persona en la situación de Jennifer se habría quedado donde estaba y habría esperado a que él regresara. Ella no. Esa condenada muchacha era un peligro.

—Tendré que ir a buscarla —dijo Peter—. Con un poco de suerte, no habrá llegado muy lejos. En la nota dice que piensa seguir el

sendero que bordea el lago y que no se acercará a Murray. Supongo que al menos tenemos que dar gracias por eso.

—Debería haberla detenido. —Felicity estaba pálida y tensa, presa del mismo sentimiento de culpa que Peter.

Él suspiró y negó con la cabeza.

—Los dos sabemos que, cuando a mi hermana se le mete algo entre ceja y ceja, nada ni nadie consigue hacerla cambiar de opinión. No ha sido culpa suya, Felicity. No habría podido detenerla. A decir verdad, Jennifer tenía razón. Alguien tenía que avisar a Malcolm y Brendon. Yo nunca debería haber salido de la casa... —Peter cerró los ojos un instante antes de añadir—: No se preocupe, la encontraré. Cuando vuelva Gifford, dígale que avise a Chapman. Puede que al final tengamos que pedirle a él y a sus hombres que intervengan.

Ya era última hora de la tarde cuando el hombre que los vigilaba desde la otra orilla los llamó a voces.

—¡¿Han encontrado algo?!

—¿Fingimos que no lo hemos oído? —le preguntó Dougal al reverendo—. ¿Hacemos que el muy bastardo reme hasta aquí para que lo compruebe él mismo?

El reverendo Shackleford reflexionó unos segundos y luego negó con la cabeza.

—No nos conviene ponerlo nervioso. Nos irá mejor si no le damos ocasión de ver esa birria de agujero que usted ha cavado.

Dougal le sonrió a modo de respuesta, se puso en pie y rodeó las ruinas hasta que pudo ver al guardia en la orilla.

—¡No, pero creo que estamos muy cerca! —gritó—. ¡Con otro día bastará!

—¡Más les vale! ¡MacFarlane no es un hombre paciente!

Dougal no consideró necesario contestar. Se limitó a observar cómo el guardia recogía su espada y emprendía el camino de regreso a la fortaleza.

Cuando el reverendo se reunió con Dougal, este gruñó:

—El muy vago ni siquiera se ha quedado hasta el anochecer. No merece que lo llamen hijo de Caledonia[1].

—¿Ese era el antiguo nombre de Escocia? —preguntó el reverendo, interesado a pesar suyo.

—El que nos dieron los romanos —respondió Dougal con un encogimiento de hombros—. Tuvieron que levantar una muralla enorme para mantenernos a raya —añadió con una risita.

Por suerte, el reverendo estaba demasiado cansado para dejarse provocar.

Los dos contemplaron cómo el guardia desaparecía tras una curva de la orilla.

—¿Cree que existe alguna posibilidad de que MacFarlane envíe a otro hombre para vigilarnos durante la noche? —preguntó el reverendo.

Dougal negó con la cabeza.

—No. Este ni siquiera ha terminado su turno. —Dirigió la mirada hacia la hierba alta que bordeaba el lago—. Imagino que Brendon lo habrá visto marcharse. Puede que los guardias de la mina sean igual de vagos y también se hayan largado ya.

Los dos regresaron a toda prisa al otro lado de la fortaleza en ruinas. Allí, el reverendo cogió los anteojos.

—¿Ve algo? —le preguntó Dougal.

Al cabo de unos segundos, el señor Shackleford asintió.

—Están cargando en un carro algo que parecen piedras. Seguramente sea el mineral que los críos han conseguido extraer hoy. —Hizo una pausa y empezó a contar en voz baja—. Veo a cuatro hombres... Ah, ahí está el quinto. Acaba de salir de la mina. —El reverendo bajó los anteojos y miró a Dougal con entusiasmo—. Parece que se marchan.

—Déjeme ver. —El anciano escocés le arrebató los anteojos y miró a través de ellos—. Sí, tiene razón —murmuró—. Queda uno. Y no parece muy contento.

El reverendo resopló.

—Desde aquí no puede saber si ese hombre está contento o no.

—Usted tampoco lo estaría si lo dejaran allí toda la noche. Me pregunto si tendrá whisky. Le diré a Brendon que eche un vistazo.

—¿De veras cree que su hijo va a detenerse a comprobar si ese cabeza de chorlito tiene escondida una botella de whisky? —le espetó el reverendo—. ¿También tenemos una señal para «traednos un traguito»?

Dougal frunció el ceño y volvió a mirar por los anteojos.

—Ya no se ve el carro, y el guardia se dirige hacia la cabaña.

—¿Solo queda uno? —preguntó Augustus, impaciente por recuperar los anteojos.

—Sí. Los demás se han ido.

—Bien. Entonces ya podemos avisar a Malcolm —declaró el reverendo, satisfecho—. ¿Qué ha hecho con el pedernal y la yesca?

—Creía que los tenía usted.

—Deberían estar en su bolsa.

—No. Están en la suya, zoquete.

El reverendo entrecerró los ojos.

—¿A quién está llamando zoquete, usted... usted... mentecato insolente?

—*Sassenach* medio calvo y cabeza hueca. Deme su bolsa. —Dougal se abalanzó sobre la bolsa del reverendo, se la arrancó de las manos y volcó todo su contenido en el suelo.

—¡Cómo se atreve! —Indignado, el reverendo Shackleford agarró la bolsa del escocés y la vació también.

Los dos se quedaron en silencio, contemplando los objetos desparramados. En aquel montón desordenado parecía haber de todo excepto el pedernal y la yesca.

—Rayos y centellas... —murmuró al fin el reverendo—. Debieron de caerse en el carro. Tendremos que remar hasta la orilla.

—No hay tiempo —gimió Dougal—. Y tenemos que quedarnos aquí vigilando por si vuelve alguno de esos bastardos. Yo no puedo remar hasta allí y regresar con suficiente rapidez. ¿Usted podría?

El reverendo negó con la cabeza, abatido.

—Tendría que sacarme de allí a cuestas. ¿Sabe encender un fuego sin pedernal ni yesca?

Dougal negó a su vez.

—¿Sabe usted?

—Por todos los demonios, estamos metidos en un buen lío.

—Estamos bien apañados, no hay duda.

Los dos se dejaron caer sobre sus traseros y permanecieron varios minutos con la mirada perdida. De pronto, el reverendo irguió los hombros. Él no era un pusilánime cualquiera sin seso; sin duda, todo aquello era obra del viejo Nick[2], que solo intentaba ponerle trabas. Augustus Shackleford siempre encontraba una solución.

El reverendo volvió a examinar los objetos esparcidos por el suelo y, después de rebuscar entre ellos, encontró un trozo de carbón.

—¿Lleva calzones debajo de la falda? —le preguntó a su abatido compañero.

—¿Cómo que si llevo...? Claro que llevo calzones. ¿No se ha dado cuenta de que en las Highlands hace un frío del demonio? Y esto es un *kilt*, no una falda.

—*Kilt*, falda... A mí me parecen la misma condenada cosa.

Dougal respiró hondo ante semejante herejía. De hecho, estaba a punto de exigirle a aquel botarate *sassenach* que eligiera padrinos cuando las siguientes palabras del reverendo le cortaron en seco.

—Muy bien. Quíteselos.

Dougal parpadeó dos veces.

—Ni hablar. ¿Para qué los quiere?

—Voy a escribir en ellos. —El reverendo Shackleford alzó con gesto triunfal el trozo de carbón.

—Está usted como una cabra si cree que voy a dejar mis vergüenzas al aire solo por complacerlo. Además, con el color que tienen mis calzones, no se distinguirá lo que escriba.

Dougal se levantó el *kilt* y dejó al descubierto unos calzones del color del barro. El reverendo lo contempló, incrédulo. Él no era ningún dandi, pero al menos se preocupaba de cambiarse la ropa interior en cada cumpleaños.

—¿No los ha lavado nunca? —preguntó el reverendo, incapaz de ocultar su repugnancia.

El escocés lo miró como si hubiera perdido el juicio.

—¿Y qué pasaría con los mosquitos? —le espetó Dougal al fin.

Los dos se quedaron mirándose durante unos segundos y, al fin, el reverendo Shackleford suspiró.

—Usaremos los míos —murmuró mientras le daba la espalda.

Un par de minutos después, el reverendo extendió sobre el suelo unos calzones de un tono bastante aproximado al blanco. Su cumpleaños había sido hacía un mes.

Por una vez, el escocés se abstuvo de hacer comentarios, aparte de murmurar entre dientes:

—Ahí podría copiar casi toda la Biblia. ¿Qué va a escribir? —añadió Dougal cuando el reverendo cogió el trozo de carbón.

—Creo que bastará con «Costa despejada. Un guardia en la cabaña».

Con gran esfuerzo, el señor Shackleford escribió el mensaje en la parte trasera de los calzones, trazando las letras tan grandes como pudo a lo largo de ambas perneras.

—Bien. Creo que podrán leerlo si nos acercamos a la orilla. Vamos, Dougal, no hay tiempo que perder.

Desconcertado porque el inglés acababa de llamarlo por su nombre de pila, Dougal lo siguió en silencio mientras una desagradable posibilidad empezaba a rondarle la cabeza. Si no tenía cuidado, quizá acabaría por caerle bien aquel santurrón. Y eso sí que no podía permitirlo...

Cinco minutos después, los dos estaban junto a la orilla, sosteniendo cada uno una pernera de los calzones mientras gritaban y sacudían sobre sus cabezas el improvisado cartel.

—No sirve de nada. No pueden verlo —declaró Dougal después de varios intentos—. Tendré que subirme a sus hombros.

El reverendo se estremeció.

—Si cree que voy a permitir que sus calzones se acerquen a mi persona, está muy equivocado.

—¿Acaso me quejo yo de tener que mirarle esa cara de culo azotado? —replicó alegremente el escocés mientras subía a una roca —. Al menos yo puedo quitarme los míos. Venga, agáchese.

Contra todo buen juicio, el reverendo se acercó a la roca y se agachó. Cuánto echaba de menos a Percy... Su coadjutor jamás le habría replicado como este desagradable compañero.

Dougal pasó una pierna alrededor del cuello del señor Shackleford y se encaramó sobre sus hombros en un santiamén. Estaba claro que el escocés era mucho más ágil que Percy

—Igual que en los viejos tiempos —le dijo al reverendo al oído entre risas, recordando la ocasión en que había tomado al reverendo por un espectro.

Cuando el reverendo logró incorporarse, con algún que otro tambaleo, Dougal se puso en pie sobre sus hombros, alzó los calzones y se puso a gritar a pleno pulmón

Al cabo de unos minutos, Malcolm y Brendon aparecieron en la orilla opuesta.

—¡La costa está despejada! ¡Solo queda un guardia! —bramó Dougal mientras agitaba los calzones arriba y abajo para reforzar el mensaje.

Segundos después, Malcolm y Brendon levantaron el pulgar en señal de que habían entendido y desaparecieron entre la alta hierba.

—Pues ha sido fácil —se jactó el escocés. Dougal arrojó los calzones al suelo y volvió a sentarse sobre los hombros del reverendo.

Por desgracia, el movimiento hizo que la parte delantera del *kilt* de Dougal cayese sobre la cara del reverendo como un pestilente sudario. Este dejó escapar un sonido ahogado y empezó a dar traspiés de un lado a otro mientras Dougal forcejeaba para apartarle

el *kilt* de la cabeza, pero solo consiguió engancharle su *sporran* [3] en las orejas. Augustus Shackleford lanzó un aullido de pánico y trastabilló hacia delante y, pese a las súplicas cada vez más desesperadas de Dougal, acabó cayendo de cabeza al lago, a la vez que el escocés salía despedido por los aires como un pez volador.

---

1 Nombre latino de Escocia, utilizado por los romanos para referirse a las tierras del norte de Britania. (*N. de la T.*)

2 Nombre popular del diablo en la tradición británica. (*N. de la T.*)

3 Bolsa de cuero o piel que se lleva colgada en la parte delantera del kilt. (*N. de la T.*)

CAPÍTULO 19



Malcolm y Brendon no perdieron el tiempo preguntándose por qué Dougal y el reverendo habían cambiado la señal; sin duda lo averiguarían muy pronto. Ahora debían concentrar toda su atención en los niños que intentaban rescatar.

Después de esconder sus bolsas cerca de la barca de los MacFarlane, Brendon ordenó a Fergus que se quedara vigilando. Le hizo unas carantoñas al lobero irlandés y luego siguió a Malcolm hacia el bosquecillo que se alzaba a lo lejos, junto a la cantera. Casi veinte minutos después, en cuanto se internaron entre los árboles, ambos sacaron las pistolas. Al volver a terreno abierto, aprovecharon las casitas abandonadas para ocultarse mientras se acercaban con sigilo a la entrada de la mina. Casi todas estaban en ruinas y costaba creer que apenas dos años atrás hubieran alojado a los trabajadores de la mina.

Al cabo de unos cinco minutos divisaron, cerca de la entrada, una cabaña destartalada con una luz vacilante en la ventana, pese a que aún faltaban un par de horas para el anochecer. Por qué el guardia había elegido para dormir la casa más destartalada de todas era un misterio. Quizá le daban miedo los fantasmas.

Todo aquel lugar resultaba inquietante. No se oía el canto de un solo pájaro y únicamente el lejano golpeteo de las aguas del lago contra

la orilla rompía el silencio. Despacio y con cautela, avanzaron de puntillas hacia la ventana iluminada.

—Todavía no ha anochecido, así que no estará dormido —susurró Brendon—. Tendremos que acabar con él deprisa, antes de que pueda escapar.

Malcolm asintió, sin querer preguntarse qué había querido decir exactamente el administrador con «acabar con él». Fuera lo que fuese necesario hacer, lo harían.

Cuando llegaron a la cabaña, los dos estaban empapados en sudor. Malcolm señaló la entrada, alzó la pistola y levantó tres dedos. Solo contaban con el factor sorpresa. Eso, y el hecho de que ellos eran dos.

Pero, según Finn, el guardia que se quedaba vigilando la mina era un gigante. Y, además, de muy mala entraña.

Brendon sacó su propia pistola y asintió. Segundos después, Malcolm derribó la puerta de una patada y ambos irrumpieron en el interior, solo para encontrarse ante un hombre del tamaño de Goliat, sentado con las botas apoyadas sobre una mesa desvencijada y contemplándolos sin inmutarse.

—¿Por qué han tardado tanto?

Lo primero de lo que Jennifer fue consciente fue de un dolor de cabeza cegador. Lo segundo, de que colgaba atravesada sobre un caballo en marcha. Segundos después se le contrajo el estómago y vomitó sobre las patas delanteras del animal lo poco que tenía dentro.

Logró girar la cabeza lo suficiente para ver a un hombre que caminaba llevando al caballo por las riendas. ¿Quién era? Jennifer bajó la mirada hacia sus manos: tenía ambas muñecas bien atadas. Probó a mover los tobillos. Lo mismo. Un miedo abrasador la invadió

y tuvo que contener las ganas de volver a vomitar. ¿Cómo había acabado allí?

Intentó hacer caso omiso del dolor y reconstruyó sus últimos recuerdos. La granja, el regreso junto a su caballo y después..., alguien la había golpeado en la cabeza. ¿Habría sido este mismo hombre? Estaba claro que él no le deseaba nada bueno. Pero, si hubiera querido matarla, sin duda ya lo habría hecho. Jennifer giró la cabeza de nuevo y esta vez consiguió distinguir sus facciones. Era el lacayo al que ella había estado siguiendo.

Qué idiota había sido... ¿Por qué demonios no le hizo caso a Felicity? Estaba casi segura de que aquel individuo la llevaba ante MacFarlane. Como mínimo, podría servirle como moneda de cambio. ¿Había alguna posibilidad de que Brendon y Malcolm la vieran? Era poco probable. Estaba claro que el lacayo había elegido un sendero poco conocido para evitar encuentros indeseados. Una nueva punzada de dolor le atravesó la cabeza y Jennifer la dejó caer sobre el costado del caballo. Poco a poco, se dio cuenta de que el animal cojeaba. Probablemente se le había metido una piedra en un casco, y esa debía de ser la razón por la que Murray iba a pie. Sintió una oleada de esperanza. No tenía ni idea de qué hora era, pero, de haber ido él a caballo, ya habrían llegado a la fortaleza de los MacFarlane. Jennifer no alcanzaba a ver dónde estaban, aunque sabía con certeza que se habían alejado de la orilla del lago.

Reprimió el miedo que le producía saber que estaba sola por completo con el traidor y se devanó los sesos intentando decidir qué podía hacer. ¿Debía hacerle saber que había despertado? Jennifer tenía la boca seca y el estómago dolorido. Al menos, él quizá le daría un poco de agua.

No tuvo que decidirlo. El caballo se detuvo y Jennifer vio un par de pies rodear las patas delanteras del animal hasta detenerse frente a ella.

—¿Está despierta, milady?

Jennifer no vio ningún sentido en seguir fingiendo y logró decir con voz ronca:

—¿Tiene agua?

—No. Pero, si promete no hacer ninguna tontería, la bajaré del caballo.

Jennifer asintió. Cualquier cosa que retrasara un poco el viaje no estaba de más.

Murray tiró de los brazos de Jennifer y ella sintió que la cabeza iba a partírsele en dos. Por un instante fugaz, creyó que él iba a dejarla caer al suelo sin más, pero, en el último momento, Murray sostuvo su peso y la tendió sobre la hierba. Jennifer mantuvo los ojos cerrados unos segundos, deseando que remitiera aquella agonía. El canalla debía de haberla golpeado con mucha fuerza. Por fin consiguió abrirlos. Volvió la cabeza y vio a Murray sentado en la hierba a su lado, con la mirada perdida en la distancia.

—¿Adónde me lleva? —susurró Jennifer.

Por un momento, Murray no reaccionó, y Jennifer pensó que no la había oído. Iba a repetir la pregunta cuando él se giró hacia ella.

—La llevo ante MacFarlane, aunque eso ya debe de saberlo —respondió Murray sin alterarse—. Siento lo de la cabeza, pero ha sido una idiota al seguirme, milady.

Jennifer no podía discutirle eso y, de manera absurda, tuvo que contener unas repentinas ganas de reír. Menudo embrollo había armado.

Ella cerró de nuevo los ojos y recordó la conversación que había escuchado. Ninguno de los dos criados había parecido tener demasiado interés en llamar la atención del jefe de su clan, pero, tras el altercado con MacNee, Murray había llegado a la conclusión de que no le quedaba alternativa.

—¿Su jefe me matará? —preguntó Jennifer, con la esperanza de aprovechar la evidente renuencia del hombre.

Murray apartó la vista de ella.

—No tiene por qué hacer esto —continuó Jennifer, al no obtener respuesta—. Mi familia lo recompensará bien si me lleva de vuelta a Caerlaverock.

—Me compensará con una soga al cuello —se burló él sin mirarla.

—No tienen por qué saber que usted me golpeó —insistió Jennifer—. Diré que me caí del caballo, que usted me encontró y me llevó de regreso.

Como él se quedó pensativo, Jennifer creyó que había logrado convencerlo, pero Murray se volvió de pronto hacia ella con una mueca desdeñosa.

—Usted diría cualquier cosa con tal de que yo vuelva a Caerlaverock. Pero en cuanto se vea otra vez al abrigo de su preciosa familia, me arrojará a los malditos leones sin dudarlo.

Jennifer lo miró y comprendió que nunca podría hacerlo cambiar de opinión. Murray ya había tomado una decisión. Y a ella solo le quedaba una posibilidad: tenía que escapar.

—No creo que ninguno de ustedes sea idiota —declaró el guardia—, así que iré al grano. Sé que han venido por los críos. En cuanto dejé marchar a Finn, supe que solo era cuestión de tiempo que aparecieran.

—¿Usted dejó escapar a Finn? —preguntó Brendon, incrédulo.

—Sí. ¿Cree que soy un maldito zoquete? ¿Que no sé contar? Sabía que faltaba un mocoso y lo vi escondido.

Malcolm soltó una risa de desprecio.

—Según el muchacho, usted lo trató muy mal. A él y a todos los demás niños. ¿Por qué demonios iba a dejarlo escapar?

—A mí los críos me dan igual —les aseguró el guerrero—, pero mi clan no. —Suspiró y bajó los pies de la mesa. Brendon y Malcolm levantaron las pistolas de inmediato, aunque el guardia no hizo ademán de levantarse—. MacFarlane está loco —continuó—. No merece la pena usar niños para sacar una miseria de oro. La mina está agotada, pero él no quiere aceptarlo. Me mantiene aquí para no tener que escucharme. —El hombre recorrió la cabaña con la mirada —. No hay honor en esto —escupió—. Puede que los críos no me importen, pero tampoco quiero seguir enterrándolos. Tarde o temprano se sabrá lo que MacFarlane está haciendo y será la ruina de todo nuestro clan. —Sacudió la cabeza—. No puedo permitirlo.

—¿Y qué piensa hacer al respecto? —preguntó Brendon.

—Sabía que vendrían a por los críos y pueden llevárselos con mi bendición —les dijo el guardia—. Hagan con ellos lo que quieran. Mi problema es con MacFarlane. No está capacitado para tener la jefatura de un clan y pienso arrebatársela.

—¿Qué quiere de nosotros a cambio de los niños? —preguntó Malcolm con suspicacia.

—Solo que no interfieran. Y que el *laird* me reconozca como jefe del clan MacFarlane. Oficialmente.

—No puedo hablar en nombre del duque —replicó Malcolm.

—Entonces más vale que me dispare —respondió el guardia—. Pero los críos morirán lentamente mientras el aire se envenena. —Miró a Brendon y Malcolm—. He escondido las llaves de la mina. Y no las encontrarán antes de que el aire se vuelva irrespirable.

Brendon entrecerró los ojos.

—Maldito bastardo.

—Pues sí, resulta que tiene razón —respondió el guerrero con una risita—. Pero soy un bastardo MacFarlane.

—¿Cómo sabemos que será mejor jefe que Alistair MacFarlane? —preguntó Malcolm.

—No pueden. —El guardia se encogió de hombros—. Pero peor no puedo ser. Y juro que los dejaré a ustedes y a los suyos en paz si hacen lo mismo.

Brendon miró a Malcolm. Sabía que la decisión debía tomarla el hombre de más edad, pero no tenía ni idea de cuál sería esta. El administrador sabía que bajo el aspecto afable de su compañero se ocultaba una voluntad de acero. La lealtad de Malcolm Mackenzie siempre pertenecería, ante todo, a la familia Sinclair. Y jamás pondría en peligro a ninguno de sus miembros.

Malcolm se secó la frente con el dorso de la mano en la que no llevaba la pistola y asintió.

—Júrelo —le exigió el guardia.

—Le juro que el *laird* lo dejará en paz, a usted y a los suyos, si hace lo mismo —repitió Malcolm—. Y será reconocido como el nuevo jefe del clan MacFarlane. —Luego añadió con ironía—: Aunque quizá sería útil que me dijera su nombre.

El guerrero asintió, satisfecho.

—Duncan. Duncan MacFarlane. —Se puso en pie despacio—. Vengan conmigo.

—¿Dougal?

El reverendo estaba de pie en la orilla, temblando con la sotana empapada mientras escudriñaba las aguas turbias. Él había salido a la superficie hacía alrededor de un minuto y seguía sin ver ni rastro del escocés.

Augustus Shackleford tenía ganas de llorar. ¿Cómo demonios iba a salir de aquella isla, si el viejo Dougal había estirado la pata? Para su sorpresa, la posibilidad de que aquel bruto estuviera muerto le produjo una profunda desolación.

Tras esperar unos segundos más, Augustus volvió a adentrarse con cuidado en el lago.

—i¿Dougal?! —gritó.

De pronto, un gran borboteo sacudió el agua y el anciano escocés emergió de golpe, agitando un brazo en alto.

—Lo he encontrado —logró decir Dougal entre resoplidos—. He encontrado el maldito tesoro.

—¿De qué diantres está hablando? —le preguntó el reverendo con una mezcla de irritación e inesperado alivio.

Dougal salió del agua y extendió el brazo hacia él. El reverendo Shackleford se inclinó para observar el objeto que descansaba en la palma de la mano del escocés.

—Parece un anillo.

—Sí. Y hay muchos más en el mismo lugar en que he encontrado este. Supongo que estaban dentro de alguna bolsa hasta que el cuero se pudrió.

Los dos hombres se miraron. El reverendo fue el primero en hablar.

—¿Cree que es el tesoro de Edward Colman?

—Sí, eso creo —respondió Dougal con una sonrisa.

—¿Qué probabilidades había de que ocurriera algo así? —El reverendo Shackleford le devolvió el gesto—. ¿Quién iba a pensar que nuestra carta podía estar tan cerca de la verdad?

—No podemos dejarlo aquí —continuó Dougal.

Augustus se mordió el labio.

—¿De veras cree que es de Colman?

—Si le soy sincero, me da igual. Lo único que sé es que he visto muchas más joyas junto a esta. La bolsa debe de haberse roto hace poco; de lo contrario, se habrían deslizado hacia una zona mucho más profunda. Si esperamos, se perderá para siempre.

—Muy bien, seguiremos buscando. Ya no tiene sentido vigilar la mina. Si resulta que hay otro maldito guardia, tampoco tenemos forma de avisar a Malcolm y Brendon. Eso sí, le advierto que nado como una maldita piedra, así que no voy a servirle de gran ayuda.

Dougal sonrió de nuevo.

—Métase en el lago hasta las rodillas y sostenga así la sotana. —El escocés curvó los brazos, formando una especie de aro—. Yo haré el trabajo duro.

—Pero hace un frío de muerte —murmuró el señor Shackleford—. Como me quede dentro del agua demasiado tiempo, voy a coger unas fiebres.

—Al anochecer hará más frío aún —replicó Dougal—, y los mosquitos se darán un festín con todo lo que encuentren fuera del agua.

El reverendo hizo una mueca.

—Entonces será mejor que nos pongamos a ello. Quiero largarme de esta maldita roca antes de que anochezca.

Brendon y Malcolm observaron con aprensión cómo Duncan MacFarlane abría la entrada de la mina. Pese al acuerdo al que habían llegado, ninguno de los dos había bajado la pistola. MacFarlane tampoco parecía esperar que lo hicieran.

Cuando el guerrero se internó en la penumbra, vieron restos de una maquinaria rudimentaria que sin duda se había utilizado en otros

tiempos. MacFarlane no les prestó atención. Cogió un farol, lo encendió con pedernal y yesca y los condujo por unos empinados escalones excavados en la roca. Brendon se quedó arriba, sin dejar de apuntar a Duncan con su arma. Malcolm también mantuvo las distancias. El verdadero peligro llegaría cuando los niños salieran de lo que llamaban sus dormitorios. El guardia podía utilizarlos como escudo con facilidad.

Las sombras dibujaban formas grotescas en las paredes de la mina cuando MacFarlane colgó el farol de un gancho clavado en la piedra. La luz reveló una pequeña puerta encajada en la roca. Malcolm se mantuvo a poco menos de dos metros de distancia, sin dejar de apuntar a la cabeza del guerrero.

Segundos después, MacFarlane introdujo una llave en la cerradura y abrió la puerta.

—¡Salid de ahí! —ordenó con voz fuerte y amenazadora.

Durante unos segundos no ocurrió nada. Después, Malcolm oyó movimiento y contempló horrorizado cómo los niños iban saliendo de aquella estancia sumida en una oscuridad absoluta, entornando los ojos ante la escasa luz del farol.

—¡Subid las escaleras! —ordenó Duncan MacFarlane. Acto seguido alzó la mano para golpear a una niña que no se movía con la suficiente rapidez.

Malcolm levantó el arma hacia él.

—No volverá a ponerles una mano encima a estos críos —le advirtió en voz baja y furiosa—. Si lo hace, tengamos trato o no, le volaré los sesos.

Duncan lo miró impasible un instante y después se encogió de hombros.

Malcolm se apartó para dejar pasar a los niños. Estos lo observaban con recelo mientras subían uno detrás de otro, pero Malcolm no

apartó la vista del guerrero que seguía abajo.

—Ya suben —le advirtió a Brendon—. Llévelos fuera.

Cuando salió el último niño, Malcolm tuvo de pronto un presentimiento atroz.

—¿Están todos?

MacFarlane volvió a encogerse de hombros.

—Entre en la habitación.

El guardia abrió los ojos, asustado.

—No voy a encerrar ese culo suyo ahí dentro —gruñó Malcolm—, aunque, la verdad, ganas no me faltan. Quiero comprobar que no haya ningún niño rezagado.

MacFarlane retrocedió con vacilación hasta el umbral justo cuando Malcolm llegaba al pie de la escalera.

—Entre.

El tono autoritario hizo que MacFarlane dilatara las aletas de la nariz, pero obedeció y entró en el dormitorio.

—¿Ve a alguien? —preguntó Malcolm, y se desplazó a un lado para ver mejor el interior de la cámara a oscuras. Para su horror, parecía uno de aquellos pequeños escondrijos para sacerdotes[1]. No había contado a los niños mientras subían por las escaleras, pero sabía que allí dentro no podían haber dormido sin encogerse hasta hacerse un ovillo. Tragó saliva y reprimió el impulso de pegarle un tiro al bastardo y acabar de una vez.

A medida que Malcolm se acostumbraba a la oscuridad, distinguió una pequeña figura.

—Ven aquí, muchacho —dijo con voz ronca—. Hemos venido a sacarte de aquí.

Poco a poco, aquella silueta fue tomando la forma de una cabeza y un cuerpo.

—No soy un chico —respondió una vocecita—. No puedo andar con esta pierna.

—Cójala en brazos —ordenó Malcolm al guerrero—. Él no te hará daño, pequeña —añadió cuando la niña soltó un jadeo asustado.

MacFarlane dejó escapar un bufido de impaciencia, entró en la cámara y cogió a la pequeña sin demasiados miramientos.

—Suba con ella —ordenó Malcolm, señalando con la pistola la única salida.

Los sollozos apenas audibles de la pequeña le partían el alma. Malcolm empezaba a sentir que se encontraba en las entrañas del mismísimo infierno.

Siguió a MacFarlane escaleras arriba y salió tras él a la luz de la tarde. Eran veintidós niños en total. Todos demacrados y cubiertos de mugre.

—No olviden nuestro trato —exigió MacFarlane, viendo las miradas asesinas de los dos hombres—. Puede que piensen que soy un bastardo, pero yo no metí a esos críos ahí abajo ni decidí hacerlos trabajar hasta la muerte. Piensen lo que piensen de mí, tienen mi palabra de que la mina quedará cerrada. Se acabó. —Miró a su alrededor y sacudió la cabeza antes de repetir—: No hay honor en esto. —Después le entregó la niña a Brendon, que ya esperaba para recibirla—. Voy a volver a la cabaña. MacFarlane no sabrá lo qué ha ocurrido aquí hasta mañana. Y para entonces habrá dejado de ser el jefe.

—¿Cuenta con apoyos? —Brendon no pudo evitar preguntárselo—. No puede enfrentarse a todo el clan usted solo.

Duncan MacFarlane mostró una sonrisa feroz.

—¿Cree que soy un insensato? El clan será mío antes del anochecer.

Y, dicho esto, les dio la espalda y se alejó.

---

1 Pequeño espacio oculto, usado sobre todo en Inglaterra entre los siglos XVI y XVII para esconder a sacerdotes católicos durante las persecuciones religiosas posteriores a la Reforma. (*N. de la T.*)

CAPÍTULO 20



—Creo que esta es la última —jadeó Dougal mientras dejaba caer una pulsera deslustrada en las manos del reverendo.

—Aquí hay suficiente para que usted y Brendon pasen unos cuantos inviernos sin estrecheces —comentó el señor Shackleford mientras salía del agua helada entre gemidos de alivio—. Por todos los demonios, ya no me siento los dedos de los pies. Como se me pongan negros, será por su maldita culpa.

—Soy demasiado viejo para decidir qué hacer con todo esto. Eso le corresponderá a Bren. —Dougal salió del agua detrás del reverendo y añadió con brusquedad—: Quiero darle las gracias por su ayuda. No tenía por qué hacerlo.

El reverendo Shackleford soltó un bufido.

—Difícilmente podría haberme mojado más. Rayos y centellas, qué frío hace. Al menos mis calzones siguen secos.

Los dos hombres llevaron las últimas joyas hasta donde habían dejado sus pertenencias y se refugiaron bajo las mantas que habían traído.

—Hay que reconocer que Colman tenía buen gusto —comentó el reverendo antes de darle un mordisco al queso—. Creo que la única

manera de cargar con todo esto será dejar atrás lo demás. Con un poco de suerte, no necesitaremos la pala para mandar a dormir a nadie.

El señor Shackleford soltó una risita ante su propia ocurrencia. En realidad, resultaba extraño. En toda su vida había estado tan mojado ni había pasado tanto frío y, sin embargo, se sentía inexplicablemente feliz. Lo cierto era que le sentaba bien volver a sentirse útil.

En cuanto terminaron de comer, repartieron las alhajas entre las dos bolsas, las llenaron y colocaron encima lo imprescindible.

—Pesa una barbaridad —resolló Dougal mientras ambos llevaban las bolsas hasta la orilla—. Menos mal que no tenemos que ir a nado. Vamos, busquemos la barca y larguémonos de esta maldita isla.

Avanzaban despacio debido a la cojera del caballo, y Jennifer había preferido ir a pie para evitar que su peso empeorara el estado del animal. Aunque no tenía ni idea de dónde se encontraban, el hecho de seguir viendo el lago a lo lejos la tranquilizaba. Su captor le había atado la mano derecha al pomo de la silla, pese a que ella le había asegurado que no era necesario. Con aquel martilleo que le golpeaba las sienes, Jennifer dudaba que pudiera correr demasiado, por mucho que antes se hubiese propuesto escapar. Lo único que podía hacer era mantener la cabeza fría y estar atenta por si se presentaba alguna oportunidad de dejar fuera de combate al lacayo.

Al final, el tenue sendero que seguían volvió a girar hacia Loch Lomond y, aun sabiendo que debían de estar acercándose al hogar del clan de Murray, Jennifer respiró aliviada. Sobre todo, porque de pronto se le ocurrió una idea. Si se acercaban lo suficiente, ¿podría arrojarse al lago? Al margen del sobresalto de su inesperado chapuzón anterior, ella nadaba muy bien, al haber pasado muchos veranos de su infancia chapoteando en el lago de Blackmore.

Si se tiraba al agua, ¿Murray iría tras ella? ¿Sabía nadar siquiera?

Jennifer reconocía que la idea era descabellada, pero no se le ocurría ninguna otra salida. Buscó con desesperación alguna señal de que se estuvieran acercando al lago y, unos minutos después, estuvo segura de que el agua estaba cada vez más cerca. Bajó la vista hacia su traje de montar. Con tanta ropa encima no podría nadar. Sin previo aviso, sus pensamientos la llevaron a su primer encuentro con Brendon Galbraith. Jennifer soltó una risita para sus adentros al recordar el mordaz comentario qué él hizo sobre su peso. Se preguntó dónde se encontraría ahora Brendon, si él y Malcolm estarían en aquel mismo momento intentando rescatar a los niños.

Seguía sin saber qué hora era, pero el sol ya había comenzado su descenso en el cielo. Pronto aparecerían los mosquitos y entonces el camino se volvería verdaderamente insufrible. De hecho, Jennifer se dio cuenta de que su silencioso captor había acelerado el paso. Contuvo su creciente inquietud y empezó a mover la mano de un lado a otro con disimulo, tratando de aflojar la cuerda que la sujetaba. Con la que tenía libre, comenzó a desabrocharse con cuidado la chaqueta de su traje de montar.

Necesitaba darles a Brendon y Malcolm tiempo suficiente para rescatar a los niños y sacarlos de las tierras de los MacFarlane. Y, aunque el plan le infundía verdadero pánico, sabía que arrojarse al lago podía proporcionarles precisamente ese tiempo.

Sacar a los niños de la cantera resultó un proceso lento. Pese al evidente alivio de haber salido de la cámara subterránea, los pequeños estaban aterrorizados. Algunos lloraban con sollozos silenciosos que a Brendon y Malcolm les partían el corazón. Pero ninguno de los dos se atrevía a perder demasiado tiempo en tranquilizarlos. El tiempo corría en su contra y tenían que abandonar las tierras de los MacFarlane cuanto antes. Ya habría ocasión de consolarlos cuando estuvieran de vuelta en Caerlaverock.

Brendon llevaba a la espalda a la pequeña que se había hecho daño en la pierna. Apenas notaba su peso, pero aquellos bracitos rodeándole el cuello y la cabeza de la niña acurrucada contra su hombro despertaron en él sentimientos que jamás había imaginado experimentar. En silencio se prometió que, de alguna manera, cuidaría de todos aquellos niños. Ninguno volvería a sufrir jamás a manos de una gente tan malvada.

Por fin dejaron atrás los árboles y Inveruglas apareció ante ellos.

—¿Ve alguna señal de su padre y Augustus? —preguntó Malcolm, cuya vista no era tan buena como la de Brendon, mucho más joven.

Este observó durante unos segundos y negó con la cabeza.

—Con un poco de suerte ya habrán salido de la isla. Fergus estará pendiente de ellos.

—Eso espero, maldita sea. No podemos esperar mucho. ¿Cree que cabrán todos los críos en una sola barca?

Brendon hizo una mueca.

—Lo dudo.

Soltó un fuerte silbido y después se bajó de la espalda a la pequeña para entregársela a Malcolm. Al cabo de unos minutos, los niños gritaron asustados al ver que una bestia enorme corría hacia ellos a toda velocidad. Brendon se volvió hacia los pequeños, que empezaban a dejarse llevar por el pánico, y alzó una mano para calmarlos.

—No os asustéis —los tranquilizó—. Es mi perro, Fergus. Lo peor que puede haceros es mataros a lametazos.

Segundos después, el lobero irlandés daba saltos como un cachorro alrededor de los tobillos de su amo. Brendon se agachó, abrazó al encantado animal y le acarició el pelaje. Por fin lo sujetó por el collar y miró aquellos ojos inteligentes.

—Busca a Dougal —le ordenó.

Fergus movió la cola, le dio a su amo un último lametón y salió disparado por donde había venido.

Brendon y Malcolm siguieron la misma dirección mientras apremiaban a los niños para que avanzaran lo más rápido que pudieran. Ahora estaban al descubierto y corrían el riesgo de que los hombres de MacFarlane los vieran. Los críos habían enmudecido, y ambos hombres intercambiaron una mirada, temerosos de que empezaran a acusar el impacto de lo vivido.

Cuanto más se acercaban a la barca de MacFarlane, más crecía su inquietud. Lo que unas horas antes les había parecido un plan infalible, ahora se les antojaba propio de un par de idiotas. Las posibilidades de que alguno de aquellos niños supiera nadar eran escasas, en el mejor de los casos. Si una de las barcas volcaba, estarían perdidos.

De pronto, cuando se encontraban a unas cincuenta yardas del pequeño embarcadero, Fergus soltó un ladrido de entusiasmo y Brendon sintió que el alivio lo inundaba.

—Los ha encontrado —le dijo a Malcolm y, a continuación, oyeron una potente voz:

—¡Ya me he dado un maldito baño! ¿No puede enseñarle modales a este chucho?

Cuando Peter llegó a la granja abandonada, empezaba a desesperar ante la ausencia de cualquier indicio de que su hermana hubiese pasado por allí. Y, desde luego, si ella había sido tan idiota como para abandonar el sendero y adentrarse en el páramo... No. Él ni siquiera iba a pensar en esa posibilidad. Jennifer era testaruda, pero no estúpida.

El vizconde desmontó y contempló con el ceño fruncido los huecos vacíos de las ventanas de la casa. Quienquiera que hubiera vivido allí

la había abandonado tiempo atrás y, si Jennifer había pasado por aquel lugar, desde luego ya no estaba.

Peter ató el caballo, abrió la verja y miró a su alrededor sin saber muy bien qué buscaba. Al cabo de unos segundos reparó en un pequeño tronco tirado en el suelo. Había algo en él que no encajaba. ¿Qué hacía justo delante de la verja? No había ningún otro trozo de madera por allí. Peter se mordió el labio, se agachó y lo recogió. Al examinarlo, un estremecimiento de terror sacudió su pecho. En uno de los extremos había varios cabellos exactamente del mismo color que los de su hermana, adheridos a la madera con lo que temía que fuese sangre seca.

Peter arrojó el tronco entre la maleza y se quedó acuclillado, intentando que su corazón recuperara un ritmo normal. Tragó saliva y examinó la zona con mayor atención hasta que descubrió una pequeña tira de satén enganchada en un arbusto. Se puso en pie y cogió el retazo de tela. Era un trozo de cinta, idéntica a la que Jennifer llevaba la última vez que Peter la vio.

Luchando contra el pánico, Peter se alejó de la verja y observó el suelo con detenimiento. Unas huellas recientes indicaban que un caballo había pasado por allí en las últimas horas. Rodeaban la casa y ascendían hacia el páramo.

Alguien se había llevado a su hermana.

Subir a los niños a las dos barcas resultó ser lo más difícil de aquella empresa. Sus temores de que los críos no supieran nadar se confirmaron cuando, a pesar de estar tan débiles, casi todos forcejearon y patalearon para permanecer en tierra firme, aunque el esfuerzo acabó por dejarlos exhaustos.

Malcolm negó con la cabeza.

—No pueden volver andando. Caerlaverock está demasiado lejos y, aunque parece que MacFarlane va a estar bastante ocupado

mañana, no podemos asegurar que alguno de sus guerreros no venga a por nosotros.

Dougal entrecerró los ojos.

—¿Por qué va a estar ocupado MacFarlane? —preguntó—. No nos habéis contado qué ocurrió cuando liberasteis a los críos.

—Ya contaremos la historia cuando estemos todos en casa y a salvo —insistió Brendon—. Ahora tenemos que meter a estos niños en las dos barcas.

—Creo que hay algo que podría ayudarnos. El hambre —dijo Dougal —. ¿Cuánta comida nos queda?

Los cuatro hombres reunieron todas sus provisiones: dos mendrugos de pan duro, un trozo de queso y unas tiras de carne seca.

—No es gran cosa para veintidós niños famélicos —gruñó el reverendo.

—Será más de lo que suelen comer —predijo Dougal—. Venga, écheme una mano.

Con ayuda del señor Shackleford, Dougal repartió la escasa comida en veintidós montones pequeños. Mientras los contaba, el reverendo recordó su conversación con Finn y tuvo la extraña sensación de que aquello era inevitable.

«¿Puedo ir con usted a Blackmore...?», le había preguntado el niño.

Augustus apartó el recuerdo de su mente y volvió a concentrarse en lo que tenía entre manos.

—Creo que bastará para convencerlos —declaró Malcolm mientras sostenía un pedacito de pan.

Y así fue. Los niños treparon a las dos embarcaciones encalladas mucho más deprisa de lo que ninguno de los adultos presentes habría imaginado.

Una vez a bordo, los cuatro hombres entregaron a cada pequeño su ración, que engulleron en un instante. Acto seguido, Malcolm subió a una de las barcas para asegurarse de que el peso quedara bien repartido.

—Quedaos bien sentados y no os mováis ni un pelo —ordenó—. En cuanto aparezcan los mosquitos, tendréis que cubriros la cabeza.

—No hace falta que nos diga lo que ya sabemos —se burló una vocecita.

Se oyeron unas cuantas risitas y Malcolm sonrió, aliviado. Estaba claro que el miedo de los niños empezaba a desaparecer. Se volvió hacia el reverendo.

—Usted y Dougal vayan delante en la barca pequeña. Nosotros iremos detrás. Pase lo que pase, no se detengan. —Hizo una pausa antes de añadir—: Dios mediante, no nos cruzaremos con ninguna otra embarcación. Aunque no fuera de los MacFarlane, tendríamos que dar un montón de malditas explicaciones.

Unos minutos después, las dos barcas estaban en el agua. Antes de subir a la suya, a Brendon aún le quedaba una cosa por hacer. Se acercó a Fergus y se agachó para acariciarle las orejas.

—A casa —le ordenó al lobero irlandés con su voz más severa. Después, añadió con dulzura—: A casa, chico. Nos veremos allí muy pronto.

Pasó otra media hora antes de que Jennifer tuviera la certeza de que el sendero que seguían desembocaba directamente en el camino de la orilla. Era evidente que, tan cerca ya de su hogar, Murray confiaba más en que cualquier persona con la que se toparan pertenecería al clan MacFarlane.

Jennifer había conseguido desabrocharse casi todos los botones de la chaqueta y, mientras su captor hacía sus necesidades, también logró soltar los de sus botas de montar. Con el pelo revuelto y la

ropa sucia y desabrochada, empezaba a parecer una buscona de Haymarket. Llevar las botas flojas también le hacía más difícil andar, pero, mientras Murray permaneciera al otro lado del caballo, era poco probable que reparase en su aspecto desaliñado o se diera cuenta de que caminaba como si necesitara de forma urgente un orinal. Cosa que, por desgracia, era muy cierta.

Jennifer trató de no pensar en su apuro y mantuvo la vista fija en el lago. En cuanto alcanzaran el camino principal tendría que actuar. Estaba segura de haber aflojado la cuerda de su muñeca lo suficiente como para poder sacar la mano sin demasiada dificultad y, cuando estuvieran lo bastante cerca del agua, pensaba quitarse las botas procurando no hacer ruido. Tendría que correr descalza.

Lo más importante era tomar a Murray por sorpresa y ganar el tiempo necesario para deshacerse de la chaqueta. La falda tendría que quitársela mientras corría. Esa era la parte más arriesgada del plan. Jennifer no se había atrevido a desabrochar ninguno de sus botones por miedo a que la falda se le desplomara alrededor de los tobillos, algo que, estaba bastante segura, produciría justo el efecto contrario del que pretendía.

El corazón empezó a golpearle el pecho al mismo ritmo que el dolor punzante que le atravesaba la cabeza. Jennifer gimió para sus adentros y se prometió que jamás volvería a emprender una misión tan descabellada. Es más, le daría a Peter plena potestad para encerrarla bajo llave si ella mostraba el menor asomo de hacer una estupidez.

Cinco minutos después llegaron a la orilla. Por desgracia, Jennifer caminaba por el lado del caballo más alejado del agua, lo que daba a su captor una ventaja adicional. Ella reprimió su miedo con decisión y empezó a sacar la mano poco a poco de la cuerda hasta liberarla. Para mantenerla en la misma postura, se aferró a las crines del caballo y después empezó a quitarse las botas, una a una, con la esperanza de que al lacayo no se le ocurriera volver la cabeza y descubrirlas tiradas en medio del camino. Por fin, ya solo con las

medias puestas, Jennifer bajó el brazo izquierdo para que la chaqueta le resbalara por el hombro. Estaba sudando; el miedo se había convertido en un nudo sólido en mitad de su pecho. En cuanto hiciera su movimiento, solo dispondría de unos segundos para desprenderse de la chaqueta y echar a correr.

Jennifer murmuró una breve oración, deslizó la mano por el costado del caballo y se detuvo. Casi sin atreverse a respirar, terminó de quitarse la chaqueta y la dejó caer al suelo. El caballo casi había adelantado a Jennifer, y Murray todavía no se había dado cuenta de que ella ya no caminaba a su lado. Era ahora o nunca.

Respiró hondo, se escabulló por detrás del animal y corrió frenética hacia la orilla del lago mientras forcejeaba con los botones de la parte posterior de su falda. No volvió la cabeza cuando oyó el repentino aullido de Murray, pero en su interior ella gritaba por puro terror. Si él conseguía atraparla, probablemente la mataría.

Para aumentar su pánico, los botones de la falda se resistían a soltarse. Desesperada, tiró con fuerza de la cinturilla y, unos segundos después, notó cómo saltaban los botones. Ya podía oír la respiración de Murray a su espalda cuando dejó caer la falda y siguió corriendo, pendiente abajo por el talud, a apenas unos pasos de la orilla.

Murray alargó el brazo y alcanzó a aferrarle las enaguas. La tela se rasgó y él se quedó sujetando un jirón de la prenda.

Segundos después, Jennifer saltó al agua.

CAPÍTULO 21



Brendon miró con inquietud a su alrededor mientras él y Malcolm remaban en dirección a Caerlaverock. Con tanto peso a bordo, avanzaban despacio, aunque aun así tardarían menos que si hubieran ido andando. Por lo que alcanzaba a oír, el reverendo y Dougal seguían discutiendo, pero mientras su barca siguiera la trayectoria correcta...

Miró hacia atrás de forma instintiva, pero no había señal alguna de que los persiguieran, ni por el agua ni por la orilla. Si Dios quería, nadie iría en su busca hasta el día siguiente, tal como Duncan MacFarlane les había prometido.

Mientras remaba, Brendon se preguntó qué estaría haciendo Jennifer en aquellos momentos. ¿Estaría preocupada... por él? Hizo una mueca. Menuda estupidez. Tenía que sacarse a Jennifer Sinclair de la cabeza. De lo contrario, acabaría perdiendo la razón.

De pronto, sucedieron dos cosas que lo apartaron de sus cavilaciones. Primero oyó un grito procedente de la orilla, a su derecha. Se le encogió el corazón. ¿Los habían descubierto? Entonces, como si fuera una ensoñación salida directamente de sus pensamientos, vio a Jennifer correr hacia el lago. Entornó los ojos. ¿Solo llevaba las enaguas? Al parecer, ya se había vuelto loco.

Al mismo tiempo, una niña se puso en pie de repente en la barca.

—Siéntate, *lass* —le ordenó Malcolm.

—¡Voy a vomitar! —exclamó ella, desesperada.

Era evidente que la pequeña estaba a punto de hacerlo, y se inclinó sobre la borda.

—¡Siéntate! —tronó Malcolm, con un claro terror en su voz.

Pero ya era demasiado tarde. La barca se inclinó hacia un lado y la niña, con un grito de pánico, cayó de cabeza al agua.

En ese mismo instante, la mujer que Brendon todavía no acababa de creer que fuera Jennifer, llegó a la orilla del lago con un hombre pisándole los talones. El desconocido alargó la mano para agarrarla por el borde de las enaguas, pero, justo cuando consiguió sujetarla, la tela se rompió y Jennifer se lanzó al lago con otro grito horrorizado.

—¡Hazte cargo de los remos! —bramó Malcolm.

Brendon volvió la vista hacia la niña, que se debatía con desesperación en el agua.

Mierda.

Entonces comprendió dos cosas de golpe. La primera, que ni él ni Malcolm conseguirían llegar a tiempo hasta la pequeña. No podían lanzarse sin más en su rescate, porque corrían el riesgo de volcar la barca y perder a todos los niños. La segunda, que Jennifer estaba realmente nadando hacia ellos con todas sus fuerzas mientras gritaba:

—¡Yo me ocupo!

En cuestión de segundos, Jennifer consiguió alcanzar a la niña, que se aferró de inmediato a su salvadora como una lapa.

—No tan fuerte... —jadeó Jennifer mientras luchaba por mantener a ambas a flote.

—¡Controle la barca! —le gritó Brendon a Malcolm al ver cómo desaparecían sus cabezas bajo el agua.

Sin vacilar, Malcolm sostuvo los remos con firmeza para que la embarcación no se escorase.

—¡Ahora! —bramó Malcolm.

Brendon soltó con rapidez sus propios remos en el fondo de la barca, se quitó la chaqueta y se lanzó por la borda. Dos vigorosas brazadas bastaron para llegar hasta Jennifer y la pequeña.

—Yo llevaré a la niña —le dijo a Jennifer entre jadeos—. Nade hasta la barca, cariño.

El apelativo le salió con toda naturalidad, pero no tenía tiempo para pensar en la estupidez que acababa de cometer. En su lugar, ayudó a Jennifer a avanzar sujetándola con un brazo mientras con el otro mantenía a la pequeña pegada a él.

—Cuidado —le advirtió Brendon cuando Jennifer alcanzó la borda—. Se volcará si intenta subir. Solo agárrese. —Colocó delante de sí a la niña, que había dejado de hacer ruido, y la empujó hasta dejarla junto a Jennifer—. Sujétese bien —le dijo él antes de nadar hacia el lado contrario de la barca. Se apoyó en el borde y, ya con el peso más equilibrado a ambos lados, se impulsó y subió a bordo.

»Agarraos bien a los asientos —les indicó al resto de los niños, que observaban con los ojos muy abiertos el drama que se desarrollaba ante ellos.

Segundos después, Brendon sacó con cuidado a la pequeña del agua y la envolvió en una manta antes de inclinarse de nuevo sobre la borda para ayudar a subir a Jennifer, que tiritaba de frío.

—¿Piensa convertir esto en una costumbre? —murmuró él mientras la envolvía con su chaqueta.

—E-ese hombre... —tartamudeó Jennifer.

Brendon miró hacia la orilla.

—Ya se marcha.

—Nooo —gimió ella—. Va a avisar a MacFarlane. Tenemos que detenerlo.

Sin hacer más preguntas, Brendon recorrió con la mirada la orilla hasta que por fin localizó al individuo, que corría por el sendero en dirección a la fortaleza de los MacFarlane.

—No voy a alcanzar a ese malnacido a tiempo —masculló con frustración.

—¡Jennifer!

Los dos se volvieron hacia aquel grito inesperado.

—¡Es Peter! —La voz de Jennifer estuvo a punto de quebrarse en un sollozo, y Brendon comprendió que ella había llegado al límite de sus fuerzas. Miró hacia la orilla y, por increíble que pareciera, allí estaba Peter Sinclair, montado a caballo, con Fergus saltando a su lado.

—¡La tenemos! —bramó Brendon—. ¡Está a salvo! —Se arriesgó a ponerse en pie para señalar la figura que huía—. ¡Tiene que detenerlo, milord! ¡Va en busca de MacFarlane!

Brendon creyó por un instante que el vizconde no lo había oído, pero Peter asintió, y salió al galope tras el traidor, con el lobero irlandés corriendo detrás.

Poco después, vieron cómo Peter alcanzaba al lacayo, saltaba de su montura y lo derribaba de un solo golpe.

—Qué presumido —murmuró Jennifer, sorbiéndose la nariz.

—¿Hemos terminado ya? —preguntó Malcolm desde la proa—. Se me están empezando a agarrotar los brazos.

—¿Cree que Duncan MacFarlane lo conseguirá? —preguntó Peter.

Brendon asintió.

—Parecía muy seguro del apoyo que tiene. Y no es ningún secreto que Alistair MacFarlane no anda bien de la cabeza. Dudo que haya mucha lucha.

—¿Y no habrá represalias? —preguntó Peter Sinclair, con el alivio reflejado en la voz.

—No lo creo, milord. Aunque Duncan MacFarlane estará esperando, sin duda, que Su Excelencia lo reconozca como jefe de forma oficial.

El vizconde suspiró y se dejó caer contra el respaldo del asiento.

—No podemos bajar la guardia hasta que tengamos noticias ciertas —le recordó Malcolm.

—¿No va siendo hora de un traguito? —preguntó Dougal fingiendo una fuerte ronquera—. Tengo la garganta como si se me fuera a cerrar.

—Pues sería una bendición —declaró el reverendo.

Estaban todos reunidos en el pequeño salón. Era tarde, pero ninguno podía pensar siquiera en retirarse a dormir. Además, la estancia estaba más que abarrotada, sobre todo, porque Fergus y Flossy se habían acurrucado juntos delante del fuego.

Poco a poco, los presentes fueron reconstruyendo toda la sucesión de acontecimientos a medida que cada uno aportaba su parte de la historia.

Los niños habían quedado en las competentes manos de MacNee y la señora Darroch. Después de una comida caliente, los habían acomodado a todos en uno de los establos para pasar la noche, aunque el ama de llaves había declarado que a primera hora de la mañana siguiente organizaría los baños. Finn había resultado ser un ayudante muy capaz: se había tomado el tiempo necesario para

tranquilizar a cada uno de los niños y era, por supuesto, la prueba viviente para sus compañeros de que no habían acabado en manos de otro señor como MacFarlane.

La decisión de qué iban a hacer exactamente con los críos podía esperar hasta mañana.

Malcolm examinaba el montón de joyas que Dougal había volcado alegremente sobre la mesa.

—¿Cree que son auténticas? —preguntó Jennifer.

—¡Claro que son auténticas! —farfulló Dougal, aunque era evidente que intentaba ocultar sus propias dudas.

—Sí, estoy de acuerdo —respondió Malcolm, para enorme satisfacción del anciano escocés—. Pero no creo que pertenecieran a alguien como Edward Colman. No parecen lo bastante antiguas. Tendrán que buscar un experto que pueda decirles la verdad.

—Si no le parece una intromisión —le dijo Peter a Brendon—, creo que podemos traer a alguien de Londres o Edimburgo para que las autentifique. Si utiliza el nombre de Blackmore, será mucho más difícil que le engañen.

Brendon asintió, agradecido.

—No sabría ni por dónde empezar —admitió—. La verdad es que todo esto sigue pareciéndome irreal.

—Ya no querrá el puesto de administrador si las joyas resultan ser auténticas —dijo Jennifer con una sonrisa. Para su incomodidad, Brendon le dirigió una mirada breve e inexpresiva, y ella se preguntó si, de algún modo, lo habría ofendido.

—¿Qué harás con el lacayo? —preguntó el reverendo Shackleford, cambiando de tema.

Peter hizo una mueca.

—Secuestró a mi hermana después de golpearla en la cabeza lo bastante fuerte como para haberla matado. Por el derecho que me asiste, debería entregarlo sin más al magistrado.

Peter había dejado inconsciente al lacayo traidor, lo había echado sin demasiados miramientos sobre el lomo de su montura y había regresado al lugar donde el caballo de Jennifer seguía pastando, ajeno a todo. Con la misma cuerda que Murray había utilizado antes para atar a su hermana, Peter le había inmovilizado las manos y los pies y, después de sujetar al caballo cojo un ronzal, había emprendido el regreso a Caerlaverock. Llegó casi al mismo tiempo que las dos barcas. Cuando le preguntaron cómo había sabido dónde estaba Jennifer, sonrió y les contó que Fergus había ido a buscarlo.

—¿Qué tal un traguito para celebrarlo cuando lo ahorquen? —propuso Dougal.

—No sería más de lo que merece ese canalla —resopló el reverendo.

—Sé que tiene razón, abuelito —dijo Jennifer—, pero no puedo evitar sentir un poco de lástima por él. Le tenía verdadero miedo al jefe de su clan, y no puedo imaginarme sentir tanto terror por alguien que se supone que es tu protector.

—¿Protector? —se burló su abuelo—. Tenemos veintidós críos en un establo que pueden dar fe de semejante patraña.

Jennifer asintió.

—Empiezo a darme cuenta de hasta qué punto he vivido protegida del mundo. Como dijo Dougal cuando comenzamos todo esto, es fácil ignorar lo que no tienes «delante de las narices». —Se mordió el labio antes de añadir en voz baja—: Me gustaría ayudar a esos niños.

—Y a mí —añadió Felicity, cubriendo con la suya la mano de Jennifer —. Pero esta noche no, querida. Ha sido un día larguísimo y me sorprende que no tengas en la cabeza un chichón del tamaño de

Escocia. Si me lo permites, te acompañaré a tu habitación y te pondré un poco de ungüento.

Jennifer se echó a reír, pero enseguida hizo una mueca de dolor.

—Tienes razón, Felicity. Cada vez me cuesta más ignorar el martilleo de la cabeza.

—¿Necesita que la vea un médico, milady? —preguntó Gifford, preocupado.

—Yo diría que un trago de whisky le sentará mucho mejor que cualquier medicina —insistió Dougal, esta vez frotándose las manos para dar mayor énfasis a sus palabras.

—Padre, esta noche no habrá whisky —masculló por fin Brendon, exasperado—. Tenemos una buena caminata hasta casa.

—Ninguno de los dos va a ir andando a ninguna parte —declaró Peter con firmeza—. He mandado preparar dos habitaciones para ustedes. —Hizo una pausa y tragó saliva, de pronto invadido por la emoción—. ¿Tiene algún whisky favorito, Dougal?

El anciano escocés soltó una risita.

—Sí. Uno doble —respondió alegremente.

Fuera lo que fuese lo que Felicity le había aplicado en la cabeza, alivió el dolor de Jennifer lo suficiente para que durmiera como un bebé y, cuando despertó a la mañana siguiente, comprobó con alivio que el martilleo en su cabeza había disminuido mucho.

Al oír gritos en el exterior, se levantó de la cama con cuidado y se acercó a la ventana. Los niños ya estaban despiertos y correteaban de un lado para otro, y a Jennifer le alegró oírlos reír. Mientras los contemplaba jugar con Fergus y Flossy, advirtió que faltaban algunos de los pequeños y que los presentes estaban bastante más limpios que cuando habían llegado el día anterior. Lo más probable era que los demás estuvieran sufriendo el temido baño.

Como la presencia del lobero irlandés significaba que Brendon no podía andar muy lejos, Jennifer se asomó un poco más y por fin localizó al apuesto escocés, que observaba a los niños desde cierta distancia. Al verlo sonreír, Jennifer recordó la expresión enigmática que le había mostrado la noche anterior cuando ella le habló y, de repente, sintió una extraña sensación de urgencia. Necesitaba verlo cuanto antes.

Jennifer se volvió a toda prisa, se quitó el camisón y se puso un viejo vestido de lana. Sin duda, Jenet se escandalizaría al verla vestirse sola, pero Jennifer no quería esperar a que la acicalaran. Se pasó un cepillo por el cabello, se lo recogió enseguida con una cinta y salió de la habitación.

Mientras observaba a los niños, Brendon se sorprendió preguntándose cómo sería tener críos propios. Nunca había pensado en algo semejante, sobre todo, sospechaba, porque siempre había concentrado su atención en conseguir que él y su padre lograran sobrevivir al invierno siguiente. Tener esposa e hijos había estado siempre fuera de su alcance.

Pero desde que Jennifer Sinclair había llegado y se había apoderado de su corazón...

Brendon sabía que estaba siendo un necio. No importaba que ella hubiera dejado más que clara la atracción que sentía por él. Las damas como Jennifer utilizaban a hombres como él para calentarse la cama, no para que les pusieran un hijo en el vientre.

Pero ¿y si las joyas resultaban ser auténticas?

Brendon respiró hondo. No podía permitirse alimentar la esperanza de que aquel oro fuera a cambiar algo a ojos del duque de Blackmore. ¿Qué solía decir su propia madre? «No se puede hacer un bolso de seda con la oreja de un cerdo». Nunca había habido palabras más ciertas.

De algún modo, tenía que quitarse de la cabeza aquellos pensamientos sobre Jennifer Sinclair. Puede que ella quisiera ofrecerle su lecho, pero él sencillamente no podía aceptar eso. Para él no bastaba. Nunca bastaría.

Como si sus pensamientos la hubieran convocado, Jennifer Sinclair surgió de pronto en el patio y Brendon contuvo el aliento. Estaba algo despeinada, como si acabara de levantarse de la cama. Había desaparecido la dama de peinado impecable y, en su lugar, él veía ahora un espíritu silvestre, que se sentía como en casa entre los bosques y las cañadas de las Highlands.

Por primera vez, un destello de esperanza atravesó la coraza con la que Brendon se protegía.

—¿Cómo se encuentra, milady? —preguntó cuando Jennifer se acercó a él.

—Mucho mejor —respondió ella y señaló a los niños con una sonrisa —. Es maravilloso verlos tan felices.

—Sí, milady —contestó él, con la voz algo ronca—. Esto es un paraíso comparado con el lugar del que vienen. Pero no pueden quedarse aquí indefinidamente. Habrá que encontrarles algún sitio donde ir. Creo que el asilo para pobres más cercano está en Balloch. —Hizo una pausa antes de añadir—: Había pensado utilizar parte de las joyas que encontró mi padre para pagar su manutención.

Jennifer se volvió hacia él, consternada.

—¡No podemos enviarlos al asilo! —exclamó—. ¿Qué va a ser de ellos?

—Son veintidós críos —suspiró Brendon—. ¿Qué otra cosa podemos hacer con ellos? Al menos el dinero garantizará que estén alimentados y atendidos.

Jennifer negó con vehemencia.

—¿Por qué no pueden quedarse aquí? —preguntó—. Podríamos construir una escuela, darles un lugar donde vivir. Enseñarles un oficio, algo con lo que puedan ganarse la vida en el futuro.

—Es una idea magnífica —respondió Brendon, mientras el corazón empezaba a latirle un poco más deprisa—. Pero ¿quién se encargaría de algo así? En Caerlaverock no hay nadie que disponga de tiempo suficiente para hacerlo.

De pronto, todas las dudas y temores de Jennifer se disiparon. Para eso estaba ella allí. Aquello era lo que había echado de menos en su vida: un propósito. Una profunda calma la envolvió, aunque por debajo comenzaba a bullir la euforia. Jennifer soltó una risa jubilosa y declaró:

—Yo me encargaré.

CAPÍTULO 22



—¿Qué vamos a hacer? —susurró Grace, esforzándose por contener el pánico. Sus dos hijos mayores se encontraban a quinientas millas de distancia y quizá estuvieran en aquel mismo momento envueltos en una guerra entre clanes.

Nicholas suspiró y arrojó las cartas sobre la mesa. Después se acercó a su esposa y la envolvió entre sus brazos.

—Tienen a Malcolm con ellos —intentó tranquilizarla—. En su carta deja muy claro que no permitirá que les ocurra nada ni a Peter ni a Jennifer. Dará la vida por protegerlos.

—¿Pero y si tiene que hacer precisamente eso? —gimió Grace contra su pecho—. Niños esclavizados, un jefe de clan que ha perdido el juicio... —La voz se le quebró y dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

Las cartas se habían escrito tres días antes. El mensajero había llegado de madrugada, exhausto y con el rostro blanco. Estaba claro que el hombre debía de haber cabalgado casi sin descanso para llegar tan deprisa a Blackmore.

—Partiremos de inmediato —le aseguró Nicholas—. Pero, a decir verdad, cuando lleguemos, el rescate que planean ya habrá tenido éxito o habrá fracasado, y tendremos que enfrentarnos a las

consecuencias. —Se apartó un poco y sujetó a Grace por los brazos —. Mírame, querida —le pidió con dulzura. Cuando ella alzó el rostro surcado de lágrimas, continuó—: Peter ya es un hombre. Confío en que sabrá hacer frente a la situación. Tiene a Malcolm y, por lo que cuenta en la carta, también al nuevo administrador de Caerlaverock. Me ha asegurado que no permitirá que el asunto se les vaya de las manos. Su única preocupación es sacar de la mina a los niños que quedan con la mayor rapidez y el menor sufrimiento posibles. No descubrirá sus cartas.

Grace se mordió el labio, sorbió por la nariz y asintió.

—Felicity decía que Peter se parece muchísimo a ti. —Esbozó entonces una sonrisa entre lágrimas y añadió—: Solo espero que no permita que Jenny se meta en esto.

—Puedes estar tranquila, querida. La encerrará bajo llave si hace falta. También lo dice en la carta.

El resto del día transcurrió en un torbellino de actividad, y Jennifer no tuvo ocasión de hablar con su hermano sobre lo que se proponía hacer. Probablemente fuera lo mejor, se dijo. Una decisión capaz de cambiarle la vida como la que acababa de tomar debía hablarla primero con sus padres, entre otras cosas, porque era muy posible que Peter la tomara por chiflada.

Tampoco había tenido tiempo de volver a hablar con Brendon. Ninguno de los dos había mencionado lo ocurrido entre ellos, y Jennifer empezaba a preguntarse si no habría imaginado aquella conexión. No por su parte, desde luego, pero quizá lo que ella había querido interpretar como amor por parte de Brendon no había sido más que la satisfacción de un deseo pasajero. Entonces recordó el apelativo cariñoso que él había empleado mientras estaban en el lago.

La había llamado «cariño». Y aún podía ver la expresión de sus ojos al decirlo. Puede que él todavía no lo supiera, pero Brendon

Galbraith estaba tan enamorado de ella como ella de él.

Solo tenía que convencerlo de ello. A ser posible, antes de que llegaran sus padres...

Por supuesto, bajo el alivio de haber conseguido rescatar a los veintidós niños persistía la inquietud mientras aguardaban noticias del clan MacFarlane. ¿Habría tenido éxito Duncan MacFarlane en su intento de hacerse con la jefatura del clan? Hasta que lo supieran con certeza, era imprescindible estar preparados para cualquier venganza que Alistair MacFarlane decidiera emprender. Si todavía conservaba el mando, a aquellas alturas, ya sabría casi con toda seguridad que los niños habían desaparecido.

Peter había hecho regresar de Banalan a sus seis lacayos. Una vez de vuelta en Caerlaverock, el propio Peter y Malcolm les contaron todo lo sucedido. Bajo la atenta mirada de su jefe, los hombres limpiaban ahora sus armas y registraban la pequeña armería en busca de cualquier cosa que pudiera resultar útil en caso de enfrentamiento.

Una hora antes de la puesta del sol, divisaron a un jinete en el camino que bordeaba Loch Lomond, llevando otro caballo detrás, sujeto por una rienda.

Peter ordenó a Chapman que mantuviera ocultos a sus hombres y dio instrucciones para que le permitieran al desconocido atravesar la verja principal. Después salió al exterior acompañado por Malcolm y Brendon.

Los diez minutos siguientes se les hicieron eternos mientras los tres aguardaban a que el visitante llegara al patio. No habían conseguido distinguir si el hombre vestía los colores de los MacFarlane, aunque, a juzgar por el estrépito que llegaba de la sala de estar, situada a la izquierda del vizconde, el reverendo y Dougal seguían peleándose por apropiarse de los anteojos.

Al fin, la montura del hombre pasó al trote bajo el arco y se detuvo en medio del patio. Peter sintió cómo se le aceleraba el pulso al reconocer los colores de los MacFarlane.

—Soy el vizconde Holsworthy —dijo—, heredero del duque de Blackmore. ¿Qué lo trae a Caerlaverock? —Su voz sonó firme y distante, pero no hostil, y Brendon sintió una oleada de admiración. Cuando llegara el momento, Peter Sinclair sería un formidable sucesor de su padre.

En respuesta, el jinete desmontó y avanzó hacia ellos hasta detenerse a poca distancia.

—Traigo un mensaje para el *laird* —gruñó.

Peter notó que el sudor comenzaba a deslizarse por su espalda.

—Soy el representante del laird —respondió—. Puede darme a mí el mensaje.

Hubo un breve silencio.

—MacFarlane me manda decirle que ya está hecho. —El hombre dirigió una mirada significativa a los tres antes de añadir—: Y espera hablar muy pronto con Su Excelencia.

Sin aguardar respuesta, regresó junto a su caballo y volvió a montar con agilidad.

Desató la rienda del caballo que esperaba detrás y la dejó caer. Después se dirigió directamente a Brendon.

—El animal es de su padre. Y debo decirle que el carro nos ha servido de leña.

Dicho esto, hizo girar a su montura y, segundos después, había desaparecido.

La cena de aquella noche fue la más distendida desde que llegaron a Caerlaverock.

Peter, en especial, tenía la sensación de haberse quitado de los hombros todo el peso del mundo. Aunque una parte de él había disfrutado del desafío, había otra, más pequeña y, debía reconocerlo, bastante infantil, que anhelaba depositar toda aquella carga a los pies de su padre. El vizconde soltó una risa sombría y dio un sorbo de vino. Estaba claro que su padre no había previsto que la primera visita de su hijo y heredero a Escocia sin su compañía fuera a convertirse en semejante bautismo de fuego...

Brendon, Dougal y Gifford habían sido invitados a cenar y, pese a refunfuñar que aquellos críos le estaban dando más trabajo del que valían, la señora Darroch se había asegurado de que la cocinera preparara un banquete digno de un rey.

—¿Cuándo crees que llegarán mamá y papá? —le preguntó Jennifer a Peter.

Él miró a Malcolm, quien esbozó una sonrisa maliciosa.

—¿Quieren hacer sus apuestas, damas y caballeros? —preguntó el escocés con su mejor voz de feriante—. Yo digo que Sus Excelencias estarán aquí exactamente dentro de una semana.

—¿Quién va a llevar la cuenta? —preguntó Peter entre risas, dejándose contagiar por el ambiente.

—Como hombre de Iglesia, será mejor que sea yo quien lleve las apuestas —declaró piadosamente el reverendo Shackleford, mientras rebuscaba entre los pliegues de su sotana el trozo de carbón que tan buenos resultados les había dado a Dougal y a él en Inveruglas.

Entre grandes risas, todos anunciaron la fecha en la que creían que llegarían el duque y la duquesa y cuánto estaban dispuestos a apostar.

Jennifer observaba a Brendon a hurtadillas mientras continuaban las bromas. Parecía más relajado y animado que nunca. Tal vez la preocupación por los niños hubiera pesado sobre él mucho más de lo que ella había imaginado. Entonces, Jennifer recordó el momento

en que ella había anunciado su intención de quedarse en Caerlaverock y cómo él había relajado su postura poco a poco mientras escuchaba sus planes. Una profunda sensación de estar exactamente donde debía, de pertenecer a aquel lugar, comenzó a apoderarse de ella; jamás había experimentado nada semejante. Y Jennifer supo, sin la menor duda, que ella era la razón del repentino sosiego de Brendon.

Conseguir que él lo admitiera, sin embargo, podía ser otra historia. Pero Jennifer estaba más que preparada para el reto...

Había algo que inquietaba al reverendo Shackleford desde que experimentara aquella fugaz sensación de que, de pronto, todas las piezas encajaban. No sabía por qué debía sorprenderle tanto. Al fin y al cabo, él solía decirles a sus feligreses que los caminos del Todopoderoso eran inescrutables, y él mismo había tenido pruebas de ello en más ocasiones de las que podía contar.

Sentado frente al fuego, pensó en su amigo de toda la vida. Le fastidiaba reconocerlo, pero Percy no poseía el ingenio de Dougal Galbraith. Ni su astucia. El señor Shackleford pensaba a veces que su coadjutor quizá fuera demasiado bueno para este mundo. Aunque nunca se lo hubiera confesado, el reverendo se alegraba de que Percy hubiera encontrado a Lizzy. Eran perfectos el uno para el otro y, a decir verdad, ella era mucho más adecuada para ser la esposa de un clérigo de lo que Agnes llegaría a ser jamás.

Después, Augustus recordó la tenue tristeza que había advertido tantas veces en los ojos de Lizzy cuando esta observaba a los numerosos niños que visitaban Blackmore con frecuencia. Demasiados, en opinión del reverendo.

Percy y Lizzy no habían tenido hijos. Quizá se debiera a que ya eran demasiado mayores cuando se casaron, pero el reverendo no creía que hubiera sido por su propia elección. A decir verdad, tampoco era un tema que hubiera surgido mientras Percy y él compartían una pinta en el Red Lion.

Y, si era completamente sincero consigo mismo, él apenas había pensado en ello hasta ese momento.

¿Qué harían Percy y Lizzy si él aparecía en Blackmore con Finn?

Antes, durante su habitual paseo por el jardín, el muchacho había vuelto a buscarlo. Con el único propósito de fastidiarlo, a juicio del reverendo. Pero, justo antes de marcharse, Finn le había repetido que quería acompañarlo a Blackmore.

¿No sería el deseo del chico nada más que una quimera, o existía la posibilidad de que encontrara un hogar junto con Percy y Lizzy?

A la mañana siguiente, Jennifer se levantó temprano, impulsada por su determinación.

Aunque en un principio había pensado guardarse sus planes hasta que llegaran sus padres, mientras permanecía despierta durante las primeras horas de la madrugada comprendió que tendría que compartir con Peter una parte de ellos al menos, aunque solo fuera para detener la búsqueda de un lugar adonde enviar a los niños. Caerlaverock, desde luego, no estaba preparado para alojar a tantos pequeños durante mucho tiempo, pero Jennifer sabía que, una vez los llevaran a un asilo para pobres, podían perderles la pista para siempre. Y estaba decidida a que eso no ocurriera.

La clave era la organización.

Cinco horas más tarde, Peter la declaró la mujer más mandona del mundo.

Jennifer sabía que su hermano no esperaba realmente que ella se quedara en Escocia, pese a la conversación que habían mantenido antes sobre sus sentimientos hacia Brendon. Ninguno de los dos había vuelto a sacar el tema, aunque, a decir verdad, tampoco habían tenido tiempo. Sin embargo, cuando Jennifer fue a buscarlo para empezar a sembrar las semillas de su plan respecto a los niños, ella vio en los ojos de su hermano que él comenzaba a comprender

sus verdaderas intenciones, aunque ninguno de los dos las expresó en voz alta. Ya habría tiempo de sobra para eso cuando llegaran sus padres.

El siguiente de su lista era Brendon. Puede que estuviera más tranquilo al saber que ella no abandonaría Caerlaverock a finales de mes, tal como estaba previsto, pero eso no significaba que él creyera que pudieran estar juntos.

Había llegado el momento de poner fin a aquella insensatez.

Cuando Jennifer le preguntó a MacNee si había visto a Brendon, el mayordomo le dijo que tenía entendido que el señor Galbraith estaba en el viejo cobertizo de botes. Perfecto.

Sin decir a nadie adónde iba, Jennifer se echó el chal sobre los hombros y salió en busca de su futuro marido...

Al acercarse a la construcción de madera, oyó martillazos en el interior, y supuso que se trataba de Brendon. Los golpes cesaron de repente justo cuando ella llegó hasta la puerta, y entonces escuchó una maldición entre dientes. Pensando que quizá él se había hecho daño, Jennifer abrió la puerta de un empujón y se tropezó de inmediato con los tablones que había tirados en el suelo.

Jennifer se desplomó y rodó hasta quedar tendida de espaldas con un gemido. Entonces oyó que Brendon soltaba otra maldición y el tintineo metálico al dejar caer las herramientas. Unos segundos después, él estaba agachado junto a ella.

—¿Qué cree que está haciendo? —le preguntó Brendon, repitiendo sin darse cuenta las palabras que le había dirigido durante su primer encuentro. Solo que esta vez, en lugar de añadir «idiota», él dijo su nombre—. Jenny.

Jennifer no hizo ademán alguno de moverse. En realidad, no creía que hubiera podido hacerlo, aunque lo intentara. No porque se hubiera hecho daño, sino porque acababa de darse cuenta de que Brendon no llevaba camisa.

Sin aliento, Jennifer contempló su torso desnudo. Sus ojos recorrieron maravillados la firmeza de su abdomen hasta llegar a los sólidos músculos de su pecho. Una ligera capa de vello rizado y negro como el carbón los cubría, extendiéndose hasta el ombligo. Jennifer no podía respirar.

La expresión levemente divertida de Brendon se transformó de pronto en preocupación.

—Jennifer —dijo—, ¿se ha hecho daño?

Brendon se inclinó sobre ella y apoyó las palmas de las manos en el suelo de madera, con los brazos flexionados, mientras escrutaba su rostro.

Sin pensar, Jennifer alzó los brazos y los pasó alrededor del cuello de Brendon. Esta vez, en lugar de atraerlo hacia sí, ella se incorporó hasta que sus senos quedaron apretados contra el pecho desnudo de Brendon y, sin el menor recato, Jennifer posó sus labios en los de él.

Brendon solo vaciló un instante. Después, con un gemido ronco, abrió la boca sobre la de ella y se dejó caer sobre los talones, llevándosela consigo mientras la rodeaba con fuerza entre sus brazos.

Esta vez Brendon no se contuvo. Se apoderó de su boca como si aquel beso fuera su única tabla de salvación, y lo que había comenzado entre ellos acabó convirtiéndose en una fusión voraz que no admitía otra cosa que su rendición total y absoluta.

Brendon Galbraith era suyo, ahora y para siempre.

CAPÍTULO 23



Al final, fue el reverendo quien ganó la apuesta y, mientras observaba el carruaje de Blackmore entrar traqueteando en el patio menos de cuatro días después, no pudo evitar pensar que quizá conocía a su hija un poco mejor de lo que había creído hasta entonces.

En cuanto ayudaron a Grace a bajar del carruaje, Jennifer sintió que las lágrimas afloraban a sus ojos y corrió a abrazar a su madre. Cuando por fin se separaron, ambas lloraban sin el menor pudor.

Peter se adelantó para recibir a su padre y también tuvo que contener las ganas de echarse a llorar. En lugar de hacerlo, inclinó ligeramente la cabeza y le tendió la mano. Pero Nicholas no estaba dispuesto a conformarse con aquello. Sin decir palabra, avanzó hacia su hijo y lo estrechó en un abrazo que lo decía todo.

—Ha sido el viaje más largo de mi vida —gruñó Nicholas.

Grace se volvió hacia Felicity, que había permanecido discretamente rezagada para dar tiempo a Sus Excelencias a comprobar que sus hijos conservaban todos los miembros. La duquesa le tendió las manos y la matrona, con una sonrisa, se acercó y las tomó entre las suyas.

—Gracias a Dios que estabas aquí, Felicity —susurró Grace.

—Eh, perdona, queridísima mamá —protestó Jennifer—, tampoco soy tan corta de entendederas.

Felicity se rio y le dirigió una mirada burlona.

—Me he tomado la libertad de pedirle a la señora Darroch que lleve a la sala de estar una tetera y un poco del maravilloso *shortbread* de la cocinera —le dijo a Grace—. Aunque sospecho que Nicholas quizá prefiera algo más fuerte cuando haya oído la historia completa...

Grace asintió, agradecida.

—Recuerdo el *shortbread* de la señora Allen —dijo con entusiasmo.

Las tres mujeres se cogieron del brazo y entraron en la casa.

—No necesito conocer todos los detalles ahora mismo —les dijo Nicholas a Peter y Malcolm—, pero ¿podéis decirme al menos, si hay algo por lo que deba preocuparme de verdad?

Malcolm negó con la cabeza.

—No lo creo, Su Excelencia. Peter ha estado a la altura. Puedes sentirte orgulloso.

—Eso sí, tenemos el pequeño problema de veintidós niños instalados en el establo principal —intervino Peter con una sonrisa.

Les llevó hasta bien entrada la tarde contar toda la historia y, cuando terminaron, el duque estaba bastante más pálido que al principio del relato.

—Naturalmente, no me gusta la idea de verme sometido a las condiciones de alguien de quien no sé absolutamente nada —declaró Nicholas—. ¿Creéis que ese Duncan MacFarlane cumplirá su palabra?

Malcolm se encogió de hombros.

—No creo que pueda ser peor que Alistair MacFarlane.

Nicholas asintió despacio y se volvió hacia su hijo.

—Has actuado como lo habría hecho yo —dijo con sencillez—, y te doy las gracias por ello.

En boca de su padre, hombre poco dado a prodigarse en palabras, aquello era un elogio extraordinario. Peter se sonrojó ligeramente y se enderezó un poco más en el sillón.

—Por Dios, no diga nada más —rio Jennifer—. No va a conseguir pasar la cabeza por la puerta.

—Tú mereces igualmente mi agradecimiento, Jenny —continuó su padre con seriedad, y luego añadió—: Y tú también, Augustus. Y Felicity. —La voz se le volvió algo ronca, y Grace le apretó la mano con fuerza—. No puedo expresar el alivio que supone saber que todos habéis salido ilesos de semejante experiencia y que Caerlaverock ha estado, y continúa estando, en manos tan capaces.

Para alivio de Jennifer, su padre no hizo comentario alguno sobre su impulsiva decisión de salir sola tras el lacayo traidor, aunque no dudaba de que el sermón no tardaría en llegar.

—¿Preparado para un whisky, Nick? —preguntó Malcolm con una sonrisa mientras le daba una palmada en el hombro a su viejo amigo.

El duque soltó una risa resignada y asintió.

—¿Y dónde están nuestro nuevo administrador y su... eh... intrigante padre? —preguntó—. Pensaba que estarían aquí.

—Podría llamar a Dougal Galbraith muchas cosas —resopló el reverendo—, pero «intrigante» no sería una de ellas. Probablemente esté ahora mismo dando buena cuenta del *tablet* de la señora Allen.

—Creo que Brendon está en el viejo cobertizo de botes —añadió Jennifer.

Al recordar la intimidad que habían compartido allí apenas dos días antes, notó que se le encendían las mejillas y supo que a su madre no se le había pasado por alto.

—Lleva años sin utilizarse —explicó Peter—, y si la barca que hay dentro sigue allí, es porque descansa sobre el fondo del lago. Le pedí a Brendon que dejara todo aquello en condiciones por si a algún otro pobre desamparado se le ocurría pasar allí la noche.

Jennifer contuvo el aliento. Había llegado el momento. La ocasión perfecta para plantear su idea. Entrelazó las manos con nerviosismo y carraspeó. Cuando todas las miradas se volvieron hacia ella, tragó saliva.

—Es curioso que diga eso, padre... La verdad es que... se me ha ocurrido una idea...

Sus padres habían acogido con prudente optimismo la propuesta de Jennifer de construir en la finca una escuela con internado, siempre que pudieran encontrar a alguien capaz de encargarse de un proyecto tan ambicioso. De hecho, Jennifer se sintió satisfecha cuando todos los presentes comenzaron a aportar con entusiasmo sus opiniones sobre la mejor manera de llevarlo adelante.

—¿Le has preguntado a Brendon Galbraith qué opina de la idea? —preguntó de pronto la duquesa.

—Naturalmente, hemos hablado del asunto —balbuceó Jennifer—, pero, al igual que vosotros, él cree que hará falta mucha planificación...

—Por no mencionar el coste que supondrá —añadió su padre con ironía.

—Creo que Brendon desea destinar parte del dinero que se obtenga de las joyas encontradas en Inveruglas a financiar las obras —aclaró Jennifer con cautela—. Siempre que las joyas resulten ser auténticas, por supuesto.

Nicholas asintió, pensativo.

—Creo que me gustaría hablar con nuestro nuevo administrador. Y cuanto antes, mejor. —Se volvió hacia Peter—. ¿Te importaría que le pidiera que dejara el trabajo por hoy y regresara a la casa para hablar conmigo?

El corazón de Jennifer golpeó con fuerza contra sus costillas.

Peter asintió.

—Me parece una idea excelente —respondió—. Estoy seguro de que Brendon le causará muy buena impresión. De veras, padre, no habríamos podido rescatar a los niños sin su ayuda.

—Sí —añadió Malcolm—. El muchacho es de los que no abundan. Le confiaría mi propia vida. De hecho, lo hice. Varias veces. Te caerá bien, Nick.

Y aunque Jennifer habría dado cualquier cosa por escuchar aquella conversación, se encontró fuera de la estancia sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí.

Maldita sea. Había olvidado lo bien que se les daba a sus padres actuar al unísono cuando querían librarse de alguien...

Jennifer estaba secándose el pelo frente al fuego cuando llamaron a la puerta. Llevaba un buen rato esperando aquella visita.

No había visto a Brendon, a pesar de que ella había estado rondando un buen rato por el rellano de la planta superior mientras él permanecía encerrado con su padre en la sala de estar. Después, mientras tomaba un baño, Jennifer se había preguntado de qué habrían hablado. ¿La habría mencionado siquiera? Por alguna razón, lo dudaba.

De lo que no dudaba era de que su madre sabía perfectamente todo lo que ella no había dicho. De ahí aquella llamada a la puerta.

Jennifer suspiró, se puso en pie y fue a abrir. Como esperaba, su madre estaba al otro lado.

Con una sonrisa resignada, Jennifer se apartó para dejarla pasar y Grace entró en la habitación con toda la majestad de la duquesa de Blackmore.

Estaba claro que iba a ser «una de esas conversaciones...».

—Jennifer quiere quedarse en Caerlaverock —declaró Grace al regresar a su dormitorio.

—No sé por qué no me sorprende. Supongo que también quiere casarse con el administrador.

Grace asintió y se tumbó sobre la cama junto a su esposo. A decir verdad, no sabía si tenía ganas de reír o de llorar.

—¿Cómo es él? —preguntó en cambio.

—Honorable. Tanto que, si tuviera un poco más de honor, no podría ni sentarse. —Nicholas negó con la cabeza y suspiró—. Estoy siendo injusto. La verdad es que el muchacho me ha gustado. Mucho. Y, si no supiera que tiene intenciones respecto a mi hija, estaría encantado de dejar Caerlaverock en sus competentes manos.

—Me parece que, en realidad, es justo al contrario —comentó Grace con sequedad—. Y sé sincero, cariño: si Jennifer se ha encaprichado de él, el pobre hombre no tiene ninguna posibilidad.

—No es precisamente lo que había imaginado para ella —respondió Nicholas—. Él vive con su padre en una torre medio derruida y, según Augustus, el hombre es un palurdo con seso de carnero.

—Mira quién fue a hablar —replicó Grace con acidez. Se volvió de lado para quedar frente a su marido—. Siempre hemos sabido que Jenny jamás se conformaría con alguien demasiado engreído por su posición y, por difícil que me resulte decirlo, los dos sabemos que Caerlaverock le sienta bien. Nunca la había visto tan radiante.

»No quiere llevar la vida ociosa de una aristócrata, Nick. Quiere cambiar las cosas. —Grace hizo un gesto que abarcó la habitación—.

Aquí puede hacerlo. Y creo que Brendon Galbraith estará a su lado.

Nicholas permaneció un rato en silencio, con los ojos entornados y sumido en sus pensamientos.

Desde hacía tiempo le inquietaba no poder dedicar más atención a Caerlaverock. La finca merecía mucho más de lo que él estaba en condiciones de darle. Una escuela para niños abandonados era una idea encomiable. De pronto, sintió una profunda admiración por aquella hija suya tan llena de carácter. Jennifer era única.

Nicholas abrió los ojos y volvió la cabeza hacia Grace.

—Caerlaverock se construyó sobre tierras que, en otro tiempo, pertenecieron a los Galbraith —comentó con suavidad—. Quizá haya llegado el momento de que las dos familias las compartan por fin.

A la mañana siguiente, Nicholas mandó llamar a Jennifer poco después del desayuno.

Cuando ella entró en la sala y se sentó con elegancia frente al escritorio, Nicholas sintió una inesperada punzada en el pecho. Su hija era una mujer hermosa que habría brillado en cualquier salón del país. No tardaría, imaginó, en vestir prendas mucho más adecuadas a la vida que había elegido. Ella nunca volvería a deslumbrar en los salones de baile de la alta sociedad...

Nicholas apartó con rapidez esos pensamientos.

¿En qué demonios estaba pensando?

Ni siquiera lograba recordar un solo baile en el que Jennifer hubiera deslumbrado de verdad. Salvo, quizá, el del noviembre anterior, que supuestamente se había celebrado para conmemorar la Conspiración de la Pólvora[1] de hacía más de doscientos años. Según recordaba, Jennifer había conseguido prender fuego a una de las cortinas. Reemplazarlas le había costado una pequeña fortuna, sobre todo, porque el barón en cuestión era un viejo adulador, tacaño como

pocos, que no había cambiado aquellos cortinajes desde la coronación del rey Jorge III.

Nicholas no pudo evitar soltar una risita cuando Jennifer lo miró con curiosidad.

Qué extraño... Cuando uno dejaba de forzar las cosas, todo salía exactamente como debía...

—Permítame recordarle que todavía no le he pedido que se case conmigo. —Fue lo que Brendon le dijo una hora después.

Jennifer hizo un despreocupado gesto con la mano.

—No importa. Estaré encantada de pedírselo yo misma —respondió con una risita.

—No hará nada semejante —replicó él, mirándola desde arriba con indignación—. Me dice que Sus Excelencias le han dado su consentimiento, pero a mí no me lo han dado. Hablaré con su padre esta noche... —La frase terminó en un bufido cuando Jennifer se lanzó contra su pecho—. Brendon sonrió mientras la miraba. Los ojos de él revelaban sin disimulo lo feliz que era—. Pero no vaya a pensar que compartiré su cama hasta que hayamos celebrado el *handfasting*[2]...

El *handfasting* tuvo lugar apenas tres semanas después. Fue una ceremonia sencilla en la que Brendon y Jennifer envolvieron sus manos entrelazadas con una tira de tela y, ante dos testigos, declararon su deseo de convertirse en marido y mujer.

Por desgracia, quizá, los dos testigos elegidos fueron el padre de Brendon y el abuelo de Jennifer.

Los murmullos de «malditas costumbres paganas» y «no sé adónde vamos a llegar, casándose con una condenada *sassenach*» no contribuyeron demasiado al romanticismo del momento. Aun así,

ambos hombres tuvieron que admitir que jamás habían visto a una pareja tan feliz.

Y aunque el desayuno de bodas fue tan formal como correspondía al matrimonio de la hija del *laird* de Caerlaverock, el *ceilidh*[3] que vino después fue cualquier cosa menos solemne. De hecho, bajo la tutela de Dougal, el reverendo descubrió un talento hasta entonces insospechado para ejecutar las danzas tradicionales de las Highlands y, aún más, juró que enseñaría a Agnes en cuanto regresara a Blackmore...

---

1 *Gunpowder Plot*, conspiración fallida de 1605 en la que un grupo de católicos ingleses intentó volar el Parlamento y asesinar al rey Jacobo I. (*N. de la T.*)

2 Antigua forma de unión matrimonial escocesa en la que la pareja expresaba públicamente su consentimiento para casarse, con las manos unidas o enlazadas. (*N. de la T.*)

3 Reunión social tradicional escocesa con música, baile y, a menudo, canciones, celebrada en comunidad. (*N. de la T.*)

CAPÍTULO 24



Naturalmente, también tenía que celebrarse una boda anglicana como mandaban los cánones.

Jennifer regresó a casa con sus padres antes que Brendon, quien declaró que era imposible permitir que el padre del novio apareciera con un *kilt* que, por su aspecto, no se había lavado desde poco después de Culloden. Antes de marcharse, el reverendo había llevado aparte a Brendon para sugerirle que el novio comprara también unos calzones limpios, ya que los que llevaba Dougal no parecían haber conocido el agua...

Para Augustus Shackleford, el viaje de regreso a Blackmore fue el más largo de toda su vida. Hasta Flossy había acabado por acurrucarse debajo del asiento, con la cabeza bien escondida entre las patas. Dios Santo, el reverendo había olvidado lo mucho que podían hablar los niños. O quizá nunca había tenido que pasar casi una semana entera encerrado en un carruaje con uno.

Habría jurado que Finn no se había callado ni un instante desde que subieron al carruaje en Caerlaverock hasta que bajaron de él frente a la vicaría. Augustus no tenía ni idea de qué haría si Percy se negaba a acoger al muchacho. Agnes seguramente lo abandonaría... Se detuvo a pensarlo un momento, y concluyó que era muy cierto aquello de «no hay mal que por bien no venga».

Al final, sin embargo, no tuvo de qué preocuparse. Llevó a Finn a visitarlos y, casi desde el primer momento, tanto Percy como Lizzy quedaron cautivados por el muchacho, aunque qué demonios vieron en él se le antojaba un completo misterio. Por lo que al reverendo se refería, la única virtud redentora del chico era su afición al pudin de pan con mantequilla.

Como en todas las demás bodas de los Shackleford, aunque los aldeanos se apresuraron a señalar que, en realidad, aquella era una boda Sinclair y, por tanto, mucho más refinada, todo Blackmore fue invitado. Durante un día, los grandes y poderosos, por no mencionar a lo más distinguido de la sociedad, se mezclaron con la gente corriente y, por supuesto, con el resto de los Shackleford, que, como siempre, se encargaron de proporcionar el entretenimiento.

Todos coincidieron en que la novia estaba deslumbrante y el novio, muy apuesto, aunque llevara falda y hablara con un acento que no entendía absolutamente nadie, salvo Mary Noon, quien, al parecer, había cortejado a un hombre de Glasgow en otra vida.

En resumidas cuentas, la boda resultó ser todo un acontecimiento, nada menos de lo que los habitantes de Blackmore habían aprendido a esperar de su duque y su duquesa. De hecho, mientras los aldeanos regresaban a sus casas dando tumbos, ya empezaban a cruzar apuestas sobre quiénes serían los próximos contrayentes.

Fin

Reserva ahora Mercedes - El legado de las hermanas Shackleford - Libro 2

NOTA DE LA AUTORA



Nota de la autora

Como es lógico, me he tomado algunas libertades con la historia.

Caerlaverock existe de verdad, pero en realidad es un castillo del siglo XIII situado cerca de Dumfries. La finca ha sido propiedad de la misma familia durante más de 800 años. Si te interesa, puedes obtener más información al respecto haciendo clic en el siguiente enlace:

https://caerlaverock.com

Tanto el clan Galbraith como el clan MacFarlane son reales y tenían su sede en los alrededores de Loch Lomond. Tanto Inveruglas como Inchgalbraith existen y fueron originalmente bastiones de los clanes mencionados, aunque Dougal y Brendon Galbraith y el jefe de clan Alistair MacFarlane son fruto exclusivo de mi imaginación. Puedes obtener más información sobre los clanes de Loch Lomond y los Trossachs haciendo clic en los enlaces siguientes:

https://www.seelochlomond.co.uk/discover/clans-of-loch-lomond

https://www.scotclans.com/blogs/clans-f/galbraith-clan-history

Realmente existió un tal Edward Colman que fue condenado por traición a morir ahorcado, destripado y descuartizado, aunque el único objeto que se ha encontrado que le perteneció es un anillo de oro. Este fue descubierto en Balloch, a orillas de Loch Lomond. El resto es pura ficción. Si te interesa, puedes leer más sobre él haciendo clic en el siguiente enlace:

https://en.wikipedia.org/wiki/Edward_Colman_(martyr)

https://www.bbc.co.uk/news/uk-scotland-glasgow-west-49653771

Si te interesa visitar Loch Lomond y el Parque Nacional de Trossach, estoy segura de que no te decepcionará (aunque sin duda es recomendable visitarlo fuera de la temporada de mosquitos). Debo aclarar, sin embargo, que, por lo que yo sé, ni Banalan ni Mosslea existen en realidad.

Puedes obtener más información sobre la zona haciendo clic en el siguiente enlace:

https://www.visitscotland.com/things-to-do/landscapes-nature/national-parks/loch-lomond-trossachs

Por último, he intentado que el acento escocés sea lo más auténtico posible sin que resulte completamente incomprensible —¡una hazaña nada fácil, te lo aseguro!—. Espero haberlo conseguido en gran medida y nunca lo habría logrado sin la siguiente página web. Si te apetece echarle un vistazo, es realmente fascinante.

https://stooryduster.co.uk/scottish-words-glossary/words-f.htm

¡CONTACTA CONMIGO!



Muchísimas gracias por leer *Jennifer*. Espero de corazón que lo hayas disfrutado.

Si quieres contactar conmigo, estaré encantada de saber de ti. No dudes en escribirme a través de mi página de Facebook o de mi sitio web:

Facebook: Beverley Watts – Romantic Comedy Author

Sitio web: www.beverleywatts.com

Si quieres ser de los primeros en enterarte cuando se publique el próximo libro de *El legado de las hermanas Shackleford*, suscríbete a mi boletín y te mantendré al día de todas mis novedades.

Únete a mi boletín aquí: Suscribirse

Y, por último, muchísimas gracias por dedicar tu tiempo a leer esta historia. Si quieres echar un vistazo a *Mercedes*, el segundo libro de *El legado de las hermanas Shackleford*, pasa la página...

MERCEDES



*Como hija mayor del conde de Cottesmore, lady **Mercedes Stanhope** nunca imaginó que seguiría sin marido al comienzo de su tercera Temporada. Tampoco esperaba convertirse en el objetivo de un intento de secuestro durante su viaje de regreso de Escocia.*

Pero, sobre todo, no esperaba sentir una conexión tan profunda con el hombre que acudió en su rescate...

*Marcado de forma terrible por una herida de bayoneta que estuvo a punto de costarle la vida, **Nathaniel Harding** llevaba quince años viviendo entre las sombras.*

Jamás imaginó que acabaría convertido en héroe al frustrar el intento de secuestro de una joven dama. Tampoco esperaba que le ofrecieran convertirse en su protector para impedir que volviera a ocurrir.

Y mucho menos esperaba que unos sentimientos que llevaba años creyendo muertos y enterrados volvieran a aflorar con la inesperada irrupción de ella en su vida...

Cuando Mercy y Nate se ven obligados a unir fuerzas para derrotar al secuestrador, ninguno de los dos imagina que tendrán que

enfrentarse a sus miedos más profundos y sombríos mientras encaran la esencia misma del mal.

Pero, sobre todo, ninguno esperaba encontrar el amor en medio de tanta oscuridad...

Y luego está, por supuesto, aquello que nadie podía prever: el papel decisivo que el reverendo ***Augustus Shackleford*** *acabaría desempeñando en toda esta historia...*

Capítulo 1

Nathaniel Harding abrió los ojos de mala gana y se estremeció ante la claridad que le hería la vista. Puede que la noche anterior se hubiera excedido con el brandy, pero no podía dejar pasar sin más el aniversario de la muerte de su querido padre. Cuando por fin logró enfocar la ventana, advirtió que la mitad inferior estaba oculta por... ¿qué demonios? ¿Aquello era nieve?

Soltó una maldición, se levantó de la cama y corrió hasta la ventana, donde se quedó contemplando con incredulidad aquel mar blanco. Por el amor de Dios, estaban en abril.

Se pasó una mano por la barba de varios días mientras su cerebro, todavía embotado, intentaba asimilar aquel paisaje que parecía pertenecer a otro lugar. De pronto, recordó que sus provisiones mensuales debían llegar ese mismo día y que, si no quería morirse de hambre, tenía que abrir cuanto antes un camino hasta la puerta principal.

Tras soltar otra maldición, bastante más subida de tono, empezó a vestirse a toda prisa. Su perra, Ruby, lo observó con un ojo entreabierto y expresión incrédula antes de volver a hundirse entre las mantas revueltas. Nate negó con la cabeza. Sabía que ella saldría de la cama en cuanto él cruzara la puerta.

Al llegar a lo alto de la escalera, se detuvo un instante y contempló la penumbra que se extendía bajo sus pies. Reparó de pasada en los balaustres que faltaban y en las tablas podridas que convertían los peldaños en una trampa mortal para cualquiera que no anduviera con cuidado. Abajo, en el gran vestíbulo, la carcoma había devorado los paneles de madera. Los pocos que quedaban, claro. El resto había terminado hacía mucho en la chimenea.

El salón, la biblioteca, el comedor... todo igual. ¿Y la cocina, si es que podía llamarse así? Cualquier día, la casa entera se le vendría encima.

Carlingford Hall. Su herencia. La última broma de su padre.

La inspección de aquel dudoso reino quedó interrumpida por el esperado repiqueteo de unas uñas sobre el suelo de madera. Nate volvió la cabeza y vio a Ruby estirarse con el trasero en alto. Después, la perrita se sacudió y movió la cola sin demasiado entusiasmo.

—A mí tampoco me hace ninguna gracia, Roo —murmuró Nate mientras empezaba a bajar.

Unos minutos más tarde, se puso su viejo capote y se abrió paso hacia el exterior. En algunos lugares, la nieve alcanzaba ya casi un pie de profundidad. Alzó la vista y volvió a maldecir. Caían copos gruesos de un cielo del color de las barbas de ballena. Era imposible que un carro tirado por un solo caballo llegara hasta la casa y, si seguía nevando de aquella manera, ponerse a despejar el camino no serviría de nada.

Nate se sopló las manos mientras trataba de decidir qué hacer. Las provisiones venían de Corsham, pero no tenía forma de saber siquiera si el carretero intentaría llegar. Probablemente la carretera principal seguiría siendo transitable gracias al paso de los carruajes, pero, más allá...

Sacudió la cabeza y bajó la mirada hacia Ruby, que temblaba a su lado. No había elección. Tendría que ensillar a Duchess e ir él mismo al pueblo. Al menos podría traer comida suficiente para los tres hasta que mejorase el tiempo.

Y, con aquel frío tan cortante, tendría la excusa perfecta para cubrirse el rostro.

Mercedes Stanhope se metió las manos bajo las axilas en un intento inútil de conservar algo de calor. Resultaba irónico que en los Cotswolds hiciera bastante más frío que en Loch Lomond. De hecho, durante el mes que había pasado en Caerlaverock con Jenny y Brendon, el sol había brillado casi sin interrupción, aunque el marido de su mejor amiga desde hacía diez meses le había repetido una y otra vez que aquel tiempo tan benigno no era habitual en las Highlands de Escocia.

Había iniciado el largo viaje de regreso al New Forest cinco días antes y, desde entonces, el tiempo había empeorado sin tregua hasta que las rachas de lluvia terminaron por convertirse en una intensa nevada. Solo podía esperar que la carretera principal siguiera siendo transitable hasta que alcanzaran la última parada donde pasarían la noche antes de llegar a Cottesmore.

Miró a sus dos acompañantes, que roncaban en esquinas opuestas del carruaje, y negó con la cabeza mientras contenía una sonrisa cansada.

Cuando Mercedes aceptó la invitación de su mejor amiga para viajar a Escocia, comprendió que necesitaría al menos una carabina que la acompañara durante un trayecto tan largo. Lo que no había imaginado era que ese papel recaería en sus abuelos políticos. Sobre todo, teniendo en cuenta que el reverendo Shackleford había regresado de Escocia hacía menos de seis meses.

Al parecer, según Peter, el hermano de Jennifer, el clérigo había entablado de forma inexplicable amistad con Dougal, el padre de

Brendon Galbraith. Peter, sin embargo, le había asegurado que, si alguien les preguntaba por aquella amistad, ambos la negarían con vehemencia y seguramente aderezarían la negativa con unos cuantos insultos de lo más florido.

Así pues, el reverendo se había ofrecido con gran magnanimidad a acompañar a Mercy en su visita e insistió en que Agnes viajara con ellos en aquella ocasión, supuestamente para ayudarlo en sus funciones de carabina. De dónde había sacado la idea de que Agnes pudiera velar por las delicadas sensibilidades de una joven era algo que Mercedes no alcanzaba a entender. Por lo que ella sabía, ninguno de sus abuelos políticos reconocería una sensibilidad delicada, aunque esta les cayera encima.

En realidad, Augustus y Agnes Shackleford eran precisamente las dos últimas personas a quienes su padre, el conde de Cottesmore, confiaría la virtud de su hija mayor. O cualquier otra cosa, para el caso. Y no hacía demasiado por ocultarlo.

Por desgracia, aquella hija mayor tampoco estaba especialmente dotada de delicadas sensibilidades. Sí poseía, en cambio, un carácter obstinado que por lo general mantenía bastante bien escondido, y había dejado muy claro que se casaría con el primer hombre que se cruzara en su camino si su padre no le permitía hacer aquella visita.

La mayoría de los padres quizá habrían recibido con alegría semejante declaración, teniendo en cuenta que Mercy estaba a punto de comenzar su tercera Temporada. Pero el hecho de que hubiera caído bajo la dudosa influencia de sus parientes Shackleford a la tierna edad de ocho años había infundido auténtico terror en el corazón del conde.

Así que, muy a su pesar, este terminó por rendirse y permitió que Mercy viajara a Escocia para visitar a Jennifer.

Acompañada por el reverendo y Agnes Shackleford.

El mes que pasó en Caerlaverock junto a su mejor amiga, que además era prima suya por matrimonio, había sido maravilloso. La supuesta labor de supervisión de su abuelastra se había desarrollado por entero en la salita, desde un diván recién adquirido, mientras que el reverendo había dedicado sus días a difundir la palabra de Dios entre los trabajadores de las destilerías de whisky de la zona. Gracias a ello, Mercy pudo ayudar a Jennifer y Brendon con la construcción de la nueva escuela para huérfanos de Caerlaverock. Y, cuando no estaba allí, recorría las colinas y los valles que rodeaban Loch Lomond acompañada únicamente por Flossy, la perrita del reverendo, y Fergus, el lobero irlandés de Brendon.

Había conseguido relegar la perspectiva de su inminente tercera Temporada al rincón más remoto de su mente hasta el mismo instante en que abandonó Caerlaverock cinco días atrás. Desde entonces, su inquietud no había hecho más que aumentar. Apenas estaría una semana en Cottesmore antes de viajar a Londres con su padre, su madrastra y sus tres medio hermanos.

Y aquella vez tenía que conseguir un buen matrimonio.

Se acabó fingir un aburrido desinterés por el mercado matrimonial y quitarse de encima a posibles pretendientes mientras esperaba en secreto a que apareciera un hombre capaz de hacerle perder el suelo bajo los pies.

No temía que su padre la obligara a aceptar un matrimonio que ella no quisiera. Pero tampoco podía quedarse en Cottesmore para siempre. No porque su madrastra, Chastity, deseara verla marchar. Mercy sabía que su madre adoptiva la quería profundamente.

A decir verdad, Mercedes deseaba ser la señora de su propia casa, pero, por mucho que proclamara lo contrario con su habitual pragmatismo, quería compartirla con un hombre que la amara.

Mercedes suspiró y volvió la atención hacia la nevada interminable que se veía a través de la ventanilla. Al contemplar aquel paisaje cada vez más desvaído, sintió de pronto una punzada de

desasosiego. Se mordió el labio inferior y estrechó a Flossy contra sí. El calor del cuerpecillo de la perra, acurrucada bajo su capa, le proporcionó algo de consuelo. Por lo que sabía, solo había una posada, el Black Swan, entre allí y Corsham. El carruaje avanzaba deprisa, pero no a una velocidad que resultara alarmante. Solo podía suponer que Arthur, el cochero principal, confiaba en que llegarían a su destino sin demasiadas dificultades. Si ella no recordaba mal, la posada se encontraba antes de llegar al pueblo.

—¿Está seguro de que su carruaje parará aquí?

—El cochero le dijo a Smiffy que Stanhope ya había pagado las habitaciones. Con un salón privado y todo.

—¿Con quién viaja?

—Al cochero empezaron a escamarle tantas preguntas y Smiffy no quiso insistir, pero no viene sola. Las señoritas como ella no van a ninguna parte sin una maldita niñera.

—¿A qué hora salieron de Tewkesbury?

—Poco después de las once, milord. No hay otra posada hasta aquí. Y con el tiempo empeorando, no se arriesgarán a pasar de Corsham para llegar hasta Salisbury. Calculo que aparecerán justo cuando empiece a anochecer. El momento perfecto.

El hombre negó con la cabeza.

—Hoy no me la llevaré. Solo tendremos una oportunidad de atraparla. Esta noche averiguaremos con quién viaja. Que la zorra disfrute de su última cena. —Se dio unas palmadas en el bolsillo del abrigo—. Ya tengo la licencia y, en cuanto la tenga a ella, solo tendré que llevarla ante el clérigo.

—¿Cuándo demonios ha empezado a nevar? —El reverendo lanzó una mirada incrédula por la ventanilla del carruaje.

—Poco después de que saliéramos de Tewkesbury —respondió Mercy con un suspiro—. Al principio no creí que llegara a cuajar, pero no parece que vaya a amainar.

—¡Dios Santo, nieve en abril, Augustus! ¡Seguro que se acerca el fin de los tiempos! —exclamó Agnes mientras se aferraba al brazo de su esposo—. Prométeme que has hablado con el Todopoderoso y le has pedido perdón por todas las desgracias que me has hecho pasar. —Sacó un pañuelo de su ridículo, se lo llevó a los ojos y continuó—: Sé que no has sido precisamente un buen marido. Dios sabe que eres demasiado atrevido para tu propio bien, y no puedo negar que eres un poco adulador. Casi siempre te metes en líos de lo más endiablados... y se te da de maravilla molestar a la gente y hacer el ridículo... —Hizo una pausa y se sonó la nariz antes de concluir—: Pero no hay forma de negar el hecho de que eres el único marido que tengo.

El reverendo y Mercy se quedaron mirándola en silencio, incapaces de encontrar una respuesta mientras asimilaban aquel catálogo de reproches. Cuando Mercedes volvió por fin los ojos hacia el reverendo, no pudo evitar hacer una mueca al ver el curioso color que había adquirido su rostro.

—No creo que la nieve tenga nada de apocalíptico, abuela —intervino Mercedes con rapidez—. De veras, no hay por qué preocuparse. Estoy segura de que habrá desaparecido por completo cuando retomemos el viaje mañana.

—Bueno, no miento si digo que estoy deseando llegar a Cottesmore —resopló Agnes—. Una cama limpia y sin malditas chinches. —Y, para dar mayor énfasis a sus palabras, se rascó el trasero.

—Estoy segura de que mamá estará encantada de verlos a los dos —intentó tranquilizarla Mercedes.

Su abuelo político resopló.

—Apuesto a que Chastity preferiría que le arrancaran las uñas con una cuchara oxidada. —Señaló hacia la ventanilla y soltó una risita —. Aunque, si esto sigue así, quizá tenga que aguantarnos algo más de tiempo del que esperaba.

—Estoy segura de que desaparecerá enseguida —repitió Mercedes mientras cruzaba los dedos bajo la capa—. Al fin y al cabo, estamos en abril.

—Nieve en abril —murmuró Agnes—. Ya verás, lo próximo que caerá será fuego y azufre.

El reverendo arqueó las cejas.

—Bueno, seguro que llevas alguna poción para eso en el bolso.

Nate colocó las alforjas sobre el lomo de Duchess, montó detrás de ellas y silbó a Ruby. La perra estaba entretenida olisqueando algo especialmente repugnante que se mezclaba con la nieve de la cuneta. Nate había conseguido comprar provisiones suficientes para una semana, aunque dudaba mucho que aquel inusual episodio de mal tiempo durara tanto.

Impulsó a la yegua con los talones y avanzó con cuidado por la calle principal de Corsham. Procuró evitar las acumulaciones más profundas de nieve junto a los bordes del camino, aunque el centro de la calzada tampoco estaba mucho mejor: una maraña de aguanieve embarrada ocultaba cualquier piedra o roca que pudiera haber debajo.

Pese a sus precauciones, nada más dejar atrás las últimas casas de las afueras del pueblo, la yegua empezó a cojear.

Nate soltó una maldición entre dientes, detuvo a Duchess y desmontó. Le dio unas palmadas en el costado y le levantó el casco afectado. En cuanto alzó la pata, la yegua se volvió y le propinó un rápido mordisco de protesta en el hombro. Acostumbrado a su mal

genio, Nate le dio un golpecito en el hocico y se agachó para examinar el casco.

Casi de inmediato vio una piedra encajada en la herradura, con un borde afilado que se clavaba en la carne sensible de debajo.

—Al diablo... —murmuró para sí.

Soltó la pata y volvió a incorporarse. Había que sacar la piedra, pero hacerlo antes de poner a la yegua a cubierto podía empeorar las cosas. Era casi seguro que le provocaría una magulladura, y esta podía acabar formando un absceso. Y todavía les quedaban otras tres millas sobre aquel terreno duro y cubierto de nieve...

Nate hizo una mueca y se arrancó la bufanda que le cubría la parte inferior del rostro. Duchess necesitaba pasar la noche en un establo y, puesto que él no podía continuar a pie cargado con todas las provisiones, tendría que quedarse con ella.

Se pasó una mano por el cabello descuidado, que le llegaba hasta los hombros, y entrecerró los ojos ante la intensa nevada. Las huellas de carruajes que señalaban el trazado de la carretera empezaban ya a desaparecer bajo la nieve recién caída.

No había tiempo que perder. Negó con la cabeza y miró hacia el cielo. Maldita nieve. En abril.

Si recordaba bien, había una posada algo más adelante en la carretera principal. No sabía con exactitud a qué distancia, porque rara vez pasaba por allí. Cuando se veía obligado a ir a Corsham, prefería tomar un atajo desde Carlingford que le permitía evitar en lo posible aquella carretera, que solía estar muy transitada. Aquel día, sin embargo, estaba desierta. Era evidente que él era el único idiota lo bastante descerebrado como para aventurarse con semejante tiempo.

Agarró las riendas de Duchess y animó a la yegua a continuar. Caminó a su lado para aliviar el peso sobre su lomo, mientras Ruby

trotaba feliz de aquí para allá entre los montones de nieve acumulados en los márgenes.

Nate hizo cuentas mentalmente para calcular cuánto dinero podía permitirse gastar. Decidió que se limitaría a pedir un par de mantas y dormiría en los establos con Duchess, siempre que hubiera sitio.

Al menos, los huéspedes de cuatro patas no se pasarían la noche mirándole la cara.

Reserva ahora Mercedes - El legado de las hermanas Shackleford - Libro 2

OTRAS OBRAS DE BEVERLEY WATTS EN AMAZON



Serie «Las hermanas Shackleford»

Libro 1 – ***Grace***
Libro 2 – ***Temperance***
Libro 3 – ***Faith***
Libro 4 – ***Hope***
Libro 5 – ***Patience***
Libro 6 – ***Charity***
Libro 7 – ***Chastity***
Libro 8 – ***Prudence***
Libro 9 – ***Anthony***

Serie *«El legado de las hermanas Shackleford»*

Libro 1 - ***Jennifer***
Libro 2 - ***Mercedes*** **-** Reserva ahora
Libro 3 ***- Roseanna*** *Próximamente*
Libro ***4 - Henrietta*** *Próximamente*
Libro 5 ***- Francesca*** *Próximamente*

Título original: *Jennifer*

Diseño de la portada: Forever After Romance Designs

Edición digital: septiembre 2026

© 2024, BaR Publishing

© 2026, BaR Publishing

© 2026 Rosa María Calvo Luque para Coralia Press, por la traducción

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes y hechos representados en ella son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, eventos o lugares es pura coincidencia.

BaR Publishing no se hace responsable de la permanencia o precisión de las URL de sitios web externos o de terceros mencionados en esta publicación, ni garantiza que el contenido de dichos sitios sea, o siga siendo, exacto o apropiado.

Las designaciones utilizadas por las empresas para distinguir sus productos suelen estar registradas como marcas comerciales. Todos los nombres de marcas y productos mencionados en este libro y en su cubierta son nombres comerciales, marcas de servicio, marcas comerciales y marcas registradas de sus respectivos propietarios. Ni la editorial ni el libro están asociados con ningún producto o proveedor mencionado en esta obra. Ninguna de las empresas referenciadas en el libro ha avalado esta publicación.

Gracias por comprar este libro y respetar las leyes del copyright.

SOBRE LA AUTORA



Beverley Watts pasó ocho años enseñando inglés como lengua extranjera a estudiantes militares internacionales en el Britannia Royal Naval College, el principal centro de formación de oficiales de la Marina Real en el Reino Unido. Para ella, en todo ese tiempo, no hubo ni un solo día aburrido y muchas de sus experiencias en el centro no solo fueron memorables, sino que también podrían ser

dignas de aparecer en una novela. Su primera obra, *An Officer And A Gentleman Wanted*, está inspirada, de forma muy libre, en sus aventuras en la academia.

Beverley disfruta especialmente escribiendo libros que hacen reír, y tiene en su haber dos series de comedias románticas, tanto contemporáneas como históricas, además de una serie de *cosy mystery* con un toque de humor.

Vive con su marido en un apartamento con vistas al mar en la hermosa Riviera Inglesa. Entre ambos tienen tres hijos adultos, dos preciosos nietos y un auténtico zoológico doméstico que incluye cuatro perros rescatados en Rumanía y de raza indefinida, llamados Florence, Trixie, Lizzie y Aggie. Hasta hace poco también compartían su hogar con una adorable *Chichon* llamada Dotty, que sirvió de inspiración para Dotty en *The Shackleford Diaries*.

Puedes descubrir más sobre los libros de Beverley en: www.beverleywatts.com